

ROBOTIC FIGHT

FIRST GENERATION #1

GENESIS

*The Robotech Masters have
brought their war to earth.
The saga has begun...*

JACK MCKINNEY



Los Maestros de la Robotechnia han traído su guerra a la Tierra. La saga ha comenzado...

FORTALEZA DE BATALLA EXTRATERRESTRE ABANDONADA

Salvó a la humanidad de sí misma, pero había un precio que pagar: detrás de ella llegó el enemigo más despiadado.

La Guerra Civil Global estaba a punto de exterminar a la raza humana, cuando la estupenda Fortaleza Súper Dimensional que había sido enviada a la Tierra por un moribundo genio alienígena cambió todo eso para siempre, y alteró la historia del universo.

La única esperanza de la humanidad residía en un grupo de acérrimos jóvenes sin experiencia: la Fuerza de Defensa Robotech.

Se les confiaron poderes que no llegaban a comprender en su totalidad. Luego, los conquistadores más temidos del universo atacaron, resueltos a destruirlos sin ninguna razón aparente.

La guerra había comenzado mientras...

EL UNIVERSO AGUARDABA SU DESTINO

ROBOTTECH

Saga de Macross (Primera Generación)

Génesis

Jack McKinney

Versión 1.0

13.09.13



Título original: *Genesis*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #1-3

The Macross Saga: Battlecry

Publicación del original: 1987



Libro 1 en el orden de publicación, y 1 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Guillermo Fallas y Laura Geuna

Revisión: Bodo-Baas

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Prólogo

HE TRAÍDO MUERTE Y SUFRIMIENTO EN TAL MAGNITUD, Zor pensó. Sólo es justo que utilice el balance de mi vida trayendo vida.

Prestó atención desde el compartimento de observación de su temporario cuartel general sobre una superficie planetaria que había estado sin vida no más de cuatro días antes. Vio ante él una pradera plagada con vegetación floreciente. Ya las Flores de la Vida estaban creciendo, extendiendo sus impacientes brotes con protuberancias con punta en el sol.

Zor, inteligencia suprema de su raza y Señor de la Protocultura, se asintió con aprobación. A veces los recuerdos de sus propias hazañas en el pasado, sin mencionar las de su especie, parecían suficientes para volverlo loco. Pero cuando miraba una escena como esta, podía olvidar el pasado y estar orgulloso de su trabajo.

Y sobre él, impidiendo el paso de la luz de las proximidades principales, su gigantesca nave espacial y súper fortaleza dimensional estaba escapando, como lo había planeado. La satisfacción que sentía de eso y de ver las Flores germinadas le hicieron mucho más fácil aceptar el hecho de que estaba a punto de morir.

Él era alto y esbelto, con una fina, siempre joven cara y una masa espesa de pelo brillante de luz de estrellas. Las ropas que vestía eran elegantes, regias, corte ajustado a su forma, cubierto por una capa corta que ahora empujaba sobre un hombro.

Zor pudo escuchar las señales de alarma sonar detrás de él, y la voz profunda de un zentraedi anunciaba:

—¡Advertencia, advertencia! ¡Los transportes de tropas invad se preparan para aterrizar! ¡Todos los guerreros a sus Battlepods!

Zor miraba fijamente la belleza de la escena exterior, de regreso a la dura realidad de la base, al mismo tiempo que los gigantes

zentraedi iban a toda velocidad en todas direcciones, preparándose para la batalla. Aunque la aparición de los invid los había tomado por sorpresa, aún cuando estaban seriamente excedidos en número y en desventaja desde que el enemigo retuvo el terreno alto, había cierto entusiasmo en los zentraedi; la guerra era su vida y su razón de ser.

En eso, habían encontrado su rival y más en los invid. Zor encontró la amarga ironía de como su propio pobre juicio y la crueldad de los Maestros de la Robotechnia —sus Maestros— habían convertido una raza de criaturas pacíficas, una vez felices con su único planeta y su existencia contemplativa, en la más feroz especie del universo conocido.

Al mismo tiempo que los subordinados sujetaban con correa armadura y armas en su gran cuerpo, Dolza, comandante supremo de los zentraedi miró fieramente a Zor. Su cabeza colosal, con su rasurado y pesado cráneo, le daba el aspecto de un icono de piedra.

—¡Debimos haber partido antes que las Flores germinaran! ¡Te lo advertí, Zor!

Dolza alzó un puño de metal plateado suficientemente grande para aplastar a Zor. Sin temor, Zor lo miró, aunque su fiel asistente, Vard, estaba sosteniendo un arma de mano nerviosamente. Alrededor de ellos la base se sacudía al mismo tiempo que los zentraedi armados y sus sólidos pods de combate corrían a las estaciones de batalla.

—¿Y qué hay de la súper fortaleza dimensional? —Dolza exigió—. ¿Qué has hecho con ella?

—La he enviado lejos, —Zor respondió tranquilamente—. A un lugar lejano retirado de este mal, la guerra sin sentido. Ya está acercándose al borde del espacio, demasiado rápido y lejos y demasiado poderosa para que los invid la detengan.

Dolza sabía que eso era verdad. La fortaleza dimensional, el logro tecnológico más importante de Zor, era la máquina más poderosa que existía. De aproximadamente una milla de larga, ésta virtualmente incorporaba todo lo que Zor había descubierto sobre las fantásticas fuerzas y los poderes resultantes de las Flores de la Vida.

—¿Enviada a dónde? —Dolza exigió. Zor estaba callado—. ¡Si

no hubiera prometido por mi juramento de guerrero protegerte, — el inmenso puño de Dolza titubeó cercano—, te mataría!

Unos pocos pods de la fuerza de contraataque todavía estaban en la escena: elevados vehículos de batalla de metal suficientemente grandes para contener uno o dos zentraedi, su forma sugería un avestruz sin cabeza, con largos, amplios petos montando baterías de cañón primario y secundario.

—No espero que comprendas, —dijo Zor en tono cuidadosamente prudente, al mismo tiempo que las explosiones y ondas de choque sacudían la base. Ellos podían escuchar la red de comunicación zentraedi con informes del desembarco de tropas invid.

—Ustedes fueron creados para combatir a los invid, eso es lo que deben hacer, —dijo Zor al gigante al mismo tiempo que el muro exterior del cuartel general se movía y empezaba a desmoronarse—. ¡Vamos! ¡Cumplan su Imperativa Zentraedi!

Al mismo tiempo que Zor giraba y se agachaba para protegerse, Vard lo protegió con su propio cuerpo. Dolza se volteó para dar batalla al mismo tiempo que el muro se estremeció y rompió completamente. A través del torrente de escombros saltaban los Invid Shock Troopers, la clase más pesada de mecha del enemigo, máquinas avanzadas de guerra. Formados de una aleación superfuerte, pesados como las naves andantes de guerra, los mecha se parecían a la visión de un maniático de soldados insectos bípedos.

Eran en todo aspecto tan imponentes como los pods zentraedi, y aún más fuertemente blindados. El fuego concentrado de los pocos pods ya en la escena —lanzas azules de energía deslumbradoramente brillante— penetró el blindaje del primer soldado de choque que aparecía. En el mismo momento que los invid respondían al ataque del enemigo con torrentes de discos de exterminio, las juntas y las articulaciones de su armadura se expandían bajo la presión agobiante de las explosiones dentro de ella. Ésta explotaba en pedazos de restos y metralla blanca y caliente que saltaban ruidosamente de los blindajes de los pods.

Pero un trío de Shock Troopers se había metido detrás del primero, y una docena más se concentraba detrás de ellos. Ráfagas

de discos de exterminio y plasma rojo cuarteaban el aire, destruyendo el centro de mando y el equipo de los cuarteles generales, prendiendo fuego, y destrozando pods en pedazos resplandecientes o empujándolos hacia atrás.

Guerreros blindados zentraedi, careciendo de tiempo para alcanzar sus pods, se metieron a combatir en una desesperada acción de defensa, rociando a los invid con armas de mano, esquivando y agachándose, avanzando intrépidamente y sufriendo bajas considerables.

Un rápido guerrero se metió debajo de un Shock Trooper, sosteniendo su arma contra una articulación vulnerable de su armadura y entonces disparó la carga completa simultáneamente, a quemarropa. La explosión destrozó la pierna del invid, derribándolo, pero el zentraedi fue destruido por el estallido.

En otro sitio, un mecha invid sujetó con fuerza un pod averiado que no podía disparar más, desgarró el pod con sus supersólidas garras de metal, luego desmembrando al zentraedi herido dentro.

Los Scouts, máquinas invid más pequeñas, se metieron detrás de los Shock Troopers para buscar por todos los sitios de la base.

Le tomó sólo momentos a uno encontrar a Zor; los invid habían estado buscándolo por un largo tiempo y estaban ansiosos por vengarse.

Al mismo tiempo que el Scout se movía con dificultad hacia ellos, Vard trató de salvar a su señor absorbiendo él mismo el primer estallido, disparando su pequeña arma de mano inútilmente hacia el monstruo invid. Tuvo éxito parcialmente, pero sólo a costa de su propia vida, golpeado en un instante por un disco. La fuerza del estallido empujó a Zor hacia atrás y lo chamuscó.

El resto de los discos en el estallido fue prendido por la explosión, pero, habiendo sido arrojado a un lado con fuerza, Zor había evitado la mayor parte de su furia. A pesar de eso, había sufrido heridas terribles: la piel quemada de su cuerpo hasta el hueso estaba expuesta, los pulmones quemados por el fuego, los huesos rotos por la conmoción y la caída, tremenda hemorragia interna. Él sabía que moriría. Antes de que el Scout pudiera terminar el trabajo, Dolza estaba ahí, disparándole con su rifle destructor, ordenando a los pods restantes a concentrar su fuego

sobre él.

—¡Zor está herido! ¡Salven a Zor! —rugió. Encendiendo el comunicador de su casco, trató de contactar a su subordinado de más confianza.

—¡Breetai! ¡Breetai! ¡¿Dónde estás?!

El Scout fue volado en pedazos ardientes en la humillante descarga, pero su llamada había salido; los demás Scouts y los Shock Troopers se dirigieron directamente a su enemigo principal. Dolza, con los guerreros y pods restantes, formaron un desesperado anillo defensivo, resueltamente listos para morir de acuerdo a sus principios.

De repente había una ráfaga enérgica desde la derecha. Después una aún más intensa desde la izquierda. Para el asombro de Dolza, éstas estaban dirigidas a los invid.

Breetai había llegado a la cabeza de los refuerzos. Algunos de ellos sólo llevaban armadura de cuerpo como él mismo, pero la mayor parte estaban en Battlepods tácticos o fuertemente blindados de oficial. La línea invid empezó a desmoronarse ante una tormenta de fuego en gran escala. Más pods estaban llegando todo el rato. Dolza no podía comprender cómo una fuerza de invasión estaba descendiendo por miles desde una nave colmena invid del tamaño de una luna, sus soldados tan incontables como insectos. Con seguridad la base debería ser cubierta por una viviente, pululante capa del enemigo.

Pero el enemigo estaba siendo empujado hacia atrás, y Breetai estaba liderando un contraataque a pie, justo al mismo tiempo que una pequeña porción de Shock Troopers amenazaban con realizar con éxito una acometida suicida a Dolza y Zor. Un disco golpeó un pod cerca de Breetai en el mismo momento que estaba disparando a derecha e izquierda con su rifle; estallido y metralla golpearon su cabeza y el lado derecho de su cara.

Breetai cayó, cabeza en llamas, pero el contraataque zentraedi continuó —de algún modo— para conducir a los invid de regreso a la abertura en el muro.

Finalmente Dolza cansadamente bajó la encendida boca de su rifle. La persecución de los invid en retirada podía ser encargada a los comandantes de campo. Empezó a tomar informes de los recién

llegados, de esta manera dándose cuenta de los detalles de la inesperada victoria zentraedi.

La mayoría de los invid había sido desviada en un intento por detener o abordar la fortaleza dimensional y habían sido eliminados. Hasta ahora, el aviso del ataque estaba volviendo a los Maestros de la Robotechnia; una incursión severa tendría que ser emprendida. Breetai estaba siendo atendido por los médicos y viviría, aunque quedaría desfigurado de por vida.

Pero todo eso no era lo de más importancia para Dolza. Miró el humeante, destrozado cuerpo de Zor. Los médicos se congregaron alrededor del genio caído con sus aparatos y medicinas, pero Dolza había visto suficientes bajas en combate para saber que Zor estaba más allá de la ayuda.

Zor lo sabía tan bien como Dolza. Dejándose llevar por algo parecido a un delirio, sintiendo sorprendentemente poco dolor, escuchó intercambios de palabras acerca de la fortaleza dimensional. Sonrió para sí mismo, aunque le dolía su cara quemada, agradecido que la nave espacial hubiera escapado.

Una vez más, él tuvo la Visión que lo había decidido a enviar la nave; como amo del poder sin límite de la Protocultura, con su inteligencia sin par, tenía acceso a mundos ocultos de discernimiento y caminos invisibles de conocimiento.

Él vio un otra vez infinitamente hermoso mundo blanquiazul flotando en el espacio, bendecido con el tesoro que era la vida. Percibió que éste era o sería el punto esencial de acontecimientos trascendentes, la encrucijada y lugar decisivo de un conflicto que haría estragos a través de la galaxia.

Una columna de energía mental pura ascendió del planeta, un pilar de fuerza deslumbrante de cien millas de diámetro, chisporroteando y balanceándose, girando como un torbellino, expulsando capas tenues de brillantez, subiendo alto y más alto en el espacio en una cuestión de instantes.

Como lo había experimentado antes, Zor se sintió insignificante

ante la fuerza mental del ciclón. Entonces su cumbre inesperadamente dio forma a una gran ave, un fénix de esencia mental. El ave de fuego de transfiguración extendió alas más anchas que el planeta, elevándose lejos a otro nivel de existencia, con un grito tan maravilloso y triste que Zor olvidó su muerte inminente. Él lloró por el esplendor terrible de lo que estaba por venir, dos lágrimas fluyendo en sus quemadas mejillas.

Pero él estaba animado por una convicción renovada que la fortaleza dimensional debía ir hacia ese planeta blanquiazul.

Los sonidos de las últimas escaramuzas procedían de la distancia al mismo tiempo que los zentraedi acababan y ejecutaban el resto de las tropas invid. Dolza estaba mirando el ennegrecido cuerpo de Zor al mismo tiempo que su vida se escabullía a pesar de todo lo que los médicos podían hacer. Dolza sospechó que Zor no desearía —no se lo permitiría a sí mismo— ser salvado.

Cualquiera que fuera el plan de Zor, no había forma de cambiarlo ahora. La nave misma, junto con unos pocos zentraedi leales a Zor solamente, habían saltado más allá del alcance de los Maestros de la Robotechnia... al menos por ahora.

Era un poco confortable para Dolza saber que las transmisiones finales desde la fortaleza dimensional, en los momentos antes de la transición mediante una transposición espacial, indicaron que los traidores a bordo habían sido gravemente heridos durante la batalla por tener que atravesar el ataque sorpresa invid.

—Zor, si mueres, la misión se ha terminado y debo regresar en derrota y humillación, —dijo Dolza.

—He frustrado el plan de los Maestros de la Robotechnia por controlar el universo. —Zor tuvo que hacer una pausa para toser y recuperar su aliento, con un estertor en éste que indicaba muerte—. Pero una más grande, más importante misión está sólo empezando, Dolza...

Zor tosió de nuevo y estaba inmóvil, los ojos cerrados para siempre.

Dolza permaneció ante una pantalla que era grande aún para los zentraedi. Ante él estaba la imagen de un Maestro Robotech. Dolza habló servilmente.

—... por lo tanto no tenemos idea de dónde está la fortaleza dimensional, al menos por el momento.

El rostro afilado del Maestro, con su nariz de halcón, cejas vivaces y pelo enredado, mostraba una furia absoluta. Dolza no estaba sorprendido; Zor, quien había dado a los Maestros la clave para su poder, y la poderosa fortaleza dimensional perdida, ¡de un golpe! Dolza se preguntaba si los invid se dieron cuenta exactamente de cuánto daño les habían infligido en una invasión repentina que de otro modo habría sido una escaramuza insignificante.

La voz del Maestro Robotech era casi inanimada, neutra.

—¡La fortaleza dimensional debe ser recuperada a toda costa! Organiza una búsqueda inmediatamente; debemos enviar a la flota zentraedi más cercana a la misión enseguida, y todas las demás tomarán parte en el esfuerzo si es necesario.

Dolza hizo una reverencia a la imagen.

—¿Y Zor, mi señor? ¿Qué le parece si hago que sus restos sean enterrados en su amado jardín?

—¡No! Congélalos y tráelos de regreso a nosotros personalmente. ¡Protégelos bien! Todavía podemos extraer información de sus materiales celulares.

Con esto, la imagen del Maestro desapareció de la pantalla.

—¡Salve, Dolza! Breetai reportándose como ordenó.

Dolza lo examinó por encima. Un día o dos de curación zentraedi tenían al comandante de mayor categoría en forma buscando obligación; aunque era de nuevo el gladiador feroz que siempre había sido, era muy diferente.

El daño hecho por los discos de exterminio de los invid no podría ser completamente invertido. La mitad derecha del cuero cabelludo negro de Breetai y casi la mitad de su cara fueron

cubiertas por una prótesis destellante de aleación, una especie de capucha, su ojo derecho reemplazado por un lente de cristal brillante.

Breetai siempre había sido dado a los modales sombríos, pero su mutilación a manos del enemigo lo había hecho distante, frío e iracundo. Dolza dio el visto bueno.

Dolza había requerido a Breetai a un lugar en el perímetro de la reforzada base donde las Flores de la Vida estaban germinando en el suelo. El comandante supremo rápidamente resumió la situación. Los detalles de la larga lucha entre Zor y los Maestros, y el plan secreto de Zor para el futuro de la Protocultura, sobresaltaron a Breetai, al igual que lo hizo cierta otra información que Dolza fue el único en decir.

—Eres mi mejor comandante de campo, —Dolza concluyó—. Conducirás la expedición para volver a tomar la fortaleza dimensional.

La luz del sol brilló en la pieza metálica de la cabeza de Breetai.

—Pero... ¡si saltó!

La compasión no era parte de la gama emocional zentraedi. Dolza por lo tanto no mostró ninguna.

—Debes tener éxito. Debes recuperar la fortaleza y su fábrica de Protocultura, antes que los invid lo hagan, o habremos perdido todo por lo que hemos trabajado.

Las facciones de Breetai se resolvieron en líneas tirantes de firmeza.

—¡La fortaleza dimensional será nuestra, bajo mi juramento!

Capítulo 1

Tengo dudas como todos los demás, pero pensé que [la llegada del SDF-1] precisamente podría ser un buen asunto para la raza humana después de todo cuando vi como aterrizó a los políticos.

*Comentario atribuido al Tte. (jg) Roy Fokker en
Preludio al Juicio Final: La historia de la Guerra Civil
Global, por Malachi Cain*

CUANDO LA FORTALEZA DIMENSIONAL ATERRIZÓ EN 1999 D.C., la palabra «milagro» había sido tan utilizada que le tomó algún tiempo a la raza humana darse cuenta que en verdad uno real había sucedido.

Al final del siglo veinte, «milagro» se había convertido en la descripción ordinaria para aparatos caseros y aditivos para comida. Entonces llegó la Guerra Civil Global, una rápida espiral de conflictos diversos que, más o menos en 1994, estaba bien en su camino para llegar a ser una contienda mundial de gran envergadura; en los primeros días de la guerra, «milagro» era utilizado por cualquier lado para describir alguna muy alentadora noticia de batalla.

La Alianza de Unificación Mundial entró en existencia porque parecía la mejor esperanza para la supervivencia humana. Pero sus bienintencionados reformadores encontraron que un centenar de oportunistas se sublevaron para salvarlos: de conglomerados supranacionales, extremistas religiosos, y seguidores de un centenar de diferentes ideologías hasta racistas y fanáticos de todo tipo.

La guerra se atascó, resistiendo, transcurrió tediosamente, encendiendo cada rincón del planeta. La gente olvidó la palabra

«milagro». La guerra empeoraba y empeoraba —gradualmente, es cierto, pero todo el mundo sabía lo que sería el empeoramiento final— hasta que la esperanza empezó a morir.

Y en una actitud de la que nadie parecía ser capaz de detenerse, la raza humana se movía por la ruta a su propia destrucción total, utilizando armas de su propia creación. La vida del planeta era infinitamente valiosa, pero nadie pudo formular un plan para salvarla del fuego termonuclear del sacrificio.

Entonces, casi diez años en la Guerra Civil Global, cambiaron para siempre el pensamiento del Homo Sapiens.

La llegada de la fortaleza dimensional fue una casualidad más allá de la casualidad y, en el principio, una seria catástrofe.

Su llegada fue la de un objeto impulsado, y había aparecido de ningún sitio, de alguna abertura indescifrable en el continuo del espacio-tiempo. Su largo descenso propagó destrucción y muerte al mismo tiempo que sus ondas de choque y el estallido posterior de su avance monumental arrasaron ciudades, ensordecieron y cegaron multitudes, hicieron un horno de la atmósfera, y de algún modo despertaron fuerzas tectónicas. Las ciudades ardieron y cayeron, y muchos, muchos murieron.

Su llegada desconcertó al mundo. Las mezquitas fueron abarrotadas hasta su capacidad y más allá, lo mismo que los templos y las iglesias. Mucha gente cometió suicidio, y, bastante curiosamente, las tres categorías más importantes de la elevada tasa de víctimas fueron, en este orden: clérigos fundamentalistas, ciertos políticos elegidos, y los más importantes personajes del mundo del entretenimiento. La especulación acerca de sus motivos —que el asunto que tenían en común fue que se sintieron aminorados por la llegada de la nave espacial extraterrestre— permaneció precisamente en eso: especulación.

Por fin el objeto redujo la velocidad, obviamente dañado pero todavía capaz de maniobrar. Su sorprendente velocidad se redujo a un simple planeo... excepto que tenía poca velocidad en el camino de las superficies elevadas y era inimaginablemente pesada. Llegó a reposar en una suave planicie inclinada en una pequeña isla del Pacífico Sur, una vez el sitio de pruebas atómicas francesas, llamada Macross.

La planicie era larga y amplia, en particular para tal diminuta isla, pero no era mucho más larga que la nave misma. A unos pocos cientos de yardas detrás de sus propulsores, las olas se estrellaban contra la playa. A una corta distancia por delante de su proa destruida estaban escarpados precipicios.

Su funda externa y primeras capas de blindaje, y una importante parte de su superestructura, habían sido dañadas en el transcurso de su escape, o en el choque controlado de su aterrizaje. Crujió y rechinó, enfriándose, al mismo tiempo que las olas rompientes hacían espuma y golpeaban la arena en un de otro modo idílico día en la isla Macross.

La raza humana empezó a valorar el daño en una atontada, descoordinada manera. Pero no le tomó mucho tiempo a las fuerzas opuestas convencerse a sí mismas que el estallido no era un engaño del enemigo. Durante las primeras pocas horas, fue llamado «el Visitante». Los líderes de las diversas facciones de la guerra civil, su supuesta importancia se redujo con la aparición de la nave extraterrestre, tomaron pasos apresurados hacia una tregua de conveniencia. Los diversos comandantes tuvieron que moverse rápidamente y tuvieron que sacrificar mucho de su prestigio para ajustarse el uno al otro; todos los ojos estaban vueltos al cielo y a la isla Macross. La Guerra Civil Global pareció sin importancia, una disputa absurda comparada con el mismo impresionante poder que precisamente se había sentido en la Tierra.

En cuestión de horas, estaban siendo hechos preparativos para explorar los restos por una expedición. Las alianzas necesarias fueron adoptadas, pero factores de seguridad fueron incorporados en la fuerza expedicionaria. Los más grandes enemigos habían logrado una paz angustiada.

Ahora, aquellos que habían peleado la guerra tendrían que hacer lo mismo.

La cubierta de vuelo del portaaviones clase Gibraltar *Kenosha* se apartaba debajo del helicóptero ascendiente, una confortable isla

artificial de superficie de aterrizaje antideslizante. El teniente (jg) Roy Fokker lo vio tristemente, resignándose a la misión a mano.

Él volteó hacia el hombre pilotando el helicóptero, el coronel T.R. Edwards, quien estaba volándolo con consumada habilidad. Roy Fokker estaba más acostumbrado a esas ocasiones cuando él y Edwards estaban haciendo giros y disparos, tratando de tirotearse en los cielos.

Roy Fokker era un internacionalista, hasta los pies. Su uniforme portaba los colores de la unidad de aviación de su portaaviones, un escuadrón de combate: la insignia de la calavera de Jolly Ranger. Los colores eran de la antigua Armada de los Estados Unidos, el renombrado y con justicia temido escuadrón VF-84 del USS *Nimitz* que había cazado los cielos en Tomcats F-14, luego Executioners Z-6, adecuados para la nueva línea de producción de Peregrine Z-9A propia de Roy.

Roy desearía estar de regreso en su propio jet, en su propia cabina.

Para tan importante despegue, habría sido normal ver al capitán del *Kenosha* en la cubierta de observación debajo de una antena de radar ajustada en fases y otros arbustos de la torre —los aviadores llamaban a la cubierta la Fila del Buitre—. El Almirante Hayes y los otros peces gordos estaban todos ahí, pero no el capitán Henry Gloval. Hoy, el capitán Henry Gloval estaba ceñido en la parte de atrás del helicóptero con un pelotón de infantes de marina y algunos técnicos y más equipo y armas científicas de los que Roy había visto aglomerados en un ave antes. Que el Viejo debiera realmente dejar su puesto de mando y desembarcar mostraba como de revueltas esta nave espacial o lo que fuera había vuelto las cosas en la Tierra.

Era una misión tan excéntrica como Roy nunca había visto; esto lo puso inusualmente nervioso, especialmente desde que el consejo de oposición había elegido a Edwards como su representante en el equipo.

La última vez que Edwards y Roy habían cruzado estelas, Edwards había estado contratado en algo llamado la Esfera de Co-Prosperidad del Noreste Asiático. No había indicio de para quién estaba realmente trabajando ahora, salvo que igual que siempre, sin

excepción, para beneficiar al coronel T.R. Edwards.

Roy se dijo que parara de pensar sobre eso y que hiciera su trabajo. Se movía un poco en su asiento, con inquietud en la red de herramientas con un peso añadido de cerca de cien libras de armas, municiones, y equipo de supervivencia y exploración.

Empujó su despeinada greña de pelo rubio para atrás de sus ojos. No estaba seguro por qué o cuándo los peinados largos se habían vuelto la norma entre los pilotos, pero ahora era prácticamente de rigor. ¿Alguna tradición Samurai?

Lanzó una mirada a Edwards. El mercenario tenía tal vez treinta, diez años mayor que Roy, con la misma estatura delgada. Edwards tenía buen aspecto bronceado y pelo teñido de sol y una sonrisa de asesino. Parecía estar pasándola bien consigo mismo.

La juventud de Roy no lo hacía inferior a Edwards en experiencia y habilidad. La filosofía práctica de los suizos e israelíes de otros tiempos y de otros como ellos era ahora la regla: Cualquiera que pudiera volar bien lo hacía, y volaban como líderes si lo merecían, sin tener en cuenta edad o rango.

Todas las convenciones de reuniones sobre un piloto que necesitaba educación de una institución de enseñanza superior y años de entrenamiento habían sido echadas fuera al mismo tiempo que el desgaste de la guerra las hizo insostenibles. Roy había escuchado que niños tan jóvenes como de catorce estaban en las nuevas clases en la Escuela de Combate Aéreo.

Edwards había notado la mirada.

—¿Quiere hacerse responsable, Fokker? Adelante.

—No, gracias, coronel. Sólo estoy aquí para asegurarme que no arme un lío y se aproveche de la situación.

Edwards se rió.

—¿Fokker, sabe cuál es su problema? Toma este asunto de la guerra muy personalmente.

—Dígame algo: ¿Le gusta volar para un puñado de fascistas?

Edwards bufó burlonamente.

—¿Usted piensa que hay mucha diferencia entre las partes, después de diez años de guerra? Además, los neasiáticos me pagan más en una semana de lo que usted gana en un año.

Roy quería disputar eso, pero sus órdenes eran evitar

desavenencias con Edwards. Como si al hacerlo pensar en eso, un aroma repentino flotara en el aire bajo su nariz. Era tabaco de pipa, pero a Roy siempre le olía como una fábrica de jabón en llamas.

Gloval estaba ahí de nuevo. Pero cómo cuentas que tu oficial de mando está infringiendo reglamentos, fumando a bordo de una aeronave. Si eres un joven teniente (jg) prudente, no lo haces.

Roy se volvió para estudiar a Macross y olvidó a Gloval, Edwards y todo lo demás. Ahí se extendían los restos ennegrecidos de una nave como nada que la Tierra había visto antes.

—¡Dios mío! —dijo Roy lentamente, e incluso Edwards no tenía nada que agregar.

El accidente estaba tranquilo, y las lecturas de radiación estaban alrededor de lo normal. Los vuelos previos no habían inferido fuego o visto ninguna actividad. El helicóptero los dejó a unas pocas docenas de yardas de la chamuscada, destrozada ruina. En pocos momentos el grupo estaba descargándose a sí mismo y al equipo.

Gloval, un alto, de piernas largas y esbelto hombre con un stalinesco bigote negro hollín, el sombrero de capitán se había inclinado adelante en su frente, estaba estableciendo la seguridad y preparando el reconocimiento preliminar externo del siniestro. Él era de hombros robustos y vigoroso, pareciendo más joven de sus cincuenta y tantos años hasta que uno veía las líneas alrededor de sus ojos.

Pero mientras los preparativos estaban continuando, el Cabo Lanza Murphy, impaciente por estar en el movimiento, no pudo resistir hacer un pequeño curiosear.

—¡Oigan, miren! ¡Creo que encontré una escotilla!

La voz de Gloval aún conservaba su fuerte acento ruso.

—¡Imbécil! ¡Sal de ahí!

Murphy estaba de pie cerca de una alta forma circular en el destrozado casco, indicándoles con la mano. Con su espalda hacia ésta, no vio la parte central abierta de la escotilla, las mitades deslizándose separadamente. No pudo escuchar a sus compañeros

de equipo gritando advertencias, al mismo tiempo que varios largos, tentáculos segmentados de metal, se extendieron.

En seguida, el desafortunado marino fue capturado y levantado del suelo, después cayó de su sujeción, al mismo tiempo que era tirado dentro. Ninguno de los otros se atrevió a disparar por temor de pegarle.

La escotilla chasqueó al cerrarse. Gloval extendió sus brazos para mantener bajo control a Roy y algunos de los otros; tendrían que encargarse de la escotilla.

—¡Permanezcan donde están y no disparen! ¡Nadie se acerque hasta que sepamos con qué estamos tratando!

Una hora después, las cosas habían cambiado, sin embargo los exploradores no sabían mucho más que al principio.

Por insistencia del Almirante Hayes, el Doctor Emil Lang había estado en el helicóptero en tierra para supervisar. Lang era la mente principal de la Tierra, por edicto de Hayes y el Senador Russo y los demás en la alianza de mando, la autoridad final de protocolo interplanetario.

Lang organizó a todos en trajes anticontaminación, luego mandó un robot de tamaño humano para hacer la exploración preliminar de la nave. Cuando el robot, básicamente un detector parecido a un bulbo/paquete de telemetría en dos piernas, se detuvo inactivo enfrente de la escotilla al mismo tiempo que la escotilla se reabría, Lang miraba pensativo.

El robot se rehusó a responder a más órdenes, la escotilla permaneció abierta, y no había señal de actividad dentro. Los ojos de Lang se entrecerraron detrás del visor de su traje al mismo tiempo que se concentraba.

Lang era un hombre justo por debajo de la estatura media, delgado de figura, pero cuando venía a descifrar lo desconocido, tenía el coraje de un león. Pasando por alto sus órdenes, mandó a Gloval a seleccionar un grupo para explorar el siniestro. Gloval se escogió a sí mismo, Roy, Edwards, y ocho de los infantes de marina.

—Avancemos con esos reflectores, —Lang ordenó—. Y pueden meter un cartucho en sus armas, pero dejen sus seguros activados. Si alguno dispara sin mi orden directa, veré que sea llevado a un consejo de guerra y colgado.

Inadvertido, T.R. Edwards hizo una cara burlona dentro del casco de su traje y pasó el selector de su metralleta a automático total.

Las luces que traían —reflectores montados en los hombros de su red de equipo— eran potentes pero no lo suficiente para alcanzar los límites más alejados de la sección en la cual se encontraban. Lang y Gloval sólo examinaban lo que estaba ante ellos, pero lo de los demás eran exclamaciones suaves, palabrotas, obscenidades.

Se parecía a una compleja representación de una ciudad. El equipo extraterrestre y la maquinaria estaban hechos de aleaciones cristalinas y materiales traslúcidos, con estructuras a modo de conductos cruzando de un lado a otro en el aire y artilugios configurados extrañamente en todas direcciones. La nave espacial estaba construida a escala monumental.

Las lecturas todavía no indicaban peligro de radiación, contaminación atmosférica o biológica; se quitaron los trajes.

—Nos dividiremos en dos grupos, —Gloval decidió, todavía a cargo de las divisiones tácticas—. Roy, tomarás cuatro infantes de marina. Dr. Lang, Edwards: ustedes estarán en mi grupo.

Estaban por trabajar su camino hacia adelante, siguiendo lados opuestos del casco interno del siniestro, en un intento por conectarse en la proa. En caso de que no, observarían tanto como fuera posible y retrocederían a su punto original de entrada en una hora. Se pusieron en camino. Ninguno escuchó el robot sonda inactivo reactivarse de repente y caminar a través de la escotilla abierta en su despertar, moviéndose más ágilmente de lo que se había movido unos pocos minutos antes.

Quince minutos después, en un pasillo tan alto y ancho como un estadio, Roy hizo una pausa para dirigir las luces montadas en sus

hombros a su alrededor.

—Este lugar debe estar engañándome. ¿No te parece que las paredes están moviéndose? —Preguntó al sargento de artillería detrás de él.

El artillero dijo lentamente:

—Sí, más o menos. Parece que hay una niebla o algo manando por todas partes.

Roy estaba a punto de experimentar que estaban moviéndose otra vez cuando escuchó a alguien llamando suavemente.

—Caruthers. Oye, hombre, ¿dónde estás?

Caruthers era el hombre caminando a desgana en la parte de atrás de la fila; todos se volvieron para ver que estaba pasando. Caruthers se había rezagado por alguna razón; pero estaba reincorporándose a ellos, sus rasgos poniéndose más cerca. Pero algo acerca de los movimientos del hombre no era normal. Además, su cabeza se inclinó débilmente y él pareció estar moviéndose considerablemente sobre ellos, como en una pasarela.

Hicieron destellar sus rayos de luz en su camino y se quedaron helados con asombro y pánico total. El cuerpo de Caruthers colgaba en una línea, como un pequeño títere, sujetado en la mano de un monstruo humanoide de metal de setenta pies de alto.

El monstruo blindado giró su mano libre en su dirección. No tenían tiempo para autorización para reaccionar; no habrían hecho caso si Lang lo hubiera denegado, de cualquier forma. Roy y el artillero y los otros infantes de marina abrieron fuego, el traqueteo de sus metralletas ruidoso en sus oídos. Sus punteros iluminaron la oscuridad al mismo tiempo que las balas rebotaban en la armadura del monstruo como si fueran clips para papel.

Su mano derecha soltó un torrente de furia naranja rojizo. Un infante de marina desapareció como un insecto liquidado, convertido a ceniza en un instante.

Capítulo 2

Supongo, recordando vagamente, estaba consciente que el destino había enviado en mi camino una oportunidad para ser mencionado al mismo tiempo con Einstein, Newton, y el resto. Pero para decir la verdad, pensé poco en eso. Ante la fascinación de tanto nuevo conocimiento, cualquier científico habría hecho parecer al pobre viejo Fausto como un santo.

Dr. Emil Lang, Notas y Grabaciones Técnicas

ROY Y LOS DEMÁS VACIARON SUS ARMAS EN VANO. La inquietante mano arma se movió a un nuevo objetivo, al mismo tiempo que ellos se agachaban, cambiando sus labrados y ribeteados cargadores dobles de un lado a otro para agarrar y cargar uno nuevo.

Un segundo torrente de brillo supercaliente resplandeció, y otro infante de marina fue incinerado.

Roy se dio cuenta que la radio estaba inservible; ésta estaba en la mochila de Hersch y él precisamente había sido freído. Roy se volteó, descubrió el lanzacohetes RPG dejado caer por la primera víctima, e hizo una zambullida por él.

El sargento de artillería le dirigió una mirada de duda pero guardó silencio. Disparar el arma podría ser suicida por varias razones, incluyendo explosiones secundarias de su agresor, pero Roy no vio otras opciones; su escape fue interrumpido, y no había refugio digno del nombre.

El RPG ya estaba cargado. Roy miró fijamente a través de las miras, centrando el retículo, y disparó a la sección media, donde dos segmentos se unían. La explosión resultante partió al monstruo

de metal en dos; éste se vino abajo, descargando violenta energía. El estallido secundario hizo caer a Roy.

Perdió el conocimiento por un segundo pero volvió, momentáneamente ensordecido, con el artillero sacudiéndolo. Roy se las arregló para leer sus labios:

—¡Todavía está vivo!

Con la mirada cansada, Roy siguió el dedo que apuntaba. Era cierto: segmentos del monstruo destrozado estaban sacudiéndose y traqueteando. Aquellos que tenían cierta articulación estaban tratando de arrastrarse hacia los intrusos. Otras partes estaban disparando rayos esporádicos, la mayoría de los cuales salpicaban el distante techo.

El artillero levantó a Roy y empezó a arrastrarlo en torno a los restos en lo que parecía la dirección por la cual habían venido. Aunque no podía escuchar, Roy podía sentir fuertes vibraciones en la cubierta. Se volteó y encontró un segundo monstruo acercándose. Él no podía deducir como el primero se había topado con ellos tan silenciosamente, y no esperó sin hacer nada para averiguarlo.

La cosa se detuvo por los escombros que ardían lentamente del primero al mismo tiempo que Roy se tambaleaba detrás del artillero.

—... recuerdo que vinimos por aquí, —Roy débilmente escuchó al artillero decir cuando hicieron una pausa después de lo que pareció como un año de bamboleo por la cubierta. Evidentemente, el artillero había cubierto sus oídos para evitar el impacto del cohete; estaba oyendo al igual que buscando más enemigos.

—Yo tampoco, —dijo Roy fatigosamente—. Pero todas nuestras otras rutas están obstruidas.

—Podrían haber terminado con todos nosotros, teniente, —dijo el artillero.

Roy sacudió la cabeza, precisamente tan confundido como el infante de marina.

—Tal vez están reuniéndonos por alguna parte; no sé.

Continuaron su camino de nuevo. El oído de Roy estaba regresando, acompañado por un doloroso tintineo.

—Tal vez no quieren matarnos a todos porque...

El artillero gritó una palabrota. Roy bajó la vista para ver que

las placas de la cubierta estaban agitándose alrededor de sus piernas como un arroyo fluyendo, cubriéndolos totalmente.

Gloval asió su automática con determinación.

—¿Está tomando todo esto en el vídeo, Dr. Lang?

Lang puso su palma en su frente.

—Sí, pero estas figuras se mantienen cambiando... me pone mareado sólo mirar...

—Más o menos como... vértigo... —agregó T.R. Edwards.

Gloval estaba sintiéndose un poco indispueto. Interrumpió para un descanso, enviando a Edwards a asomarse en el próximo compartimento. Gloval vio a Lang inquietamente; con la llegada de la nave extraterrestre, Lang se había convertido en el hombre más indispensable sobre el planeta. Lang debía ser mantenido a salvo a toda costa, y el hecho que Gloval no podía contactar con el grupo de Roy o el mundo exterior en la radio tenía nervioso al capitán.

Edwards estaba de regreso en instantes, la cara tan blanca como sus dientes.

—Deberían prepararse. —Edwards tragó saliva con dificultad—. Encontré a Murphy, pero... es un poco difícil de aguantar. —Tragó saliva otra vez para abstenerse de vomitar.

Uno a uno fueron a unírsele en la entrada del siguiente compartimento, del cual resplandecía una intensa luz. Lang agarró el borde de la escotilla para tranquilizarse cuando vio lo que había ahí.

En un voluminoso tanque translúcido conectado con varios sistemas de soporte de vida flotaban las diversas partes del Cabo Lanza Murphy en un mar diminuto de inerte líquido nutriente.

Éstas flotaban a la deriva lentamente, aquí un brazo, allá la cabeza —los ojos completamente abiertos sin visión— una mano cortada golpeando lentamente contra el desollado torso. El líquido estaba lleno de finos filamentos resplandeciendo en verdes incandescentes. Diminutos glóbulos a modo de amebas afluían hacia las partes del cuerpo y alejándose de éstas de nuevo, alimentándose

y suministrando oxígeno y quitando los residuos.

Gloval se volteó al infante de marina detrás de él.

—¡Establezcan la seguridad! Quienquiera que hizo esto puede estar todavía por aquí. —Los hombres se deshicieron de su parálisis y se apresuraron a obedecer.

Todos, es decir, con la excepción de uno, quien estaba a punto de extraer una pierna de un blanco, pie lleno de arrugas que se había movido a la superficie.

—¡No podemos dejarlo así! —A través de la aplastante guerra, los infantes de marina habían mantenido su honor y sus importantes prácticas con orgullo; el espíritu de equipo era como el aire que respiraban. Abandonar a uno de los suyos en el campo de batalla era dejar una parte de ellos mismos.

Lang retiró al infante de marina con sorprendente fuerza.

—¡No lo toques! ¿Quién sabe que es la solución? ¿Quieres terminar en escabeche ahí también? ¿No? ¡Bien! ¡Entonces saca una muestra con este dispositivo y ten cuidado!

Gloval, cuidadosamente estimando la topografía extraterrestre para mantener su mente —y sus ojos— lejos de las partes de Murphy, determinó que sus sospechas eran verdaderas: la disposición interna del lugar estaba cambiando en torno a ellos. No había camino de regreso.

Rápidamente dispuso en formación al pequeño mando y los puso en marcha, resueltamente satisfecho que Edwards ya no estaba tan presumido.

Momentos después, al mismo tiempo que el grupo se desplazaba a través de un área ensombrecida, él sintió un infante de marina tirar de su hombro.

—¡Capitán! Hay un...

Y se armó un follón de espanto al mismo tiempo que los monstruos blindados atacaron el grupo de Gloval desde la parte de atrás, emitiendo un estruendo ensordecedor y tratando de pisotear a los débiles humanos en la cubierta.

Un infante de marina dio el inicio de un chillido y luego voló en fragmentos, la humedad en sus tejidos instantáneamente convertida a vapor, los trozos de carne vaporizados en el rayo del extraterrestre.

Los humanos se soltaron con todas las armas, incluyendo un rifle portátil sin retroceso y una ametralladora liviana cuyo cilindro de la recámara estaba cargado con municiones semiperforantes de Teflón. Un segundo infante de marina fue incinerado casi al momento.

Tuvieron mejor suerte que el grupo de Roy en que el soldado de la ametralladora y el hombre atrás a la derecha por casualidad al apuntar a la mano que disparaba del monstruo principal, fueron suficientemente afortunados para encontrar un punto vulnerable, haciéndola volar.

El guardián de la fortaleza se tambaleó y se sacudió al mismo tiempo que el fuego hizo estallar explosiones secundarias.

—¡Gloval! ¡Por aquí! —Gritó Edwards, de pie en la escotilla de tamaño humano de un compartimento lateral. Los sobrevivientes se arrojaron hacia éste, entrando en grupo, dos de los infantes de marina arrastrando a Lang entre ellos mientras el doctor continuaba grabando la escena al mismo tiempo que la dañada máquina-cosa lanzaba llamas y humo y metralla voladora por el aire.

—Podemos mantenerlos a distancia de aquí... por ahora, —dijo Edwards, echando a un lado un par gastado de cargadores e introduciendo uno nuevo en su Ingram MAC-35.

—Concentren el fuego en cualquier cosa que se aproxime a esa puerta, —dijo Gloval a los infantes de marina, y se volteó para examinar el resto del compartimento. Éste era relativamente diminuto según los patrones de la nave afectada en el siniestro: Quizá ocho pasos en un lado, sin otra salida.

Lang estaba perturbado pero en control, deseando que sus manos estuvieran firmes al mismo tiempo que tomaba cuantos vídeos podía de la escena en el compartimento exterior. Gloval estaba a punto de ordenarle que retrocediera fuera de la línea de fuego cuando el piso comenzó a moverse.

—¡Eh! ¿Quién presionó el botón para subir? —gritó Edwards, pálido otra vez.

—¡Círculo de seguridad! —Gloval vociferó—. ¡El Doctor Lang en el centro!

Lang estaba metido en la parte central de la plataforma del ascensor que subía al mismo tiempo que los otros ponían sus espaldas contra él, las armas apuntadas delante de ellos. El techo

estaba a punto de aplastarlos, pero de repente se agitó como agua, dejándolos pasar a través. Subieron a un lugar más brillante y escucharon una voz familiar.

—Bien, bien. Ya era hora que llegaran aquí muchachos.

—¡Roy! —El teniente estaba apoyado en un soporte en la más inmensa cámara que no habían visto todavía, claridad tan brillante como el día.

Cuando las historias fueron intercambiadas, Gloval dijo:

—Bien, entonces, nos hemos reunido aquí. ¿Pero por qué?

Lang apuntó a una estructura a modo de puente encerrada por un tazón transparente, elevado hasta el duro fin del compartimento. Era grande pero al parecer construida a escala humana.

—Estoy apostando que es el cuartel general de la nave, capitán, y este es el puesto del capitán.

—Es nuestra mejor conjetura, así que lo intentaremos, —Gloval decidió—, pero usted permanezca con el grupo principal, mi buen doctor, y permita a Roy ir primero.

—¡Qué honor! —Edwards sonrió irónicamente a Roy.

El alojamiento de Zor estaba como él lo había dejado, hacía tanto y tan lejano. El módulo de dormir, la estación de trabajo, y el resto estaban contruidos a escala y función humana. Lang fijó la vista a su alrededor como en un sueño.

A pesar de los muchos objetos e instalaciones que eran imposibles de identificar, había cierta comprensibilidad en el lugar: aquí, una mesa de trabajo, allá, una pantalla de alguna clase.

Roy, Gloval, y los otros estaban tan fascinados que no notaron lo que Lang estaba haciendo hasta que escucharon el chasquido y crujido de la estática.

—¡Lang, estúpido! ¡Vete de ahí!

Pero antes que Gloval pudiera apartarlo del tablero de mando, Lang había de algún modo descubierto como activarlo. Ondas de distorsión se persiguieron de un lado a otro de la pantalla, luego una cara apareció entre las líneas parpadeantes.

El asimiento de Gloval en la chaqueta de Lang se hizo débil.

—Dios mío... ¡es humano!

—No del todo, quizá, pero cercano, diría yo, —Lang admitió tranquilamente.

La cara de Zor fijó la vista fuera de la pantalla. Los completamente abiertos ojos almendrados parecían mirar a cada hombre en el compartimento, y la boca habló en un melodioso, repicante idioma diferente de cualquier cosa que los humanos habían escuchado antes.

—Es una grabación de «bienvenida», —dijo Lang de forma realista.

—Como esas placas y grabaciones de los viejos Voyagers, —murmuró Roy.

La voz del extraterrestre asumió un tono diferente, y otra imagen destelló en la pantalla. Los humanos se encontraron mirando un soldado de choque invadido en acción, disparando y desgarrando.

—Algún tipo de máquina de guerra. Desagradable, —Lang interpretó.

Al mismo tiempo que los otros veían la imagen, Roy tocó el hombro de Gloval y dijo:

—Capitán, pienso que sería mejor que saliéramos de aquí.

—¿Pero cómo? Esta maldita nave se mantiene ordenando de otro modo.

—¡Miren! —gritó Edwards, señalando. La cubierta se estremeció al mismo tiempo que un recién llegado surgió a través de ésta. Todas las armas giraron para apuntarlo, excepto la de Lang; el doctor estaba dividiendo su atención entre lo que estaba pasando y el mensaje incesante en la pantalla.

Una forma familiar se encontraba ante ellos.

—Es el robot holgazán, el que se averió, —dijo el artillero.

Los ojos de Edwards se entrecerraron.

—Sí, ¿pero cómo pudo habernos seguido?

—Parece estar funcionando de nuevo, —dijo Gloval—. Tal vez podamos usarlo para contactar con la base. —Lang cruzó hacia el robot, el cual esperaba pacientemente. Él abrió una cubierta de acceso en la parte posterior y fue a inspeccionar las partes internas

ahí, luego arrebató sus manos atrás como si hubiera sido mordido.

Todos se congregaron alrededor cautelosamente, listos para destrozar la máquina en pedazos.

—Este no es el sistema de circuitos original, —dijo Lang, pareciendo interesado pero no atemorizado—. Los componentes están configurándose a sí mismos.

Al mismo tiempo que miraban fijamente, los cables se retorcían y los microchips cambiaban como un proyecto de reestructuración urbana en miniatura visto desde encima por fotografía a intervalos de tiempo. Las cosas se deslizaban, se entrelazaban, modificaban forma y posición. Esto le recordó a Roy de un difícil cruce entre una flor floreciente y esos juegos para niños donde el jugador pasa tejas alfanuméricas en nuevas secuencias.

—Tal vez ha sido enviado aquí para conducirnos afuera, —Gloval sugirió.

—¿Pero por qué los otros artefactos atacaron?

Lang se encogió de hombros.

—¿Quién sabe qué daño han sufrido los sistemas? Tal vez los ataques son el resultado de un funcionamiento defectuoso. Ciertamente, el mensaje que precisamente vimos tenía la finalidad de una advertencia, lo cual sugiere buenas intenciones.

—¿Pero qué significa todo eso, Doc? —Roy lanzó una exclamación.

Lang le prestó atención.

—Significa que la Tierra anda detrás de más visitantes, pienso. Muchos más.

—Bien, todos ustedes: Prepárense, —dijo Gloval—. Si podemos lograr que el holgazán nos guíe, aceptaremos una oportunidad en él. No tenemos alternativa.

Mientras los otros se preparaban, repartiéndose equitativamente las municiones restantes, volviendo a cargar los dos últimos lanzacohetes, y oyendo a Gloval dirigir su orden de marcha, Lang regresó al tablero de mando de la pantalla.

Él había tenido razón; este era el cuartel general de la nave, y el tablero de mando y sus dispositivos periféricos eran el núcleo de todo esto. Lang empezó el análisis de forma y funcionamiento, temiendo que nunca tendría otra oportunidad para estudiarlo.

Ciertamente, la nave no utilizaba una fuente de energía que él pudiera imaginar. Alguna misteriosa fuerza extraterrestre recorrió a través de la nave caída y a través del tablero de mando. Tal vez si él pudiera obtener alguna información de éste o conseguir acceso a él...

Al grito de Lang todos voltearon con las armas levantadas, al mismo tiempo que la luz proyectaba sus sombras alto contra las paredes. El centro de mando destelló y onduló con fuerza como una red sobrenatural de venas electrónicas.

El tablero de mando estaba rodeado por una aurora deslumbrante de áspero resplandor que se agitaba en el espectro. Lang, cuerpo convulsionado en agonía, sujetándose firmemente al tablero de mando, brillaba con esos mismos colores al mismo tiempo que las fuerzas enigmáticas lo inundaban.

—¡No lo toquen! —Gloval le gritó a Roy, quien había estado a punto de intentar una inspección del cuerpo para golpear a Lang por completo. Edwards se movió a un lado, completamente fuera del alcance de las descargas, para abrir una línea de fuego en el tablero de mando que no corriera el riesgo de pegarle a Lang. Edwards se aseguró que su selector estaba en automático total y se preparó para vaciar el cartucho en el tablero de mando.

Pero antes que pudiera, el relámpago extraterrestre se apagó. Lang se desplomó lentamente sobre la cubierta.

—¡Capitán, el robot se está marchando! —El artillero señaló a donde la cubierta estaba empezando a estremecerse alrededor de los pies del holgazán.

No había tiempo para precauciones. Roy alzó a Lang sobre su hombro, confiando que el hombre no estuviera radiactivo u otra cosa contagiosa. Enseguida todos estaban alineados alrededor del robot, hundiéndose a través del piso.

Aire y materia y espacio parecieron cambiar alrededor de ellos. Lang estaba moviéndose en el hombro de Roy, y Roy estaba manteniendo la calma, distraído, cuando uno de los infantes de marina gritó:

—¡Díganme que no estoy viendo esto!

La nave había cambiado otra vez, o ellos estaban en un lugar diferente. Y estaban contemplando los restos de un gigante.

Era algo francamente de leyenda. El esqueleto todavía estaba vistiendo un uniforme que era obviamente inmune al deterioro. También vestía un cinturón y cosas de correa equipados con varios artefactos y bolsillos. Excepto por el hecho que éste tendría aproximadamente cincuenta pies de altura, podría haber sido humano.

La mandíbula estaba inmovilizada abierta en un perpetuo gesto de agonía y muerte; un área del tamaño y forma de una mesa de póquer estaba quemada en la parte de atrás de su uniforme, rodeada por tela ennegrecida. Mucho de la estructura del esqueleto en la línea de fuego de la herida estaba ausente.

—Debe haber sido bastante pedazo, —un infante de marina dijo suavemente, con malicia.

Lang estaba forcejeando, así que Roy lo dejó abajo.

—Está bien, Doc...

Roy lo miró boquiabierto. Los ojos de Lang habían cambiado, volviéndose completamente oscuros, la profunda pupila sin iris y sin blanco en absoluto. Tenía la apariencia de un hombre en éxtasis, mirando con asombro a su alrededor con aprobación sin medida.

—Sí, sí, —dijo Lang, indicando en entendimiento—. ¡Veo!

No había tiempo para averiguar precisamente lo que había visto, porque el robot estaba en marcha otra vez. Roy se llevó a Lang arrastras, y se fueron, sólo para doblar una esquina y aparecer cara a cara con dos más de los guardianes blindados.

El artillero, lugar de marcha justo detrás del robot con uno de los lanzacohetes RPG, disparó inmediatamente, y el soldado de la ametralladora y el otro hombre RPG dispararon también al mismo tiempo que las líneas rojas de los punteros formaban un arco y rebotaban en el brillante blindaje.

Intermedio

—¡Escucha, estúpido, toma la Declaración de los Derechos, el juramento de los Boy Scouts y las Tres Leyes de la Robótica y ponlas donde no haya discado directo! «Buena» es cualquier cosa que me ayude a permanecer en la cima; «mala» es lo contrario, ¿entiendes?

Senador Russo al tesorero de su comité de reelección.

—Y resumiendo —terminó el almirante Hayes—, el grupo del capitán Gloval salió de la nave sin más víctimas, aunque encontraron mucha resistencia.

El senador Russo pitó su cigarro al reflexionar sobre el informe.

—¿Y el doctor Lang?

—Parece estar bien —dijo Hayes—. Ellos querían mantenerlo bajo observación por un tiempo, pero él está absolutamente determinado a reasumir la investigación en la embarcación extraterrestre. Y ustedes conocen a Lang.

Cierto. El genio más importante de la Tierra, el hombre al que ahora todos ellos tendrían que buscar para las respuestas cruciales, hacía sus propias reglas.

—Debería agregar una parte más del informe de la misión que todavía encuentro difícil de creer —dijo Hayes de mala gana. El capitán Gloval estima, y los relojes de él y los otros lo corroboran, que ellos estuvieron dentro de la nave por unas seis horas.

—¿Y? —Russo sopló un anillo de humo.

Hayes se rascó la mejilla pensativamente.

—De acuerdo con los guardias apostados fuera de la nave y a sus relojes, Gloval y los otros sólo se fueron por aproximadamente

quince minutos —él se volvió a sentar en la mesa de conferencias.

Russo, en la cabecera de la mesa, meditó sobre eso. Sabía que Hayes era un oficial demasiado metódico como para incluir una aseveración como esa en su informe sin haberla comprobado minuciosamente.

El senador Russo era un hombrecito obeso y rubicundo, de actitud falsa desagradable y bigote en las comisuras. Tenía papadas gordas y manos blancas y suaves que llevaban anillos en los meñiques. Además tenía un sastre brillante, un barbero maravilloso y suficiente influencia política como para hacerlo, quizás, la figura más importante en el gobierno del mundo emergente.

Él pasó la vista por la sala de conferencias ultra secretas a bordo del *Kenosha*.

—Quienquiera que envió esta nave puede venir a recobrarla. O alguien más podría venir —él esbozó una sonrisa socarrona—. ¡Si algo así no hubiera sucedido, habríamos tenido que inventarlo! ¡Es perfecto!

Los otros bribones reunidos allí asintieron con los ojos encendidos por la ambición y compartiendo la sonrisa astuta.

El momento de la colisión fue realmente sorprendente. Menos de un mes antes estos mismos hombres habían sido parte de un grupo que se había reunido para preparar el terreno para uno de los complots más traicioneros de la historia. Es cierto que ellos se estaban enfrentando a la crisis máxima, a la posibilidad de que la raza humana se destruyera a sí misma. Pero la solución que ellos encontraron no fue la más benigna, sólo la que sería más rentable para ellos.

Habían tenido la intención de crear una crisis artificial, algo que detuviera la guerra y uniera a la humanidad bajo su liderazgo. Se desarrollaron varios escenarios prometedores, incluidas epidemias, fallas en las cosechas a escala mundial y una versión mucho menos espectacular de lo que había tomado lugar en la atmósfera de la Tierra y en isla Macross.

La sonrisa de Russo estaba cerca de la malignidad.

—¡Caballeros, no creo ser presuntuoso cuando digo que este es el destino en marcha! Hasta el estúpido más ciego puede ver que la humanidad debe asociarse.

Bajo nuestro mando, era la parte del texto no dicho. Russo vio que los verdaderos déspotas entendieron, mientras que Hayes y otros cuantos idealistas estúpidos estaban al borde de las lágrimas por la dedicación y el coraje. Idiotas...

A los déspotas nunca les había importado a que bando servían, por supuesto; las ideologías y las causas históricas de la Guerra Civil Global significaban poco y nada para ellos. Russo y los otros como él sólo les habían servido de la boca para fuera.

Lo importante era usar la oportunidad, ganar prestigio y poder. Russo se había unido a los internacionalistas —el movimiento para la paz y el desarme mundial— porque ellos ofrecían la oportunidad personal. Si no lo hubieran hecho, él se habría lanzado con los fraccionarios sin ningún escrúpulo, siempre y cuando le prometieran una ruta hacia el poder.

—Debemos actuar con toda la velocidad posible —estaba diciendo Hayes—, poner todos los recursos disponibles para el entendimiento de la ciencia detrás de esa nave, para reconstruirla y para utilizar esta sorprendente «Robotechnología», como el doctor Lang insiste en llamarla.

¡Absolutamente hermoso!, pensó Russo. ¡Un enorme proyecto de defensa subvencionado por impuestos, más caro y más masivo que cualquier cosa de la historia humana! Las oportunidades para lucrar serían incalculables. Mientras tanto los militares se mantendrían distraídos y obedientes, y se consolidaría todo el poder político. Es más, este increíble asunto de la robotechnología aseguraría que el nuevo gobierno mundial fuera completamente indesafiable.

Russo frunció el ceño por un momento al estudiar a Hayes otra vez: buen soldado, obediente y concienzudo, no más que un tipo trabajador (este era el término que Russo usaba para alguien orgulloso de ser honesto).

—Sí, Hayes podría significar algún problema en algún momento —es decir, una vez que la Tierra estuviera reconstruida, unificada y lista para ser dominada, cuando fuera tiempo de asegurarse de que aquellos que estuvieran en el poder permanecieran allí para siempre.

Pero iba a haber formas de lidiar con eso. Por ejemplo, ¿no tenía Hayes una hija adolescente? Ah, sí. Russo ahora se acordaba de ella:

una cosita bastante simple y retraída, tal como la recordaba el senador. Lisa.

En cualquier caso habría mucho tiempo para neutralizar a Hayes y a aquellos como él una vez que ellos hubieran servido a su propósito. También tendría que vigilar a ese Lang.

Pero ahora este coronel Edwards; parecía ser un jovencito brillante... sabía de qué lado tenía untada la manteca. Él ya le estaba pasando información secreta a Russo y vigilando a Gloval y a los otros. Definitivamente Edwards tendría sus usos.

—Traigamos al doctor Lang, ¿eh? —propuso el senador Russo.

Lang entró, delgado y pálido, emitiendo una energía y una resolución casi tangibles. Los extraños ojos sin blanco eran perturbadores.

—Bien, doctor —dijo Russo cordialmente—. Nos ha caído un milagro del cielo, ¿eh? Pero queremos que nos diga la pura verdad: ¿Se puede reconstruir esa nave?

Lang lo miró como si estuviera viendo a Russo por primera vez... como si Russo hubiera interrumpido a Lang durante alguna contemplación superior, tal y como, por supuesto, había sucedido.

—¿Reconstruirla? Pero claro que lo haremos, ¿qué más pensaron que haríamos? —esto sonó como que él tenía dudas sobre la cordura de Russo, lo cual era mutuo. Lang prosiguió antes de que Russo pudiera decir algo—. Pero usted utilizó la palabra «milagro». Supongo que puede ser verdad, pero quiero decirles a todos algo que me dijo el capitán Gloval cuando finalmente encontramos el camino de salida de la nave.

Esperó un momento dramático, mientras que sus ojos sin blanco parecían abarcar el salón de conferencias completo y ver más allá.

—Gloval dijo: «Esto salvará a la raza humana de autodestruirse, doctor, y eso lo convierte en una clase de milagro. Pero la historia y la leyenda nos dicen que los milagros cargan un alto precio.»

Capítulo 3

Hay una película que a mi abuelo le gustaba cuando era chico, y mi padre me sentaba en su rodilla cuando yo era un niño pequeño, The Shape of Things to Come.

La parte que producía la más grande impresión, naturalmente, era cuando el científico-aviador desdice su plan futurista y mira al fascista local a los ojos y le dice que no habrá más guerra. Nena, ¡cuántas veces desearía que fuera así de fácil!

Tte. Com. Roy Fokker, en una carta a la Tte. Claudia Grant

—FUEGOS ARTIFICIALES, —EL TENIENTE COMANDANTE ROY FOKKER murmuró para sí, con el cuello arqueado hacia atrás para poder ver las flores brillantes de luz. La gigantesca masa de la *Súper Fortaleza Dimensional Uno* bloqueaba gran parte del cielo, pero él todavía podía ver los cohetes estallar en luz brillante sobre cada esquina de Ciudad Macross. Había estandartes y banderas, banda musical, y las risas y griterío constantes de miles y miles de personas.

—Fuegos artificiales en lugar de bombas; celebraciones en lugar de batallas. —Roy asintió—. Espero que siempre sea así: desfiles y picnics. ¡Hemos visto suficiente guerra!

La isla Macross había cambiado mucho en diez años... todo hacia mejor, según la opinión de Roy. Después que el Gobierno de la Tierra hizo de la reconstrucción del siniestro extraterrestre su primera prioridad, una colorida moderna ciudad había sido levantada alrededor del sitio de la colisión, junto con zonas de aterrizaje utilizadas para transportar por aire suministros y equipo,

materiales de construcción, técnicos y trabajadores y sus familias, y personal militar.

Un activo puerto de aguas profundas había sido dragado también. Dos portaaviones colosales estaban anclados ahí, sin embargo eran empujados por la nave en cuya sombra Roy permanecía. Helicópteros y aeronaves a reacción hacían sus vuelos rasantes en lo alto, rindiendo homenaje al nuevo defensor de la Tierra, *Súper Fortaleza Dimensional Uno*.

Roy miró al *SDF-1* otra vez. Incluso después de una década, todavía era impresionado cada vez que lo contemplaba. Su casco y superestructura destellaba, lisa y brillante ahora, pintada de azul y blanco. La inmensa burbuja transparente del puente se abultaba como la máscara de un traje espacial, dando la extraña impresión de que la fortaleza estaba manteniendo vigilancia sobre la ciudad.

Roy todavía se encontraba preguntándose cómo se había visto la nave en un principio antes de su terrible colisión. ¿Qué tan cerca habían estado Lang y su equipo de llegar a restablecerla a su estado original?

Una cosa era segura; Lang y los otros habían llevado a cabo la hazaña técnica más sorprendente de la historia de la Tierra. No todos los secretos de la fortaleza de batalla eran suyos, todavía no; pero eso parecía sólo cuestión de tiempo. Mientras tanto habían vuelto al *SDF-1* totalmente operacional, y dado a la Tierra los medios para levantar su Fuerza de Defensa Robotech, RDF.

Y hoy, por primera vez, el populacho general iba a ver cosas que habían sido clasificadas confidenciales.

Una bandada de cazas Veritech, alas extendidas para altas velocidades, ejecutaban una exhibición de vuelo. Eran del Equipo Skull, mando de Roy.

—Esperen y les mostraremos lo que podemos hacer, —dijo, sonriendo.

A través de la ciudad, un desfile de automóviles se abría paso con luces destellantes y sirenas gimientes hacia la plataforma del *SDF-1*,

ya tarde para el lanzamiento previsto de la nave en su vuelo inaugural. Escoltas en motocicleta iban delante, seguidos por una limosina de larga extensión. Banderitas de adorno y pendones colgaban por todas partes.

No todos en la ciudad estaban encantados con las celebraciones del día. El alcalde de Ciudad Macross, un pequeño, regordete hombre que usualmente mostraba buen humor, puso mala cara en desaprobación al mismo tiempo que el desfile de automóviles se movía en su dirección. Vern Havers, quien dirigía una de las tiendas de electrodomésticos más prósperas de la ciudad, permanecía a su lado, observando.

—¿Ahora qué está mal, señor Alcalde? ¿Qué es todo este susurro por aquí?

El alcalde Tommy Luan se encogió de hombros.

—Aw, después de todos estos años, es difícil de creer que podemos estar mirando a la vieja chica por última vez. —Ambos hombres contemplaron la colosal nave, que sobresalía por encima de la ciudad y la isla, sus luces brillando intermitentemente y destellando.

Por supuesto, el *SDF-1* sólo estaba partiendo para un vuelo de ensayo, a ser seguido por un corto viaje de prueba si todo se comprobaba completamente bien; pero el alcalde podría tener razón: no se sabía cuándo podría regresar la fortaleza.

Ciertamente, Macross nunca sería el mismo lugar otra vez.

—Todos la extrañaremos, —Vern admitió—. ¿Pero no está usted orgulloso de verla lanzada por fin?

—Por supuesto. ¡Pero si la prueba es exitosa, todos estaremos desempleados! —El alcalde exclamó. Vern no estaba deseando cerrar por completo su negocio tampoco, pero recordaba la guerra muy bien. Tenía que admitir que le gustaba la idea de la fortaleza estando allá afuera en el espacio, protegiendo el planeta, mucho mejor de lo que al alcalde le parecía.

Vern suspiró. Mucha gente precisamente había olvidado porque Ciudad Macross existía. Pero Vern se guardó su opinión.

Las motocicletas y la limosina rugieron al lado.

—¡Los peces gordos haciendo su gran entrada! —El alcalde husmeó. Era bien sabido que el alcalde no había sido invitado a

ninguna de las ceremonias importantes; los líderes del mundo estaban guardando los honores de primera clase para sí.

—El Capitán Gloval no parece muy contento acerca de esto, —dijo Vern, esperando que eso hiciera sentirse un poco mejor a Tommy Luan.

Nada contento, en verdad. Al mismo tiempo que la limosina pasaba a lo largo, Russo, compartiendo el asiento trasero con Gloval, saludaba con la mano incansablemente, lanzando su sonrisa a todos con la imperturbable generosidad de un político de profesión.

Sin apartarse de las multitudes, reprendió.

—¡No parezca tan malhumorado, Gloval! ¡Es nuestro gran día! ¡Seguramente se da cuenta que todos estos leales ciudadanos ahí afuera lo consideran su héroe! Podría al menos saludarlos.

Gloval refunfuñó, la barbilla hundida en su pecho, brazos cruzados. Él estaba vistiendo su uniforme de gala, y algún ambicioso oficial de coordinación había visto en éste que cada condecoración que Gloval estaba autorizado a llevar puesta estaba en su lugar. Gloval ciertamente había ganado más que su parte de medallas y —macedonia de frutas— a lo largo de los años, pero no le gustaba mucho estar a la vista del público. Estaba malhumorado.

Sin embargo, había algo en lo que Russo había dicho. El senador podía considerarlo su gran día, pero era esa gente allí afuera quien había trabajado intensamente estos últimos diez años, sacrificando y esperando, todo en el nombre de la paz y la seguridad para las futuras generaciones.

—Bueno, saludaré, —dijo Gloval, esperando que la estupidez de los oradores y los escritoruelos políticos elogiándose a sí mismos no durara mucho. Gloval sólo quería estar afuera en el espacio con su nuevo mando.

En el *SDF-1* todo era conmoción controlada. La demostración Veritech debía empezar en cualquier momento, y los preparativos finales para poner a la fortaleza en proceso todavía no estaban en el momento preciso. Los circuitos de comunicación y los sistemas de intercomunicación de la nave sonaban con partidas de lista de chequeo: cuarto de máquinas y sistemas de navegación espacial, soporte de comunicación y vida, escuadrones de combate y apoyo, y más. Literalmente millones de partidas tenían que ser comprobadas dos veces por los miles de miembros de la tripulación del *SDF-1* durante esos últimos días de preparación.

Allá en el puente, la comandante Lisa Hayes llegó para asegurarse que todo sería puesto en orden para el lanzamiento. La hija del Almirante Hayes lo había hecho siempre un momento de honor para mostrar más mérito, más habilidad en su trabajo, y más dedicación al servicio que nadie en torno a ella así que no habría problema de favoritismo cuando el momento para el ascenso llegara.

Ella se había labrado una sorprendente carrera. A los veinticuatro, había sido nombrada Primer Oficial del *SDF-1*. Mucho de eso era debido, sin duda, a su familiaridad con los sistemas de la nave: A excepción del Doctor Lang nadie tenía un conocimiento tan completo y amplio de cada tornillo y botón de la nave.

Pero había sus aplausos interminables y evaluaciones extremas también, y dos condecoraciones por valentía en el peligro. Algunas personas la consideraban muy severa, muy resuelta en su obsesión con el deber, pero nadie la culpaba de no merecerse su categoría.

Ella hizo una pausa para examinar el puente, una joven mujer esbelta, alta, de piel clara con pelo café claro que se balanceaba, restringido en graciosos mechones, contra sus hombros. Sus subordinadas ya estaban en sus estaciones de trabajo.

Claudia Grant parecía tener las cosas bien controladas, hablando en una terminal del sistema de intercomunicación desde su posición en la estación del Oficial del Puente.

—Recibido el mensaje, cuarto de máquinas; eso es afirmativo.

Vanessa, Sammie, y Kim, tres jóvenes técnicas de categoría enroladas, completaban la tripulación del puente. A Gloval le gustaba dirigir las cosas con tan poca confusión y tan pocas

personas como fuera posible.

Vanessa estaba alimentando cálculos de computadora del consumo de combustible al cuarto de máquinas al mismo tiempo que Kim terminaba la lista de chequeo de navegación espacial y Sammie comprobaba los sistemas manuales. Todas ellas eran jóvenes, como Lisa... como la mayoría de la tripulación del *SDF-1*. La robotechnología y las armas y máquinas habían creado un juego completamente nuevo; tomar personas mientras eran jóvenes e inculcarles sus extrañas disciplinas había demostrado ser más factible, en la mayoría de los casos, que tratar de conseguir que los veteranos se desacostumbraran a lo que ya llevaban en el corazón.

Lisa suspiró, echándose el pelo hacia atrás con su mano, avanzando hacia su estación.

—La ceremonia comienza en quince minutos. Espero que el capitán llegue aquí a tiempo. El rumor abordo es que él no concilió mucho el sueño anoche.

Claudia sonrió, su cara morena arrugándose, los ojos alegres.

—Sí; los oficiales de categoría modelo celebraron una fiesta de despedida para él. Probablemente se quedaron toda la noche contándose historias de guerra. Tú sabes como son ellos.

Lisa disimuló una sonrisa maliciosa.

—¿Y dónde estabas, Claudia? ¿Hmm?

Claudia fue tomada desprevenida.

—¿De qué estás hablando?

—¡No regresaste a tu alojamiento hasta las cuatro de la madrugada, de eso! Debes haber estado celebrando en la fiesta también.

Claudia se quedó mostrando aires de superioridad y adoptó una postura glamorosa. Ella era más alta que Lisa y algunos años mayor, con exótico buen aspecto, coronado por una cerrada cumbre de rizos color café.

—¿Estás celosa? Tuve una cena tardía con el comandante Fokker. —Lisa había estado bromeando, asumiendo que Claudia había pasado su último permiso en tierra visitando su familia, pero de repente la Primer Oficial estaba enojada.

—¡Claudia! ¿Te quedaste fuera de casa toda la noche, sabiendo que tú y Roy tienen deberes de vuelo hoy? —El deber era todo para

Lisa; ella tenía problemas para comprender como alguien podía estar tan despreocupado sobre una misión tan importante.

Pero también había algo más, algo sobre la relación amorosa de Claudia con el bien parecido Roy Fokker... no celos, sin embargo un poco del sentimiento de la propia soledad de Lisa. Esto le producía una confusión inusual, un vacío repentino que la hacía dudar de los principios por los que vivía su vida. Ella se alejaba de esto, reafirmando el control sobre sí misma haciendo completamente el papel de la Primer Oficial.

Pero Lisa no era la única que estaba enojada. Claudia puso las manos en sus caderas.

—¿De veras? ¿De qué se trata la gran agitación, Lisa? No dejaremos que esto afecte nuestro desempeño en el trabajo. Después de todo, no somos niños... ¡y tú no eres nuestra madre!

Lisa sintió sus mejillas enrojeciéndose.

—¡Tus responsabilidades con la nave vienen primero, Claudia!

Ninguna estaba retrocediendo del enfrentamiento, y a Claudia parecía que se le estaba agotando la paciencia. Y dado su tamaño y genio y el hecho que era una luchadora cuerpo a cuerpo experta, Claudia no era alguien con quien enemistarse innecesariamente.

—¡Mi vida privada es mi propio asunto! ¡De nadie más! — Claudia casi llegó a algún comentario sarcástico, *¿Por qué no intentas relajarte para variar, Lisa?* Por ejemplo.

Pero más bien ella se encontró a sí misma.

—Ahora entonces, pongámonos a trabajar, ¿bien? —Ella señaló la estación de trabajo de Lisa—. Sal de aquí.

Lisa titubeó, no acostumbrada a retroceder de una pelea, y todavía enojada y sintiendo que había propasado su autoridad.

En aquel preciso momento Vanessa dijo disimuladamente:

—Lisa no entiende sobre los hombres, Claudia. Ella está enamorada de esta nave espacial.

Claudia no pudo resistir una mueca burlona, y Kim añadió:

—Sí, lo has entendido bien.

Eso hirió a Lisa terriblemente, sin embargo ella habría muerto antes de admitirlo. Sabía que tenía una reputación como un pescado frío entre la mayoría de la tripulación de la nave; tal vez era porque, en contra de las reglas de la buena disciplina, se había

encontrado volviéndose cercana con las mujeres con quienes pasaba mucho tiempo en el puente. Además la manera informal e incluso benevolente para dirigir el puente del capitán Gloval —algo paternal, realmente— lo hizo más fácil para hacer amigas.

Pero ahora Lisa se sentía de lleno enojada.

—Eso no fue divertido, Vanessa; tenemos un importante trabajo que hacer aquí...

Claudia, todavía echando vapor, la interrumpió:

—¡Actúas como si no me importara en absoluto nuestra misión!

Sammie, a los veinte la más joven de la tripulación del puente, no podía soportar escuchar a sus amigas peleando más.

—¡Oh, no discutan! —gritó.

Ella estaba tan desconsolada que el nivel de peligro disminuyó un poco.

—Yo no soy la que se sigue entrometiendo en los asuntos de todo el mundo, —indicó Claudia.

No lista del todo para retirarse, Lisa dejó salir un gruñido que había aprendido de alguna manera durante su tiempo con Gloval. Al igual que comenzó.

—Estoy advirtiéndote —ella estaba al tanto de un nuevo sonido en el puente, cruzando por su enojo.

Claudia lucía una expresión arrogante, con aires de superioridad otra vez.

—Odio interrumpir, ¿pero no deberías examinar tu monitor, comandante?

Entonces Lisa se dio cuenta que una insistente señal estaba sonando desde su estación de trabajo. Cruzó hasta ésta, tratando de sacar el resumen de su mente mientras Kim lo gritaba.

—¡Es una aeronave entrante no identificada, Lisa!

Examinando sus monitores, Lisa vio que ésta estaba en una trayectoria de aproximación autorizada y haciendo señales para instrucciones de aterrizaje. Dado que ninguna de las muchas aeronaves militares de la patrulla aérea de la isla Macross dio el alto u obstaculizó al recién llegado, éste podría ser nada más que un visitante pacífico.

Lisa abrió un enlace de comunicación proponiéndose intentar allanar las cosas con sus amigas. ¡Ella había querido mucho que el

día estuviera bien, que estuviera caracterizado por la excelencia y el máximo desempeño! ¿Porqué nadie podía compartir su ímpetu para la perfección? Quizá ella estaba simplemente destinada a ser la paria, la persona excéntrica...

—Atención, aeronave aproximándose en el curso uno-cero-siete, —dijo ella serenamente—. Por favor identifíquese.

Una voz masculina bastante joven vino en respuesta.

—Soy Rick Hunter. Tengo una invitación para las ceremonias de hoy, invitación número dos-cero-tres.

Lisa lo comprobó contra otra pantalla de computadora, sin embargo se encontró fastidiada por el trabajo. El *SDF-1* estaba preparado para ser lanzado, ¡y ella era requerida para servir de técnica de tráfico aéreo!

Pero ella respondió:

—Esa está confirmada como una invitación del teniente comandante Roy Fokker. —*¡Fokker!* Lisa evitó la emoción en su voz y evitó cruzar las miradas con Claudia, concluyendo—. Siga el curso cinco-siete para aterrizar.

—Recibido el mensaje, —la voz dijo jovialmente, y finalizó.

Con todas las cosas importantes que tengo para preocuparme, Lisa murmuró para sí, ¿también tienen que cargarme con el cuidado de los Rick Hunters de este mundo?

Capítulo 4

Bien, tú ganas, «Hermano Mayor», vendré a tu fiesta. Incluso me alojaré con todos esos tipos militares con los que estás siempre. Pero trata de no hacerla demasiado aburrida, ¿de acuerdo?

RSVP de Rick Hunter a la invitación de Roy Fokker a las ceremonias de lanzamiento del SDF-1

EN LO ALTO SOBRE LA ISLA MACROSS, UNA POCO COMÚN AERONAVE empezó a descender entre los complejos esquemas de vuelo del Día de Lanzamiento, siguiendo el curso cinco-siete para aterrizar, exactamente como Lisa Hayes había ordenado.

¡Rick Hunter silbó al mismo tiempo que conseguía una mejor mirada del *SDF-1*. Las descripciones y diarios hablados precisamente no empezaron a hacer justicia al sorprendente tamaño de la cosa! Los dos portaaviones anclados entre la flotilla de barcos en el puerto eran de la nueva clase Thor —más largos que un edificio de oficinas de 150 pisos que permanecía a su lado— todavía eran modestos en comparación con la fortaleza de batalla.

Y el cielo estaba lleno de los cazas más pulcros, y de aspecto más avanzado que Rick había visto, los diarios hablados los habían llamado cazas Robotech. Lo que fuera que significara. Por un momento Rick no podía culpar a Roy Fokker por dedicarse a este asunto Robotech.

Después de una década de secreto, el Gobierno de la Tierra Unida prometía que los maravillosos nuevos avances hechos en Macross serían revelados. Para Rick, significaba que Roy no tendría que ser muy confidencial sobre lo que estaba haciendo, y tal vez su amistad podría volver a sus antiguos términos.

Rick manejó su nave tranquilamente a través del tráfico, confiando no en sus computadoras pero sí en su propio talento y entrenamiento... una cualidad de orgullo. Él era la descendencia de una orgullosa, atrevida raza: el último de los viajeros de pueblo en pueblo, los aviadores acróbatas y los temerarios alados por intuición.

Él tenía dieciocho años de edad y no había sido sobrepasado en velocidad de vuelo desde... bueno, mucho tiempo antes que su voz había cambiado de la de un niño a la de un hombre joven.

Su avión era un pequeño avión de carreras ligero de su propio diseño. Uno espacioso de un asiento, guarnición en blanco con rojo, accionado principalmente por un motor extragrande de hélice pero ocultando unas pocas sorpresas bajo su liso fuselaje. Rick lo había nombrado el *Mockingbird*, un nombre apropiadamente arrogante para la indiscutible estrella del último de los circos voladores.

Él se echó atrás un oscuro mechón de pelo y ajustó sus teñidas gafas, luego se fue en una fácil y fuerte zambullida hacia el *SDF-1*. Esta cosa Robotech tenía aspecto impresionante... pero tal vez era tiempo que alguien le mostrara a estos jóvenes aviadores militares que era el piloto el que importaba más, no algún montón de puro metal.

Muy lejos más allá de la órbita de la luna de la Tierra, un estremecimiento amenazador agitaba el continuo espacio tiempo como si fuera una telaraña. Era sólo una perturbación preliminar, sin embargo era exacta y de gran extensión. Una fuerza más allá del cálculo estaba estableciendo contacto experimental en un día que marcó un momento crucial en la historia de la inocente Tierra.

En la isla Macross, en la sombra del *SDF-1*, Roy no tenía tiempo para notar el diminuto avión de carreras echar un tiento sobre la

proa de la nave, miles de pies encima de él. El sistema de amplificación llevaba un aviso a las decenas de miles reunidas ahí.

—Y ahora presentamos una asombrosa exhibición de acrobacia aérea, demostrando los asombrosos avances que hemos hecho gracias a la robotechnología. El teniente comandante Roy Fokker, líder de los cazas Veritech del equipo Skull, nos describirá y explicará la acción.

Roy hizo su entrada en aplausos llenos de entusiasmo; él era conocido y bien querido por la mayoría de las personas en la isla Macross. Alto y bien parecido en su uniforme, el pelo rubio todavía largo y espeso, se detuvo ante el micrófono. Brindó un saludo enérgico, luego inició en el reposo del desfile y empezó su discurso.

—Hoy, damas y caballeros, verán como hemos aplicado la destreza humana para comprender y aprovechar una compleja tecnología extraterrestre.

En lo alto, media docena de veloces, mortíferos cazas Veritech se salían de formación para iniciar su ejecución.

—No pierdan de vista los aviones dos y cuatro, —Roy continuaba al mismo tiempo que el dos y el cuatro se alineaban para la primera maniobra, motores sonando con gran estruendo—. Volando a velocidades de quinientas millas por hora, a sólo cincuenta y cinco pies sobre el suelo, pasarán a sólo unas pocas yardas uno del otro. La robotechnología hace posible semejante precisión.

Roy prestaba atención sobre la multitud con satisfacción. Todos los ojos estaban mirando fijamente con asombro a los cazas que arremetían.

Pero el espectáculo se construiría desde ahí. La precisión de vuelo no era nada comparada con las otras formas de control que la robotechnología dio a los seres humanos sobre sus nuevos instrumentos. Al fin los ciudadanos promedio lograrían ver los modos Guardián y Battloid en acción, las aplicaciones de la robotechnología que hasta ahora habían sido utilizadas en áreas de entrenamiento restringidas o adiestramiento alejado en el mar, cuando los Veritechs eran lanzados de las cubiertas del *Daedalus* y del *Prometheus*.

Esas personas en la multitud, los ciudadanos comunes de

Macross, eran quienes merecían el primer vistazo en directo de lo que había deparado el proyecto del *SDF-1*. Ellos se habían ganado ese derecho, mucho más que todos los políticos, quienes simplemente habían asignado cuanto tiempo y trabajo y dinero serían gastados, tiempo y trabajo y dinero que no eran habitualmente de los políticos.

Hoy, todos los rumores y especulaciones sobre la robotechnología serían enterrados, y la gente de la Tierra averiguaría que la realidad los sobrepasaba todos.

Roy estaba pensando felizmente mientras hablaba, esperando por los inevitables gritos sofocados de la muchedumbre al mismo tiempo que el primer vuelo rasante a alta velocidad era ejecutado. Le tomó unos pocos segundos darse cuenta que las personas debajo de la plataforma de los altavoces no estaban boquiabiertas.

Estaban riendo.

Roy dio vuelta, estirando su cabeza para mirar. El dos y el cuatro habían sido forzados a separarse de su paso por la aparición repentina de un intruso, un llamativo pequeño avión acróbata, absurdamente fuera de lugar entre las modernas máquinas prodigio.

¡Un avión de circo! ¡*Oh no-o-o!* Roy no tenía que adivinar quién era; él mismo había dispuesto la invitación, y ya se estaba arrepintiendo. Agarró el micrófono fuera de su posición y le dio al interruptor que lo conectaría a través de la red de comunicación aérea.

—¡Rick! ¿Eres tú, Hunter?

El pequeño *Mockingbird* dio un elegante movimiento de sus alas en saludo al mismo tiempo que Rick se inclinaba lentamente en lo alto. Su respuesta vino conectada a través del sistema amplificador de potencia.

—¡Roy! ¡Es bueno escuchar tu voz, viejo compañero! Me dicen que eres un teniente comandante ahora. ¡El ejército debe estar realmente desesperado!

Furioso, Roy gritó en el micrófono:

—¿Estás loco? ¡Saca ese montón de chatarra de aquí! —Olvidó que todavía estaba conectado a través del amplificador de potencia, así que toda la multitud seguía el intercambio. Desde luego, tan ruidoso y enojado como estaba Roy, las personas en la parte

delantera no habrían tenido problema para escucharlo, de todos modos.

Las personas abajo pensaban que era espléndido y la risa empezó otra vez, aun más fuerte. Roy estaba sacudiendo un puño al pequeño avión acróbata, sosteniendo el micrófono en el aire con el otro, como Júpiter blandiendo un relámpago.

—Hunter, cuando te ponga las manos encima, voy... —Roy no tenía que explicar con detalle eso; justo entonces la mitad inferior del atril del micrófono se cayó, casi aterrizando en su pie.

Roy lo atrapó justo a tiempo —a los treinta, él era uno de los pilotos más viejos de los cazas Veritech, sin embargo sus reflejos no habían disminuido ni un poco— pero no podía conseguir del todo colocarlas de regreso juntas. Buscando a tientas, olvidando lo que había estado a punto de decir, estaba listo para estallar de frustración.

Él se dio cuenta repentinamente de la risa a todo su alrededor. La muchedumbre estaba riendo a carcajadas, algunos de ellos casi llorando.

Una mujer joven en frente atrajo su atención, sin embargo. Ella parecía estar en la mitad de su adolescencia, esbelta y de piernas largas, con una cara encantadora y pelo negro como la noche. Ella estaba de pie detrás de un niño, posiblemente su hermano, quien estaba riendo muy fuerte, él parecía estar teniendo problemas para respirar.

En algún otro momento, Roy podría haber tratado de atraer su atención e intercambiar una sonrisa, pero precisamente no tenía ganas. Su cara se ruborizaba al mismo tiempo que la risa no le afectaba, y él inconscientemente reprodujo los sentimientos de Lisa Hayes de unos pocos momentos antes: *¿Por qué hoy, de todos los días?*

Roy cubrió el micrófono con su palma enguantada y susurró a uno de los técnicos.

—¡Hey, Ed! ¿Conecta este circuito a la radio solamente, quieres? —Iba a ser terriblemente difícil reprender a sus hombres sobre la disciplina de los procedimientos de comunicación después de hoy.

Le tomó sólo uno o dos segundos a Ed hacer el cambio.

—¿Qué estás tratando de hacer, Rick, ponerme en perfecto

ridículo?

Roy podía escuchar la risa en la voz de su viejo amigo.

—¡Aw, nadie es perfecto, comandante!

Roy precisamente estaba a punto de sonreír abiertamente a su pesar. La gente que no andaba con cuidado estaba expuesta a convertirse en los hombres erguidos de Rick Hunter. Roy decidió devolverle un poco de lo suyo.

—¿No has cambiado nada, no, niño? Bueno, este no es un circo volador principiante; ¡mis hombres son verdaderos pilotos!

—¿Principiante, eh? —dijo Rick lentamente. Echó un vistazo a la distancia y vio los cazas Veritech en formación de diamante para una fuerte elevación, preparándose para hacer una maniobra «estallido de bomba».— Voy a tener que hacer que te tragues esas palabras, comandante. Aquí voy.

—Deja de hacer el payaso, Rick... ¡ten cuidado!

El *Mockingbird* se lanzó en una zambullida que puso los pelos de punta, apenas evitando la plataforma de los altavoces, tan bajo que Roy tuvo que agacharse para evitar que su cabeza fuera golpeada. Mucha gente en la multitud golpeó el polvo también, y la mayoría dio gritos fuertes en conmoción. Roy vio momentáneamente otra vez a la atractiva jovencita de la fila de adelante; ella parecía emocionada y feliz, en absoluto asustada.

Roy giró al mismo tiempo que el *Mockingbird* se distanciaba, aprovechando la aceleración que había recuperado en su zambullida. De repente, al mismo tiempo que la pequeña aeronave estaba sin percances lejos de la multitud, las tapas volaron libres desde seis receptáculos de propulsores a chorro montados alrededor de la cubierta del turboventilador en la parte posterior de la nave, y fuertes ráfagas de llama lo levantaron en un ascenso vertical. La muchedumbre hizo «¡Oh!».

Dejando franjas de gases de escape de cohete, el *Mockingbird* iba balístico, adelantando velozmente a la formación de Veritechs de movimiento lento.

—¡Sal de ahí! —Roy le gritó, ni siquiera molestándose con el micrófono, sabiendo que era inútil. «Obstinado» era una palabra que habían inventado con Rick Hunter en mente.

Rick cortó en máxima potencia, surgió perfectamente en

formación, volviéndose parte de la exhibición, al mismo tiempo que los cazas Veritech completaban su ascenso y formaban un arco en diferentes direcciones, como una versión enorme de los cohetes de la tarde.

La multitud estaba aplaudiendo frenéticamente, dando ánimos. Roy agitó su puño de nuevo, furioso... pero una parte de él estaba orgullosa de su amigo.

Afuera en el espacio, fuerzas inmensas estaban uniéndose... nada que los detectores de la Tierra pudieran percibir aún, sin embargo eso sucedería pronto. Pronto, pero demasiado tarde para la Tierra.

El contacto había sido hecho; una brecha inconcebible estaba a punto de ser abarcada, una maravilla de la ciencia puesta para uso infernal.

Al mismo tiempo que el *Mockingbird* flotaba para un aterrizaje perfecto, Roy saltaba de la plataforma del altavoz, tan impaciente por dar con Rick que olvidó dejar ir el micrófono, tirando del atril y casi tropezando en el cable del micrófono. El cable serpenteaba detrás de él, al mismo tiempo que corría.

Rick levantó la burbuja transparente de la cúpula de la cabina al mismo tiempo que rodaba el avión para detenerse, su mechón de pelo negro ondeando en la brisa. Empujó sus teñidas gafas de vuelo arriba de su frente.

—¡Uf! Hola, Roy.

Roy no estaba de humor para los holas.

—¿Quién te crees que eres? ¿Qué estabas tratando de hacer, perder la vida?

Rick estaba despreocupado, quitándose su receptor de cabeza y sus gafas y echándolas de regreso en la cabina al mismo tiempo que tiraba hacia arriba sus pantalones.

—¡Oye, cálmate!

Ni una oportunidad. Roy todavía tenía el micrófono en una mano, unas pocas yardas de cable unidas a éste. Lo arrojó con gran enfado en la dura superficie de la pista de aterrizaje.

—Antes que nada, ¿dónde aprendiste a hacer eso, en todo caso?

Rick tenía sus manos arriba para mantener a raya al mucho más alto Roy. Él sonrió rápido.

—Fue sólo un simple ascenso acelerado. ¡Tú me lo enseñaste cuando era sólo un niño!

—¡Ahhh! —Roy alargó la mano, agarró a Rick por el antebrazo, y empezó a jalarlo por la dura superficie.

—¡Oye! —Rick protestó, pero podía ver que había sacado mucho del voltaje de la ira de Roy con ese recordatorio de los viejos tiempos.

—Tengo que admitir, esos tipos allá arriba estuvieron bastante bien, —Rick continuó tirando para liberar su brazo, poniendo en orden su bufanda de seda blanco pulcro—. No tan bien como yo, desde luego.

Roy hizo una amarga expresión.

—No tienes que jactarte conmigo, Rick. Sé todo sobre tu triunfo en la competencia de vuelo amateur el año pasado.

—¡No amateur; civil! —Rick se encolerizó. Luego continuó con gran autosatisfacción—. Y en realidad, la he ganado ocho años seguidos. ¿Qué has estado haciendo?

—¡Estaba ocupado peleando una guerra! El vuelo de combate y el combate aéreo me mantuvieron ocupado. Mata ciento ocho enemigos, así me dicen.

—¿Estás orgulloso de ser un asesino?

Habían aludido un viejo, serio tema. El fallecido padre de Rick había rechazado el servicio militar en la Guerra Civil Global, sin embargo él habría sido el mejor. Jack «Pop» Hunter había visto el combate antes y no quería más parte de eso. Él había inculcado un fuerte sentido de esta convicción en su hijo.

Roy se detuvo, puños alerta, sin embargo Rick continuó caminando.

—¿Qué? —Con cualquier otro, habría resultado una seria pelea de este intercambio. Pero este era Rick, quien había sido como la

familia. Más que la familia.

Roy contuvo su furia, apresurándose después.

—¡Había una guerra, y yo era un soldado! ¡Sólo cumplí con mi deber!

Ellos hacían un extraño par, cruzando la dura superficie de lado a lado: Roy en su negro y malva uniforme Veritech y Rick, una cabeza más pequeño, en el blanco y naranja brillante de su uniforme de circo.

Se detuvieron en una máquina vendedora diferente de cualquiera que Rick hubiera visto antes, la cual ofrecía algo llamado Petite Cola. Rick introdujo algunas monedas mientras la máquina hizo extraños ruidos internos. Tomó una lata de soda helada para él, dándole la otra a Roy.

—Le prometiste a mi padre que tan pronto como la guerra terminara regresarías al circo aéreo. ¿Por qué rompiste tu promesa, Roy?

Roy de repente estaba distante.

—Realmente me sentí culpable de defraudar a tu padre, sólo... este asunto Robotech es muy importante, precisamente no pude abandonarlo.

Él tiró la etiqueta de su soda, desgarrado por la necesidad de explicarle a Rick y el conocimiento que algunas partes de la misión original a la isla Macross, y de la robotechnología, todavía eran secretas y podían serlo por décadas más. Él sintió una deuda, también, con el fallecido Pop Hunter.

Roy se encogió de hombros.

—Esto se mete en tu sangre o algo; no sé.

Rick frunció el ceño, apoyándose contra la máquina de Petite Cola.

—¿Qué es Robotech, en cualquier caso? ¡Sólo más maquinaria moderna de guerra! —En alguna parte, él podía escuchar un niño armando un alboroto—. Y los extraterrestres... ¿eh?

Él no podía deducir cómo había perdido su equilibrio, deslizándose por la máquina vendedora. Luego se dio cuenta que se estaba moviendo de detrás de él.

La máquina de Petite Cola estaba rodando impacientemente hacia el niño, un chico de siete más o menos quien estaba lanzando

una terrible rabieta.

—¡Cola! ¡Quiero cola! ¡Me prometiste que me comprarías una cola, Minmei, y quiero una ahora mismo! —Él estaba vestido con una versión juvenil de un uniforme de piloto Veritech, Rick veía desagradablemente. ¡Les enseñan mientras son jóvenes!

Roy miró alrededor para ver la conmoción. De repente él estaba muy interesado cuando vio a la persona tratando de razonar con el niño —Minmei— era la jovencita que había estado de pie en el borde de la plataforma de los altavoces.

Ella estaba encantadora en un vestido rojo corto, jalando el brazo del chico, tratando de apartarlo de la máquina vendedora que estaba acercándose para la venta.

—¡Primo Jason, compórtate! ¡Ya te compré una cola; no puedes tomar más!

Jason no estaba comprándola, pateando y chillando.

—¿Por qué? Quiero cola... ¡aaahh! —Para el asombro de Rick, la escena se convirtió en una combinación de encuentro de lucha y juego de mantener alejado: Minmei estaba tratando de impedirle a Jason alcanzar la máquina y estaba gritando:

—¡Cancela la orden, por favor, máquina! —mientras Jason forcejeaba para pasar. Mientras tanto, la máquina, dando vueltas y precipitándose, hacía cada esfuerzo para alcanzarlo muy cerca de moverse sobre Minmei. Con su persistencia y agilidad, la máquina vendedora de algún modo daba la impresión que estaba viva.

—Nunca digas nada como eso. —Rick parpadeó.

Roy le dio una enigmática sonrisa.

—La robotechnología tiene una manera de afectar las cosas a su alrededor, a veces incluso a las máquinas no Robotech.

Rick se quejó.

—¿Otra vez Robotech?

—¡Jason, te vas a enfermar!

—No me importa —Jason se lamentó.

—¿Tal vez podría atar una lata de soda a una caña de pescar y atraerlo a su casa, señorita? —Roy sugirió.

Minmei volteó hacia él, todavía apartando con destreza al chico de lograr la Petite Cola. Ella rompió en una encantadora sonrisa. Ella era de sangre China, dedujo Roy, sin embargo tenía extraños,

ojos azules... ¡no era que estuviera interesado! Claudia probablemente trataría de golpearlo (y lo conectaría) si averiguara que estaba vagando. Sin embargo, algo sobre la sonrisa de Minmei la hacía irresistible.

—¡Oh, tú eres el oficial de la plataforma! ¡Estuviste muy, muy divertido! —Minmei rió nerviosamente, luego volteó hacia el pequeño niño, severamente.

—¡Eso es! ¡Vamos a casa! ¡Vamos Jason; no me hagas darte una zurra! —Ella se llevó al niño al mismo tiempo que la máquina vendedora hacía intentos desanimados para alcanzar finalmente una venta contra toda esperanza.

—Bien, Roy, —Rick comentó, elaboradamente divertido—, Veo que todavía eres un gran mujeriego.

En el espacio profundo, las dimensiones se plegaban y la transición empezaba; la muerte estaba a punto de venir a llamar.

Capítulo 5

Desde el principio, había anomalías sobre la situación en el planeta objetivo, cosas que me dieron qué pensar. Los segundos en suponer habrían sospechado que fui negligente en no aconsejar prudencia más firmemente. Pero uno no provocaba al gran Breetai con demasiada charla de discreción, usted se da cuenta... no, al menos, sin un gran riesgo.

*Exedore, como se menciona en las Entrevistas de
Lapstein*

LAS ESTRELLAS BRILLABAN TENUEMENTE Y SE DEBILITABAN COMO SI temblaran con temor. Y bien deberían. Las fuerzas que unían al universo fueron enredadas en poco tiempo por una tremenda aplicación de energía. El tejido y la trama dimensionales se separaron por un momento. En una zona del espacio escogida con precisión más allá de la órbita de la Luna, era como si una pieza de la bola de fuego primordial que dio origen al cosmos hubiera sido revivida a la existencia. Partículas brillantes y calientes como novas, pedazos infinitesimales de la Cadena Cósmica, fueron arrojadas de la abertura en el espacio tiempo como chispas ardientes de pólvora desde un inimaginable disparo de cañón; la basura ardiente del noespacio moviéndose a velocidades cercanas a la de la luz misma, consumida casi tan pronto como entraba en contacto con la realidad tridimensional.

Anomalías más grandes, como furiosos cometas, estallaban aquí y allá en la colada de la luz. Luego había otra explosión más allá de cualquier descripción: la emanación pura del no adulterado infierno. Ésta empujaba hacia afuera desde una rasgadura en el

fundamento del universo, tomando forma y desprendiendo una furiosa onda de incandescencia como si fuera agua. La forma se volvía más larga, más enérgica, amenazante.

Los zentraedi finalmente habían llegado.

Primero fue la gran nave insignia, extensiones y tormentas de viento de luz voraz saliendo en tropel tras ésta para revelar su forma: de nueve millas de longitud, un cilindro irregular de nariz despuntada. Una nave de muchas veces el tamaño del *SDF-1*, la nave insignia era aparentemente un tramo interminable de armas poderosas y escudos invulnerables, de compartimentos de naves de combate y blindaje impresionante e incalculable potencia de fuego. El orgullo de la flota zentraedi, explorando el sistema solar en un instante y sabiendo donde esperaba su presa.

La nave insignia había sido construida con sólo conquista militar, guerra, y destrucción en mente. Tripulándola estaba una raza de seres procreados para ese único propósito.

La nave era como un leviatán de los más profundos océanos de las pesadillas humanas, con formas de superestructura que podrían ser branquias aquí u ojos titánicos allá, espinas enormes que eran largueros sensores, protuberancias de las baterías de armas secundarias y menores, salientes como colmillos en busca de algo. Puertos de observación iluminados, algunos de ellos de cien yardas de ancho, sugerían abultados, ojos múltiples.

Tras ésta venía una flota que superaba cualquiera que los zentraedi hubieran reunido antes, cayendo como en cascada de la alteración de la transposición espacial que había sido su vía rápida de transcurrir los interminables años luz. Eran un banco de gigantescos peces acorazados lo suficiente numerosos para llenar todos los océanos, blindados y graduados en siniestros verdes y cafés y negros, con las partes inferiores pálidas en grises y azules descoloridos.

Había más de ellos que las estrellas visibles. Eran la armada zentraedi más poderosa antes vista, y todavía había precauciones. Seguían a una nave insignia que no conocía igual en ninguna flota con la que se hubieran topado alguna vez, y todavía estaban cautelosos.

Si se tradujera en términos humanos, su precaución significaría

algo como: Incluso los lobos pueden ser cazados por el tigre.

Habiendo perseguido el único tigre herido a través del espacio y el tiempo, la flota de tantos cientos de miles de naves se dispuso en formación alrededor de la nave insignia.

En el tazón transparente de la nave insignia del comandante supremo, Breetai, alto y rígido en su uniforme de gala, miraba fijamente en su centro de operaciones. Incluso para un zentraedi, él era una inmensa torre de huesos y músculos, tan fuerte como cualquier soldado bajo su mando y buen luchador. Como muchos de su raza construida, su piel era un tono de color malva sugerente de arcilla.

Un rayo de proyección trazó una imagen en dos dimensiones del planeta objetivo en el aire, una insignificante y sin importancia esfera blanquiazul, no mucho que ver. Algo decepcionante, en realidad. Breetai extendió una mano para tocar la media capucha de cristal y metal fríos que cubría gran parte de su cabeza, recordando el día hacía tanto tiempo cuando Zor había muerto, y la fortaleza dimensional había sido perdida. El fracaso aún le quemaba.

Él había aceptado que con el fatalismo de un guerrero, y con un afán de guerrero por el triunfo contemplaría la victoria final que sería suya ese día.

Breetai estudiaba la Tierra fríamente.

—¿El rayo buscador se ha detenido en este planeta. Estás seguro que esta es la fuente de esas emanaciones?. —Su voz era enorme y profunda, con una resonancia que sacudía los tabiques.

A distancia hacia un lado, Exedore, el consejero de Breetai, saludó ligeramente, mostrando acatamiento de la costumbre aunque no estaba en la línea de visión de Breetai.

—Sí, señor, estoy seguro.

Breetai frunció sus labios en meditación.

—Ellos podrían haber ejecutado una retransposición... La idea de perder su presa de nuevo era casi intolerable, pero Breetai no permitía mostrar emociones.

—Es dudoso, señor, —dijo Exedore deprisa—. No hay evidencia de un segundo salto al hiperespacio. —Violentemente, Breetai pensó de nuevo en aquellos traidores a su raza y su escape estrecho—. Hmm. No podrían haber ido lejos en su condición. Y tendrían

que aterrizar para reparar la nave. —Él miró a Exedore—. Es una conclusión lógica. Creo.

Exedore inclinó su cabeza respetuosamente.

—Estoy de acuerdo. Eso sería muy probable, señor. —Breetai estaba acostumbrado a actuar con sus propios instintos y deducciones; pero le estaba dando ánimos que Exedore, la más brillante inteligencia de la raza zentraedi, estaba de acuerdo.

Breetai pensó en Exedore por un momento: pequeño, casi un enano para los patrones de su especie, y débil por añadidura. Flaco, con prominentes, ojos aparentemente sin párpados y un pelo descuidado singular como paja, de color rojo herrumbre. Exedore aún era la personificación de la ley y la tradición zentraedi... y más valioso para el elevado comandante que cualquier flota de guerra. Aún con todo eso, él era leal, casi desprendido en su dedicación hacia Breetai.

Breetai le dio a Exedore una breve señal de asentimiento.

—Muy bien; envíen un equipo explorador para un reconocimiento preliminar.

En la doctrina de los guerreros zentraedi, la eficiencia era una virtud clasificada sólo detrás de la lealtad y la valentía en el combate. Las palabras estaban apenas fuera de la boca de Breetai cuando dos de los pesados cruceros de la flota se separaron y avanzaron en el incauto planeta.

En las celebraciones en la sombra del *SDF-1*, Rick estaba logrando su primer vistazo cercano de un caza Veritech que había sido puesto en exhibición. Como él estaba acompañado por Roy, Rick fue admitido en el área acordelada y se le permitió una inspección en contacto de la nave.

—Vaya, este caza es una verdadera belleza, bien. —Él lo miró con envidia; no tenía anhelo por el vuelo de combate, pero eso no lo detenía del deseo de sentarse en los controles de la fantástica máquina, alto en el azul.

Él deslizó su mano por el fuselaje.

—Se ve maravilloso. ¿Cómo se maneja?

Roy lo pensó otra vez.

—Hmm. Bueno, ¿por qué no subes a bordo y lo ves por ti mismo?

—¿De veras estás hablando en serio?

—Ajá. Yo conduciré detrás de ti. —Eso era, tal vez, sorteando un poco las reglas, sin embargo los vuelos de familiarización estaban programados para las personas importantes más tarde en el día. Incluso, una pequeña muestra de lo que el Veritech podía hacer podría cambiar la actitud de Rick sobre el servicio militar, y el servicio seguro podría utilizar a un aviador como Rick Hunter.

Rick ya estaba trepando la escalera de abordaje, asomándose en la cabina.

—Los controles parecen un poco complicados, —dijo Roy en voz alta—, pero te los comprobaré.

Rick miró hacia abajo y sonrió.

—No estoy preocupado. Si tú pudiste aprender a volar una de estas cosas, seguro que yo puedo.

Roy bufó.

—¡No seas tan modesto!

Cuando Rick estaba en el asiento del piloto y Roy en el asiento trasero, Roy le dio a Rick un casco de vuelo Robotech de visera roja.

Rick le dio vuelta en sus manos, examinando el interior.

—¿Entonces, qué clase de casco es éste? ¿Qué es toda esta cosa dentro?

—Receptores. Éstos captan la actividad electromagnética en tu cerebro. Podrías decir que el casco es un lector de la mente, en algunos aspectos.

Los receptores eran exactamente parte de la almohadilla del casco: suave, blanda... sin riesgo a la seguridad. Pero Rick no estaba muy seguro de que le gustara la idea de tener su cabeza protegida con alambres.

—¿Para qué son?

—Para volar un Veritech, compañero. Todavía manejarás muchos controles manuales, pero hay cosas que este bebé sólo puede hacer mediante sistemas de control avanzados.

Rick se paseó alrededor en su asiento y se asomó atrás para mirar a Roy.

—Mira, vi a tus hombres volando, ¿recuerdas? ¿Qué es tan especial respecto a estos armatostes que tienes que llevar puesta una gorra que piensa simplemente para manejar uno?

Roy le dijo:

—Los verdaderos secretos no se supone que se vuelvan públicos hasta que los políticos hayan terminado con todo su parloteo, pero te diré esto: La máquina en la que estás sentado no es como cualquiera que los humanos hayamos construido alguna vez... es tan diferente del *Mockingbird* como el *Mockingbird* lo es de un par de zapatos.

—Porque no sólo pilotas una nave Robotech; lo vives.

En el puesto de revisión en lo alto sobre la multitud, el senador Russo estaba en la tribuna del altavoz, su voz haciendo eco sobre la muchedumbre, amplificada así que llegaba hasta las orillas más alejadas del mar de gente. Las banderas chasqueaban en el viento, y el momento se sentía como un completo triunfo.

—¡Este es el día que todos hemos estado esperando con ansiedad durante diez años! ¡El proyecto Robotech ha sido una ventaja enorme para la economía de Ciudad Macross y para el bienestar de nuestro pueblo! —El Capitán Gloval, de pie a un lado con unos pocos otros dignatarios, trataba de abstenerse de bostezar o simplemente perder toda esperanza con repugnancia. Hasta ahora, todo lo que Russo y sus amigos habían hecho era ganar crédito para sí mismos y hacer campaña electoral no demasiado sutil.

Gloval lanzó una mirada analítica al tiempo y le dio su poca generosa aprobación. Estaba impaciente por despegar; varias otras fuerzas militares de la Tierra ya estaban desplegadas en el espacio, patrullando y aguardando el comienzo de las primeras pruebas espaciales del *SDF-1*. Pero a los politiqueros no les importaba a quien mantenían esperando o qué cuidadosos itinerarios estropeaban cuando tenían la atención.

Un oficial de coordinación subió los peldaños de la parte trasera del puesto de revisión y se acercó a Gloval mientras Russo continuaba.

—Más importante, sin embargo, es el hecho que la tecnología desarrollada aquí beneficiará a toda la humanidad, ahora y en el futuro. ¡Y no necesito mencionar lo que esto significa para la defensa de nuestro maravilloso planeta, la Tierra!

El oficial ahuecó su mano en forma de copa en la oreja de Gloval y dijo:

—Discúlpeme, señor: un mensaje urgente de la estación espacial de control. Un extraño destello de luz y una explosión, enormes lecturas de radiación, acompañadas por irregularidades en los campos gravitacionales del sol.

A pesar del calor del día, Gloval sintió frío por todo de repente.

—El mismo tipo de suceso ocurrió hace diez años. Usted sabe lo que pasó entonces, ¿no?

El asistente estaba tratando de ocultar su temor, asintiendo con la cabeza.

—Fue cuando llegó la nave extraterrestre.

Gloval adoptó la fría calma de un capitán experimentado.

—Es mejor verificarlo. Venga conmigo.

Gloval estaba descendiendo los peldaños de la plataforma, al mismo tiempo que Russo anunciaba el gran honor que era presentar al comandante del *SDF-1*, Henry Gloval.

Por una vez, Russo no sabía qué decir.

—¡Regrese aquí! ¡Tiene que pronunciar un discurso! —gritó. Gloval ni siquiera miró alrededor. El tiempo para los discursos se había agotado.

En el puente del *SDF-1*, las mujeres que eran el corazón de la fortaleza de combate trabajaban llenas de energía para comprender un poco el sentido del caos repentino a su alrededor.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —demandó Claudia, probando todo lo que podía pensar para interpretar sus

instrumentos y reafirmar algún control sobre los sistemas de la nave.

—¡Claudia, dame una lectura! —llamó Lisa tranquilamente. Todo a su alrededor, el puente era un estruendo de alarmas, indicadores destellantes, controles funcionando mal, y computadoras sobrecargadas. Claudia se recuperaba de sus inútiles esfuerzos—. ¡Cada sistema en la nave está poniéndose en marcha sin haber sido encendido!

Sin precedentes, mecanismos imposibles de interpretar se habían autoactivado en la planta generadora de la nave... los enormes, motores sellados que ni siquiera Lang se había atrevido a abrir. Y los muchos tipos diferentes de aparatos extraterrestres conectados a ésta estaban haciendo cosas desconcertantes a la estructura del *SDF-1* además de sus sistemas, convirtiendo a los humanos en espectadores indefensos.

—¡El sistema de defensa está activando el cañón principal! —informó Claudia horrorizada.

Distante en la proa de la enorme nave espacial, los servomotores gigantescos zumbaban y crujían. Los inmensos brazos gemelos que formaban la parte delantera de la nave se movieron a los dos lados sobre dispositivos colosales a modo de levass. Los brazos se detuvieron en su sitio, pareciendo un fantástico diapasón. La reconstrucción de la nave tenía la proa hacia arriba ahora, apuntada sobre el extremo de la línea del precipicio de la isla Macross en el mar abierto.

El pensamiento de Lisa corrió. El cañón principal nunca había sido disparado. Incluso nadie estaba seguro de qué tan poderoso era. Esa prueba iba a ser reservada para el espacio vacío. Pero si disparaba ahora, la muerte y la destrucción resultantes bien podrían ser mayores que las causadas por la colisión original de la nave.

Al mismo tiempo, todo el mundo abordo podía sentir la supernave moviéndose un poco sobre las sólidas manzanas de la quilla: los soportes monolíticos sobre los que se extiende. Cláxones y bocinas de advertencia estaban ensordeciendo.

El *SDF-1* está apuntando su cañón, Lisa se dio cuenta. ¿Pero a qué objetivo?

—¡Apaguen todos los sistemas! —Lisa le ordenó a Claudia.

Claudia, probando el interruptor maestro de corte varias veces sin efecto, miraba a Lisa impotentemente.

—¡No funciona!

Un resplandor repentino de la proa iluminó el puente con un brillo rojo naranja, lanzando sus sombras parpadeantes sobre el tabique tras de ellos.

Alrededor y entre los brazos de adelante, lenguas de llama naranja estaban haciendo fuego y girando y formando arcos hacia atrás y adelante. La fantástica cascada de energía empezó a salir de los brazos hacia sus extremos, las chispas estallando, aparentemente impacientes por ser puestas libres.

Y todavía Lisa no podía pensar en nada que pudiera hacer.

Justo entonces la escotilla se abrió y Gloval se apresuró tanto que se golpeó la cabeza en el marco. No escatimó tiempo o su palabrota habitual a las personas que habían arreglado la más grande máquina conocida alguna vez por no proporcionar un poco más de altura.

—¡Capitán, los cañones principales están preparándose para disparar!

Gloval valoró la situación en segundos, pero Lisa podía ver de su expresión que él tampoco sabía qué hacer.

—¡No puedo controlarlos! —Claudia le dijo a Gloval—. ¿Qué haremos?

Lisa comprendió una terrible lección en ese momento. A pesar de lo que pudieran enseñar en la Academia y en la Escuela de Guerra y en la Escuela Moderna de Liderazgo, a veces no había nada que pudieras hacer.

La tormenta de energía alrededor de los brazos se había acumulado en un balanceo terriblemente tembloroso, un ruido como un millón de demonios chillando. Luego las enormes erupciones de energía destructora salieron a gran velocidad de los brazos.

Los relámpagos corrieron en la distancia, incrementándose en un torrente aullador de exterminio, un río de llama tan alto y ancho como el *SDF-1* mismo, lanzándose a gran velocidad a través de la ciudad. Lisa esperaba ver todo destrozado en la trayectoria de la descarga, incluyendo el populacho reunido. Pero eso no sucedió. El

superrelámpago salió recto sobre los despeñaderos y sobre el océano, convirtiendo el agua en vapor y revolviendo el oleaje, levantando nubes de vapor que no descenderían por horas. El disparo fue directo, la curva de la Tierra reduciéndose debajo de él al mismo tiempo que éste se lanzaba en el espacio.

Y justo al mismo tiempo que Lisa Hayes estaba registrando el hecho que la ciudad aún permanecía, intacta y sin daño —que su padre estaba ahí abajo en algún lugar, todavía vivo— nueva información empezó a fluir en los alcances y monitores.

Los pesados cruceros zentraedi, acercándose sobre la incauta Tierra, apenas tuvieron tiempo para darse cuenta que estaban a punto de morir. Por algún inconcebible nivel de control, el haz deslumbrante de energía se dividió en dos.

Los rayos hermanados hicieron un agujero completamente a cada pesado crucero, a lo largo de sus largos ejes. Coraza y armas y casco, superestructura, y el resto fueron vaporizados al mismo tiempo que los rayos los golpearon, poniéndolos en una broqueta. Se expandieron como bolsas de gas sobrecalentadas, las pieles separándose, los restos estallando hacia fuera, sólo para desaparecer, sopladados a la nada, un momento después en conversiones de montones de energía brillante.

Desde su estación de mando, Breetai observaba indiferentemente, los brazos cruzados en su enorme pecho, al mismo tiempo que el rayo de proyección mostraba la muerte de los dos pesados cruceros.

—Ahora sabemos con toda seguridad: ¡La nave está en ese planeta! —Esta vez no se molestó en solicitar el consejo de Exedore—. ¡Todas las naves avancen, pero usen extrema cautela!

La armada zentraedi adoptó la formación apropiada, las naves de las fuerzas de combate desplazándose hacia delante, y se acercaban al planeta objetivo.

Nubes de aire sobrecalentado se apagaron a través del océano; las gaviotas lanzaron un sonido en la secuela de la única descarga del *SDF-1*.

Gloval estaba en el tazón de protección del puente —su parabrisas— su cara casi presionada contra éste, mirando detenidamente a través del vapor y la niebla. Susurró una oración de agradecimiento que la ciudad estaba intacta.

—Alguna clase de embotellado magnético. —informó Sammie, concentrada en su trabajo—. Toda la fuerza fue canalizada directamente hacia el espacio, excepto por algunas corrientes de remolino muy pequeñas.

—Tenemos control sobre todos los sistemas, de nuevo, señor. —anunció Claudia tranquilamente—. ¿Qué sucedió, señor?

Gloval se sintió viejo de repente... más viejo que la nave, la isla, el mar. No estaba a punto de reflexionar en voz alta, ni siquiera a su grupo de confianza del puente, pero estaba casi seguro que sabía. Y si tenía razón, esto le ponía el peso de un planeta sobre sus hombros.

Capítulo 6

Mientras que el capitán Gloval recibe el crédito reconocidamente merecido por su manejo del desastre de aquel día, los historiadores masculinos con frecuencia encubren la noble afirmación de Gloval que de no haber sido por las mujeres del puente de la SDF-1, su coraje, gallardía y profesionalismo, la Guerra Robotech se habría perdido antes de que apenas comenzara.

Betty Greer, El post-feminismo y la Guerra Global.

El suelo había dejado de sacudirse y el cielo se estaba despejando. El caza Veritech detuvo su danza temblorosa y Rick Hunter recuperó el aliento. El aire en sus pulmones pareció un poco más caliente, pero no mucho.

—Vaya. ¿Qué fueron todos esos fuegos artificiales? —le dijo a Roy con voz ronca.

¡Fuegos artificiales! pensó Roy *¡Me temo que no!*

—No sé —dijo en voz alta—. Mejor voy a averiguar. Espera aquí; veré qué es lo que está pasando.

Puso a un lado su casco de vuelo —la «gorra pensante» la había llamado Rick— y se levantó para salir de la cabina del caza. Si lo que Roy más temía había sucedido, Rick estaría tan seguro donde estaba como en cualquier otro lugar. Y además entendería por qué algunas personas podían pasar sus vidas preparándose para la guerra.

—El informe del monitor espacial está llegando —exclamó Sammie—. Muestra a lo que le estaban disparando nuestras armas.

—Lo tengo aquí, Sammie —intervino Lisa mientras estudiaba sus ordenadores—. Dos objetos grandes, probablemente naves espaciales, origen desconocido, en curso de acercamiento a la Tierra, aproximadamente a trescientos veinte kilómetros de distancia.

Gloval estaba asintiendo para sí mismo sin darse cuenta. La nave pudo levantarse o bajarse, los botallones pudieron haberse movido transversalmente por... ¿cuánto? ¿Unos pocos minutos de grados insignificantes de inclinación? Y desde que se estrelló no habían movido a la *SDF-1*, excepto para subirla sobre los bloques de la quilla. El alcance fue increíblemente largo y se manifestó en un campo de fuego todavía mayor; pero aun así, semejante disparo, semejante serie de eventos sólo podrían sobrevenir por alguna advertencia o intuición, o... nos olvidamos de que quienquiera que construyó esta nave había dominado el tiempo hasta cierto punto; tal vez podía ver a través de él. ¿Pudo ver este preciso momento?

—El rayo golpeó de muerte a ambos objetos y fueron destruidos: desintegrados —dijo Claudia—. Los comandos de combate orbital se están desplegando para la defensa, con *Armor Uno* y *Armor Diez*... ¿Señor? ¿Capitán Gloval?

Sammie, Vanessa y Kim intercambiaron miradas mientras que Lisa y Claudia cambiaron gestos faciales. Gloval se estaba riendo con una profunda risa ventral que sacudía sus hombros. Claudia y Lisa vieron que ambas estaban pensando lo mismo: si Gloval, que era su fuente de fuerza y calma, había perdido la lucidez, todo estaba perdido.

—¿Qué pasa, capitán? —se aventuró Lisa—, ¿de qué se está riendo?

Gloval dejó de reír y estrelló su puño contra el alfeizar del mirador.

—¡Era tan obvio! ¡Tendríamos que haberlo sabido! ¡Por supuesto, una trampa cazabobos!

—¿Trampa cazabobos, señor? —dijeron al mismo tiempo Claudia y Lisa.

—¡Sí, es uno de los trucos más viejos de la historia militar! Un

enemigo en retirada deja explosivos escondidos y cosas por el estilo —presó su fría pipa entre los dientes—. El disparo automático de las armas principales significa que los enemigos se acercaron lo suficiente como para ser una amenaza para nosotros —sacó su bolsa de tabaco del bolsillo del pecho de la chaqueta de su uniforme.

—¡Capitán Gloval! —Sammie saltó de su silla. Todos giraron hacia ella preguntándose cuál era la nueva alarma—. ¡Está prohibido fumar en el puente, señor! —dijo Sammie—. ¡Va estrictamente contra las reglas!

Claudia gimió y se palmeó la frente.

—Nada confunde a Sammie —reflexionó Lisa.

—Yo sólo la estaba sosteniendo; no iba a encenderla —se defendió Gloval. La irrealidad de la situación se retiró con la interrupción de Sammie. Había cosas buenas y cosas malas en dejar que las tripulantes del puente de uno fueran como de la familia.

Pero ahora las dudas habían pasado.

—¡Desplieguen a todos los cazas y suenen el acuartelamiento general! —aulló Gloval— ¡Estoy declarando una alerta roja!

Abajo las multitudes se arremolinaban con incertidumbre mientras que los helicópteros y las otras aeronaves viraban para reportarse a las estaciones de batalla. De repente las dotaciones de lanzamiento bregaban por poner en el aire a los Veritech. En los portaviones todas las catapultas estaban ocupadas, mientras que las naves de guerra de la propia *SDF-1* arremetían desde las pistas interiores y las del nivel del suelo para establecer un escudo protector en las alturas.

Afuera en el vacío los cruceros espaciales acorazados, vehículos de diseño humano que incorporaban algunos de los principios aprendidos de la robotechnología, sacaron a sus interceptores y naves de ataque de los atracaderos y los pusieron en posición de batalla.

Esto no fue mucho antes de que el enjambre de defensores humanos tuviera contacto por medio de los sensores primero y

percepción visual de los extraterrestres después; los zentraedi no lo hubieran permitido de ninguna otra forma.

—El enemigo se está acercando en rumbo nueve-cero —le informó por la red táctica al *Armor Uno* el piloto de un interceptor Scorpion—. Estamos librando batalla. ¡Comienza el ataque! Los Scorpions, Tiger Sharks y una docena más de otras clases de naves espaciales de combate terrestres que llegaban hasta los propios Armor, se apresuraron a enfrentarse con la primera ola de ataque extraterrestre.

Se lanzaron los misiles —Stiletos, Pile Drivers y Mongooses— a alcance extremo, de manera que sólo se vieran los resplandores de sus impulsores hasta que la neblina floreciera con las explosiones esféricas características de la gravedad cero. Los estallidos se superpusieron unos a otros, más tupidas que un campo de dientes de león.

Las naves de línea zentraedi se abrieron paso a través del fuego intenso con pocas pérdidas y cerraron la brecha en segundos. Las formaciones se abrieron para trabarse en una feroz batalla campal.

Los Armor lanzaron todos sus misiles. Los láseres y las armas de energía cinética —cañones automáticos de riel y cosas por el estilo— eran las otras principales armas terrestres. Las de los zentraedi eran muy superiores; sus naves de guerra simplemente superaban a las de los defensores, cuyo diseño contenía pocas innovaciones Robotech.

Las fuerzas de la Tierra pelearon con determinación feroz pero la desigualdad en las tecnologías se hizo evidente al instante.

Breetai estudió solemnemente el combate en las imágenes del rayo de proyección y en los monitores a bordo de la nave de mando extraterrestre y escuchó las lecturas retransmitidas de su personal con sólo una pequeña parte de su atención.

—Resistencia muy fuerte, señor —observó Exedore.

—Sí —concedió Breetai—. ¿Pero por qué están usando armas tan primitivas? Nuestras naves de vanguardia han pasado. ¡Es increíble el sacrificio que están realizando! Sin duda es alguna clase de truco.

—Sí, es extraño —Exedore reflexionó sobre eso.

—¿Entonces no tiene sentido? —Breetai se dio vuelta hacia él—.

¿Ni siquiera para ti?

—Tiene que haber una razón, pero me cuesta entenderla. Seguramente los Maestros de la Robotechnia... —lo interrumpió un mensaje urgente del técnico en las computadoras de priorización de amenazas.

—¡Comandante Breetai! Dos embarcaciones enemigas de tipo crucero se están aproximando; podrían ser las que lanzaron el bombardeo de misiles.

—¡Destruyanlas! —Breetai sonrió, pero su único ojo permaneció frío.

Las baterías primaria y secundaria especialmente asignadas abrieron fuego con series discontinuas de rayos de partículas y de desintegradores moleculares de largo alcance aterradoramente poderosos. *Armor Dos* cayó con la primera descarga cuando cientos de lanzas de furia de alta resolución lo alcanzaron. Este trató de evadir la salva, pero le arrancó pedazos de la armadura y del armazón del tamaño de una casa. Muchas de las naves de defensa de menor tamaño se desintegraron por completo. Breetai, que esperaba un contraataque efectivo, perdió la paciencia. Quizás la vacilación del enemigo para usar armamento reflejo encajaba en algún extraño plan, pero renunciar a usar cualquier tecnología avanzada y sacrificar tropas en esta clase de carnicería era perverso.

Breetai se preguntó incrédulo si por alguna razón esta victoria iba a ser mucho más fácil de lo que pareció cuando ese primer proyectil poderoso se alzó desde la Tierra.

—¡Aquellos idiotas se comportan como si ni siquiera supieran cómo usar sus propias armas! ¡Todos los cañones, descarga completa!

La nave de mando zentraedi abrió fuego otra vez con todas las torretas de armas del frente. *Armor Dos* fue atravesado instantáneamente en cientos de lugares y los rayos enemigos lo traspasaron como un picahielo a una cajetilla de cigarrillos.

La integridad del casco y la gravedad interna desaparecieron al mismo tiempo; las escotillas y las selladuras reventaron y el espacio comenzó a succionar la atmósfera del crucero, desparramando como juguetes a su contenido y tripulación. Más golpes convirtieron en un colador al orgullo del comando de defensa orbital y destruyeron su

fuelle de poder. Un momento después desapareció en una horrenda emanación de energía, mientras que las naves menores que se encontraban a su alrededor encontraron un destino similar.

Lisa, más pálida que nunca, mantuvo su voz cuando le informó a Gloval:

—*Armor Dos* está destruido y *Armor Diez* severamente dañado, señor. Otras pérdidas extremadamente numerosas. Las Fuerzas de Defensa Orbital ya ni siquiera son mínimamente efectivas. La flota extraterrestre se está acercando a la Tierra.

—Había esperado que este momento no llegara mientras estuviera con vida —Gloval se sentó en su silla de mando con los dedos entrecruzados y apoyó el mentón sobre los pulgares presionados—. La *SDF-1* evitó que nos extermináramos a nosotros mismos y nos permitió que alcanzáramos la paz mundial, pero ahora trajo un nuevo peligro sobre nosotros. Nos enfrentamos a la extinción a manos de unos extraterrestres cuyo poder sólo podemos adivinar.

La mente de Henry Gloval retrocedió hacia una década atrás hasta esa primera investigación de los despojos de la *SDF-1*. *Los milagros tienen un precio. Y creo que este va a ser muy, muy alto.* Claudia, Lisa y los otros miembros de la tripulación del puente intercambiaron miradas rápidas y preocupadas.

—Había esperado que la guerra fuera algo del pasado. Todos lo hicimos —Gloval se restableció de su aturdimiento como a un caballero al final de su vigilia de oración, listo para tomar una espada brillante y un escudo reluciente—. Pero aquí vamos otra vez, nos guste o no.

Se puso de pie con los hombros hacia atrás, y en el aire zumbó una vívida corriente de electricidad que no había estado allí antes. De repente Gloval se puso fuerte como un viejo roble.

—Está bien. ¡Den la orden de ponerse en movimiento!

—Sí, señor —Lisa retransmitió secamente la orden—. Todas las fuerzas desplieguen de acuerdo al Plan de Contingencia SURTUR.

Se lanzaron más Veritech por toda la isla mientras que las palabras de Lisa reverberaban en todas las esquinas, como la última canción de guerra de los dioses.

—Estamos bajo ataque de invasores extraterrestres en el sector cuatro-uno-dos. Esto no es un simulacro, repito: esto no es un simulacro.

Roy Fokker resopló y silbó al treparse dentro de su caza y tirar de su casco de vuelo. ¡Había estado tan ocupado preparando al Escuadrón Skull cuando llegó el aviso de que había problemas que se olvidó por completo de Rick!

Después se calmó. Al caza en el que estaba Rick lo habían removido del servicio activo por los eventos de relaciones públicas; ningún piloto furioso iría a sacarlo a puñetazos de la cabina. Por eso Rick estaba tan seguro allí como en cualquier otro lugar por el momento.

La voz de Lisa sonó a través del campo de aviación. A Roy no le importó, pero no pudo evitar desear que fuera la de Claudia.

Después Roy puso manos a la obra y puso el casco tan importante en su cabeza. Se conectó a la red táctica y trató de parecer despreocupado, casi aburrido. Era una tradición de los pilotos de guerra; morir era algo que a veces no podías evitar, pero perder tu tranquilidad era imperdonable.

—Bueno, chicos, ya la escucharon. Esto es lo real —Roy prácticamente bostezó.

El cielo estaba lleno de vuelos ascendentes de aeronaves de rápidos movimientos que marchaban hacia sus zonas de cobertura asignadas. Se habían elevado docenas, cientos desde los portaviones y la isla. Los portaviones se estaban preparando para zarpar al mar para que el enemigo no pudiera concentrar sus ataques en ellos. Eso tomaría algún tiempo, pero por lo menos con los escuadrones de combate en el aire, la Tierra no era tan vulnerable ante un único golpe concentrado.

—El escuadrón Lobo ha despegado —la voz de Lisa llegó por los auriculares del casco de vuelo de Roy—. Escuadrón Skull, prepárese para despegar.

—Escuadrón Skull listo —Roy sabía que los hombres de los otros Veritech estacionados lo estarían mirando y escuchando por la red

táctica. Levantó rápidamente los pulgares—. Está bien, chicos; esto es todo.

Más cazas despegaban desde las cubiertas de vuelo de los portaviones, lanzados desde las catapultas de amura o propulsados hacia el aire desde las proas de tipo Huracán.

—Vamos —dijo lentamente Roy Fokker y los motores Robotech bramaron.

—¡Qué distribución desordenada! —exclamó Breetai al estudiar Ciudad Macross con dispositivos de largo alcance. La gente, las fuerzas militares... ¡estaban tan increíblemente concentrados!—. ¡Esta gente debe ignorar completamente las tácticas de guerra espacial!

La imagen del sensor se movió de lado a lado hasta que una interpretación computarizada se fijó en ella. Breetai se inclinó más cerca de la superficie con forma de pecera que protegía su puesto de mando.

—¿Qué es esto? ¡La fortaleza de batalla! Pero... ¿qué le sucedió? Exedore interpretó esto como un permiso para hablar.

—Parece que la han rediseñado y reconstruido completamente, tal vez por los habitantes de ese planeta.

Breetai puso los puños sobre sus caderas.

—Es imposible que unos simples primitivos pudieran capturar una nave Robotech. Exedore fijó a Breetai con sus grandes ojos prominentes, con sus terribles y precisas pupilas hipnóticas y místicas.

—Quizás se estrelló en su planeta y ellos se las arreglaron para recuperarla.

—¿Pero qué hay de los tripulantes? ¡Los traidores de Zor no habrían dejado que estas criaturas tomaran la embarcación!

—Tal vez perecieron en la pelea con los invadidos, o en la colisión —sugirió delicadamente Exedore. Era una respuesta de alta probabilidad; Breetai se dio cuenta de esto enseguida, prefirió no contestarla y se felicitó por tener un amigo y consejero como

Exedore.

—Aun así... —el comandante hizo a un lado el desagradable pensamiento de que los primitivos fueran rivales de temer—, la nave habría quedado terriblemente dañada. Y estos primitivos no tendrían tecnología para repararla.

Nuestra arrogancia zentraedi se pone peor con cada generación, pensó Exedore mientras se preparaba para contestar. *Algún día todos podríamos pagar por ella.*

—Lo sé, señor ¿pero hay alguna otra explicación? Esta es una embarcación Robotech y sabemos que ellos tienen...

—¡Armamento reflejo!

—Precisamente. Y esto los hace muy peligrosos. Por eso debemos proceder con extrema precaución. Breetai volvió hacia la imagen del rayo de proyección profiriendo un fiero gruñido y los instrumentos y la cabina transparente retumbaron por él.

La voz de un coordinador del centro de mando llegó por el intercomunicador.

—¡Blanco señalado, comandante! ¡Estamos lanzando a los guerreros!

Breetai y Exedore contemplaron la imagen de la fortaleza dimensional.

Capítulo 7

Si existe registrado un vuelo de bautismo más extraño que el vuelo de pruebas del VT de Rick Hunter, yo no pude encontrarlo.

Zachary Foxx, H. VT: Los Hombres y los Mecha.

Todo tipo de naves de combate zentraedi bajó a través de la atmósfera de la Tierra en formaciones cerradas y bien mantenidas y se lanzaron sobre la isla Macross y sus aguas circundantes. Los pilotos extraterrestres estaban confiados y desmedidos gracias a su veloz y aplastante victoria contra las defensas exteriores del planeta objetivo.

Las franjas brillantes que dejaban al caer a plomo parecían tan numerosas como gotas de lluvia. Los habían instruido para que realizaran matanzas fáciles y capturaran rápidamente la fortaleza de batalla, que tenía que recuperarse completa y sin daños como Breetai había ordenado. Hasta ahora los invasores se habían salido bastante con la suya.

Eso cambió al momento... y la derrota se convirtió rápidamente en batalla otra vez.

Se levantaron escudos protectores desde los bastidores de misiles de la *SDF-1*; se interceptó casi toda la artillería que ingresó y explotó en el aire. Una clase de cazas que los zentraedi nunca antes habían encontrado se apresuró a trabarse en combate con ellos. Y para su extrema desdicha la raza guerrera de elite descubrió que los primitivos en efecto habían descifrado bastante de la robotechnología.

La masacre comenzó otra vez en el matadero de los cielos de la Tierra.

Rick Hunter comenzó a despertarse un poco de su cómoda siesta. Si el clima se había puesto tan malo —había truenos constantes— tal vez debería asegurarse de que todas las ventanas estuvieran cerradas. Solamente que parecía no recordar dónde estaba. Además, estaba esta voz fastidiosa en su oído; tenía el timbre de la autoridad, y eso era algo que nunca fallaba para mortificarlo.

—Control de la *SDF-1* llamando al VT uno-cero-dos. ¡Usted allí abajo, en los campos de exhibición! ¡Estamos en alerta de combate! ¿Por qué no despegó? —Lisa Hayes tenía un millón de cosas que hacer; atosigar a pilotos holgazanes era el último problema que necesitaba, y la volvía loca tener que tomar tiempo que no podía perder para hacerlo.

Rick suspiró y se estiró, después tiró el extraño casco de vuelo hacia de atrás de su cabeza, se inclinó hacia delante y pestañeó atontado hacia una de las pequeñas pantallas de exposición de la cabina. El rostro de una mujer joven lo miraba encolerizado: pálido e intenso, impaciente. Rick Hunter estaba acostumbrado a que lo consideraran como algo muy especial, en particular por el sexo opuesto; por eso decidió de inmediato que quienquiera que fuera ella, tenía un aspecto enojoso y gruñón.

—¿Usted no se refiere a mí, no es cierto, señora? —pero sólo entonces se dio cuenta de las explosiones distantes: no eran truenos, sino los estallidos del fuego que ingresaba. Y había incendios, humo y daños en la ciudad. La gente del personal corría por todos lados llenando los tanques, armando, guiando a los aviones y poniéndolos en el aire. Mientras tanto, arriba en el aire...

¿Qué eran todas aquellas estelas entremezcladas, esos resplandores de toberas, esas explosiones y trazantes?

—¿Eh? ¿Qué? —se preguntó Rick Hunter débilmente. La gente se movía alrededor del avión en el que estaba sentado, preparándolo.

—¡No pierda más tiempo! —lo regañó el rostro pálido de la pantalla—. ¡Despegue inmediatamente y únase a su escolta! ¡En la situación actual el escuadrón de cazas está sobrepasado en número!

—¿A qué se refiere con despegar? —Rick apretó los dientes—.

¡La pista está demolida!

Y lo estaba. Fue uno de los principales blancos zentraedi, uno de los pocos a los que podían alcanzar directamente. La joven mujer de la pantalla parecía estar contando para controlar su temperamento.

—La pista dos está operable. ¡Está completamente armado y sus motores se sobrecalentarán muy rápido si quedan en espera, de modo que prepárese para despegar de inmediato!

Ahora que ella lo mencionaba él pudo escuchar el agudo quejido de un motor, podía sentirlo a través de su asiento, pero era diferente a los que había escuchado antes... y Rick Hunter los había escuchado a todos.

Rick se inclinó fuera de la cabina para mirar. En efecto, el Veritech estaba armado hasta los dientes con misiles externos y torres de conducción eléctrica saturadas de artillería. El caza también cargaba unas extrañas cápsulas que él no pudo descifrar por completo.

En ese momento un hombre de la dotación de tierra se acercó a él y se paró en la escalera de abordaje.

—¡Todo listo, señor! ¡Buena caza! —el hombre hizo una cosa u otra y la carlinga de la cabina descendió.

Rick tuvo que admitir más tarde que ese habría sido un muy buen momento para sincerarse y admitir que no tenía idea de lo que estaba sucediendo, de que era un no-combatiente y que necesitaba que lo llevaran a un refugio. Pero eso hubiera implicado admitir que no sabía cómo volar la aeronave en la cual estaba, cosa que no podía hacer. En pocas palabras, que él era nada más que un espectador, un pajuerano, tal como la gente que lo observaba embobada en el circo aéreo.

Y cuando te consideras a ti mismo como el mejor piloto del mundo, una admisión como esa es extremadamente difícil. Además, estaba esa mujer irritante de la pantalla.

—Bueno, está bien. Si usted insiste —Rick respiró profundamente, tomó los controles e hizo un repaso rápido, recordando todas las cosas que Roy le había dicho. Movié los timones y jugueteó por un segundo, después incrementó la aceleración, carreteó y levantó al caza casi de cola como el inverso de un meteorito.

Un misil zentraedi rezagado hizo un agujero del tamaño de una cuadra justo en el lugar donde había estado estacionado unos cuantos segundos antes. Él estaba deseando que todos los de la dotación de tierra hubieran despejado cuando el Veritech respondió a sus demandas de velocidad.

—¡Vaya! —la típica muletilla.

Ajustó el alcance de ala, la comba y el ángulo de ataque y salió como una bala, dejando líneas onduladas de vapor con las puntas de las alas como si fueran hilos de araña. Y aunque nunca lo hubiera admitido, estaba más que un poco intimidado. Estaba montando un cohete.

Hizo un agujero en una nube y se encontró en el medio de un extenso y estremecedor combate de gladiadores, la mayor pelea de aviones desde el final de lo que llamaron Segunda Guerra Mundial.

—¡Guauuuuuuu!

Las naves Robotech estaban por todos lados, junto con aviones de un diseño que no tenía sentido para Rick; no era aerodinámico pero, sin embargo, era diabólicamente rápido y llevaba un poder de fuego sin precedentes. Las explosiones florecieron a su alrededor sacudiendo a la nave, cuando una voz perezosa y familiar llegó por la red táctica.

—Líder de Escuadrón Skull al escuadrón Veritech. Intercepten nuevos vuelos invasores en la zona cuatro-dos-ochó. El tráfico está bastante pesado allá afuera, muchachos, así que rompan la formación, ¡pero no abandonen a su escolta!

—¡Roy! —sonó sofocado. Rick miró hacia arriba con la boca abierta cuando un Veritech que llevaba la insignia de la Jolly Roger pescó una nave de reconocimiento extraterrestre con forma de botella voladora.

Llovían escombros por doquier y los pilotos de ambos bandos gritaban de agonía cuando desaparecían hacia el olvido allí donde el cielo se encuentra con el espacio.

Y gracias a que la pelea de aviones demandaba tanto del físico, la red táctica estaba llena de quejidos y gruñidos. Los pilotos de guerra se entrenaban para trabar los músculos de la parte inferior de sus cuerpos: para convertir en acero sus piernas y succionar sus entrañas hasta la columna. Cualquier cosa con tal de mantener la

sangre bien arriba en la cabeza, arriba en el cerebro donde se necesitaba incluso más que en el corazón.

La presión en los diafragmas de los pilotos era temible; si se encontraban en maniobras de alta gravedad sólo podían tomar respiros cortos y difícilmente ganados.

La red táctica sonaba como si hubiera ocho o diez equipos de lucha libre emparejados para el campeonato.

Y el trofeo era la Tierra.

—¡Eh, Fokker! ¿Te importaría decirme qué es lo que está pasando aquí?

Roy acababa de desenganchar un acoplado de la cola del Skull Ocho. Cambió de pantalla de comunicaciones a pantalla nave a nave, y admitió que no se sorprendió tanto al ver la cara de Rick Hunter.

—¿Cómo se siente ser el piloto de un caza?

—¿De qué estás hablando, Hermano Mayor? Yo no soy un piloto de un caza; en realidad, yo... ¡Ahhh!

Eso último fue cuando una oleada de luz atravesó la carlinga de Rick y la pantalla de Roy se disolvió en una tormenta de distorsión. Había habido explosiones justo antes del corte; en la jerga de los pilotos de cazas: se desconectó. Desconectarse era terminal.

Pero Roy revisó sus dispositivos de ubicación y partió a máxima velocidad hacia la posición de su amigo.

—Resiste, Rick. Ahí voy.

La embestida del Veritech lo empujó profundamente en su asiento. Roy sintió un tremendo alivio cuando vio al VT uno-cero-dos volando nivelado e ileso.

Roy se emparejó y se alineó con la punta del ala de Rick.

—No fuiste golpeado. Sólo estuvo cerca. ¿Estás bien? —el extraterrestre que había estado tan cerca de clavar a Rick estaba regresando para volver a intentarlo.

—¡Fiú! Sí, estoy bien —decidió Rick.

Roy se adelantó sólo un poco. El caza enemigo se estaba acercando rápidamente.

—El vuelo de combate es temible para todos la primera vez —dijo él—. Aunque te acostumbrarás; no es tan diferente de los buenos viejos tiempos en el circo aéreo —diciendo así, Roy apretó

el gatillo de su timón de mando y despachó dos Stilettos aire-aire que hicieron golpes directos en el invasor y lo volaron en pedazos humeantes.

—Sí, pero nunca me dispararon en el circo, Roy —era gracioso, pero ahora el circo aéreo parecía como otra vida hace un millón de años atrás.

—Te acostumbrarás. Sólo acompáñame y comenzaremos tu entrenamiento de trabajo... si es que puedes mantenerte conmigo.

—¿Si? —la vieja sonrisa afectada volvió al rostro de Rick—. ¡Haré lo mejor que pueda para no dejarte en mi turbulencia!

—Vamos por ellos, Hermanito —Roy incrementó la velocidad de aire, comenzó un ascenso y plegó hacia atrás las alas para las peleas aéreas a alta velocidad. Un caza enemigo salió de la nada y vino hacia Rick desde las seis en punto y lo remachó con proyectiles de energía.

Él dejó escapar un grito cuando comenzó a perder el control y el caza se sacudió y saltó por los tiros fallidos cercanos.

—¡Sube y ladéate! —gritó Roy tratando desesperadamente de hacer volver su nave—. ¡Rick! —él mismo estuvo esquivando el fuego zentraedi un momento más tarde. El zentraedi detuvo su ataque cuando la nave de Rick quedó fuera de control y picando en una barrena, y se volvió hacia el líder del Escuadrón Skull. Los dos cazas se unieron en un duelo perverso.

—Creo que estoy perdido, Roy —Rick intentó todo lo que alguna vez había aprendido pero no pudo recobrar el control del Veritech—. ¡No consigo ninguna respuesta de los controles! —Isla Macross giraba hacia él.

Justo en ese momento llegó por la red una voz que él reconoció.

—Control de la *SDF-1* llamando al VT uno-cero-dos. ¡Apártese! ¡Está picando directo hacia nosotros!

—¿Señora, no cree que me gustaría? Pero todos los controles han perdido poder.

—¿Ha intentado cambiar a configuración B? —exigió Lisa Hayes.

—¿Eh? ¿B? ¿De qué está hablando?

—¿No lo sabe? —éste debe haber enloquecido de verdad... ¡pánico completo!—. Escuche, empuje hacia abajo el control

marcado B en el costado izquierdo de su panel de instrumentos.

El suelo estaba muy cerca. Rick, mareado y casi inconsciente por el efecto de las fuerzas de gravedad, de alguna forma guió su mano hacia la perilla en cuestión, teniendo un pequeño problema en diferenciarla de otra idéntica al lado de ella marcada G, y la movió hacia abajo en su ranura.

El Veritech disminuyó abruptamente la velocidad de su barrena, se estabilizó y comenzó a nivelarse. Al mismo tiempo Rick pudo sentir que toda la nave empezó a estremecerse y a cambiar reformando su aerodinámica de una forma que él no pudo comprender. Él pudo sentir las vibraciones como si el caza se estuviera... transformando.

—¿Qué está haciendo? —el caza todavía estaba descendiendo y las calles de Ciudad Macross se aparecieron ante la carlinga. Rick había sido piloto durante el tiempo suficiente como para saber que desde de que sus características de vuelo habían cambiado tan dramáticamente, no quedaba otra respuesta excepto que la forma del Veritech de alguna manera se había alterado.

De lo que él no se dio cuenta y que no pudo ver desde la cabina, fue que la nave había comenzado a sufrir un proceso que el doctor Lang había apodado mecamorfosis. Ya no estaba configurado como un caza convencional, pero en cambio había pasado a modo Guardián —G— en su camino a B.

En este estado de transición se parecía a una gran ave de rapiña metálica, un águila de piernas metálicas robustas extendidas para aterrizar, alas desplegadas y manos y brazos humanos extendidos. Pero antes de que Rick pudiera darse cuenta de lo que había pasado o de que el caza pudiera completar el cambio a B, el Veritech se estrelló en los pisos superiores de un edificio de oficinas en una esquina de Ciudad Macross.

Afortunadamente, la alerta tenía a la población puertas adentro o bajo tierra dentro del vasto sistema de refugios, y por eso nadie resultó muerto. El Guardián labró un sendero de devastación a través de las plantas altas de una cuadra completa, y su armadura y constitución fantásticamente fuertes resistieron el daño.

Ladrillos, concreto y vigas volaron en todas las direcciones; las nubes de yeso se levantaron como una tormenta de polvo. Cayeron

los letreros y las cañerías rotas chorrearon; las líneas eléctricas cortadas chisporrotearon y chasquearon. Cuando la máquina se dio cuenta de su situación cambió a programación de emergencia y los motores del Guardián se apagaron.

Rick Hunter todavía podía apreciar que el avión se movía y cambiaba a su alrededor. De hecho podía percibirlo de alguna forma que no podía comprender... en realidad podía sentirlo.

Rick se quedó sentado donde estaba y se dio cuenta de que no sabía cómo eyectar, ni siquiera si el sistema era un tipo «cero-cero» que le permitiría sobrevivir al aterrizaje de una eyección a nivel del suelo, lo cual estaba lejos del caso.

Parecía que el loco caza Robotech estaba deteniéndose; él se preparó para escapar rápidamente mientras deseaba no estar en el vecindario si a unas cuantas toneladas de combustible para jet altamente volátiles se les ocurría prenderse fuego. Pero la nave Robotech tenía una última sorpresa para él; el deslizamiento relativamente suave se convirtió en un sacudón cuando el avión quedó atrapado en alguna obstrucción final. El caza se irguió y la cabeza con casco de Rick chocó contra el panel de instrumentos.

Si él no hubiera estado usando el casco de vuelo, ese habría sido el final. Como si lo hubiera sido, él vio estrellas y casi perdió el conocimiento.

Pero el Veritech estaba ileso. La máquina comenzó a liberarse con un chirrido de vigas y el estrépito de toneladas de escombros que se movían. La mecamorfosis a modo B estaba completa y el caza era ahora un Battloid.

Lucía exactamente como un hombre con armadura, un caballero súper tecnológico de dieciocho metros de altura. La Gatling eléctrica que estuvo montada en una cápsula bajo la panza del Veritech ahora estaba alineada a lo largo de su brazo derecho, empuñándola con la gigantesca mano derecha como un rifle grotesco.

La sección de la cabina, ahora incorporada al «casco» en forma de torrecilla de la cabeza del Battloid, estaba irreconocible. Su visor se balanceó de aquí para allá abarcando la situación y vio las explosiones de la pelea aérea que continuaba en lo alto.

El Battloid sabía que el enemigo estaba allí y estaba listo para

realizar aquello para lo cual lo habían diseñado. Esperaba órdenes.

—¿Quién lo diría? —Rick sacudió su cabeza, atontado—. ¡Estoy vivo!

Después vio que algo estaba mal con su perspectiva... que él estaba muy por encima de la calle, que había cosas demasiado asombrosas sobre lo Robotech como para creerlas. Él también vio el combate aéreo en la distancia.

De alguna manera Rick supo, muy en lo profundo, que la vida nunca iba a ser de la forma en que había sido unos quince minutos antes. Las cosas habían cambiado para siempre.

Capítulo 8

Querido diario:

El día del lanzamiento fue realmente divertido, aunque Jason estuvo comportándose como una pequeña peste. Conocí a un par de muchachos de ensueño, creo que pilotos: un rubio muy alto y un lindo morochito.

Voy a volver a salir esta tarde para cantar en el día de campo del centro municipal. ¡Tal vez ellos estén allí! Yo podría... ¡Eh! Creo que algo está sucediendo afuera. Más tarde.

Del diario de Lynn Minmei.

En el puente de la *SDF-1*, Vanessa estudió sus pantallas y le dio a Gloval un informe conciso.

—Veinticuatro objetos no identificados están descendiendo desde el espacio, punto previsto de aterrizaje entre treinta a cincuenta kilómetros al oeste de isla Macross, señor. Definitivamente no son nuestros.

—¿Por qué no los detectamos antes?

—Cuando los cañones principales dispararon, utilizaron demasiado poder —Vanessa miró al capitán y ajustó sus grandes anteojos de estilo aviador—. Nuestros radares funcionaron mal.

Gloval reflexionó sobre eso.

—Esa primera ola de naves de ataque... era sólo un señuelo. Una estrategia muy ingeniosa. ¡Lisa! ¡Llama al escuadrón del teniente comandante Fokker de inmediato!

—Todavía están trabados en combate con la primera ola de ataque, señor —dijo Lisa al estudiar su despliegue de datos—. Dudo

que ellos puedan escaparse sin sufrir serias bajas.

—Entiendo. Gracias —Gloval asintió rígidamente.

—Las naves no identificadas aterrizaron en el océano a cuarenta kilómetros al oeste de nosotros —actualizó Vanessa—. Parece que se han sumergido, señor.

Gloval ya no podía postergar darle a Lisa la desagradable orden.

—Llama al *Prometheus* y ordénale que manden helicópteros de reconocimiento.

—Ya los tengo esperando su luz verde, señor. Estarán en posición en cinco minutos.

—Lectora de mentes —gruñó Gloval, aunque había un afecto real en su voz.

—Sí, señor —dijo Lisa, con las mejillas un poco ruborizadas.

Se sintió aliviada sólo un momento porque Gloval no estuviera resentido con ella por anticipársele; aquellos helicópteros de reconocimiento que corrían a enfrentarse a las nuevas apariciones extraterrestres eran muy capaces a su manera, pero no eran naves Robotech. Y eso podría ser muy malo para los tripulantes de los helicópteros.

La gente se había arrastrado con mucha desconfianza para contemplar tontamente a la imponente figura de caballero que antes había sido el VT uno-cero-dos. El Battloid estaba parado con las piernas separadas en el medio de la calle. Parecía estar esperando que una trompeta tocara el llamado a las armas, mientras que unos pedazos de láminas de piedra caían de sus hombros y los trozos de escombros llovían a su alrededor. Dio unos cuantos pasos vacilantes y casi se cayó.

—¿Qué es eso? —exhaló un hombre.

—¡Un robot gigante! —adivinó un segundo.

—¡Podría ser un invasor extraterrestre! —se arriesgó un tercero.

Ya había cientos de rumores por todos lados concernientes a lo que le había pasado a la isla Macross y a la raza humana en general.

A unos cuantos metros más allá, Lynn Minmei estaba acurrucada

con su tío y su tía en la entrada de su restaurante, el Dragón Blanco, inseguros sobre qué hacer. Jason estaba jugando afuera en algún lugar cuando comenzó el caos, y no había rastros de él.

—Dejó de moverse; ahora sólo está parado ahí —dijo Minmei levantando la vista hacia él. Ella se preparó para salir rápidamente a buscar a su primo.

De repente una pequeña figura con overol y remera amarilla salió corriendo desde atrás de un remolque estrujado y pasó cerca de los pies metálicos de la máquina de guerra, lo suficientemente cerca como para tocarlos.

—¡Vaya! ¡Eh, Minmei! ¡Ven a ver lo que hay aquí afuera! ¡Un robot gigante!

Ella lo atrapó en un abrazo, tan aliviada como lo estaban su tío Max y su tía Lena.

—¡Oh, Jason! ¿Y si esa cosa se hubiera parado sobre ti?

—Ah, yo puedo cuidarme solo —Jason la empujó con la indiferencia de los muy jóvenes. Después se escapó hacia las escaleras como un pequeño torbellino compacto.

—¡Quiero tener una buena vista de esa cosa! ¡Vamos, iremos arriba y miraremos por la ventana!

—¡Jason, espérame! —aulló Minmei mientras corría por detrás.

—¡No lo dejes caer por la ventana! —gritó su tía Lena y después volvió a tratar de figurarse qué hacer con el desastre que unos minutos antes fue un negocio próspero.

Los dos helicópteros navales de ataque Barracuda del *Prometheus* se acercaron cuidadosamente y sólo encontraron el mar calmado.

—Este es el PHP dos-cero-dos —dijo por radio el líder del vuelo—. Nos estamos acercando al área del blanco. Percepción de naves enemigas negativa hasta ahora.

La respuesta de Lisa llegó después de un estallido de estática.

—Entendido, PHP dos-cero-dos. Mantengan máxima vigilancia; se sospecha que los enemigos están sumergidos. Prepárense para desplegar sondas.

Su transmisión acababa de terminar cuando el agua azul se revolvió gracias a una, después otra y después media docena más de formas redondeadas. Ellas emergieron derramando agua, enormes y brillantes como el metal, con extrañas salientes —tubos— que recordaban a las antiguas minas magnéticas.

Los objetos flotantes giraron, alinearon los tubos y apuntaron. Todos a la vez escupieron líneas de brillantez deslumbrante hacia los Barracuda. Más y más de las siluetas redondeadas emergieron hacia la superficie y se unieron a la descarga.

—¡Nos están disparando! —el líder del vuelo apenas dejó escapar esto cuando los rayos cruzados encontraron al segundo helicóptero y lo volaron en pedazos.

—¡Salgamos de aquí! —gritó el líder, disparó un misil y se preparó para correr justo cuando los rayos convergieron en su nave. El helicóptero se convirtió en una bola de fuego. El grito del piloto se interrumpió en el medio de la transmisión.

De vuelta en el puente, Lisa reportó inexpresivamente:

—Se han ido, señor.

Gloval miró con furia hacia el ventanal frontal.

—Y aquí estoy yo con una nave sin probar, una tripulación sin experiencia... —*Y muy poco tiempo para tomar mis decisiones.*

La compuerta se deslizó para abrirse y Russo entró en el puente a las zancadas, pitando de su cigarro, aferrando su costosa solapa y aparentando estar al mando. Sin embargo, estaba pálido y transpiraba. Lisa pudo verlo y olerlo. Bajo su exterior simpático el senador estaba tan asustado que corría el riesgo de desmayarse.

—Bien, capitán, qué suerte para nosotros que tuviéramos esta nave terminada a tiempo para pelear con los invasores. ¿Cuándo despegan?

Gloval también había pensado en la curiosa coincidencia de que los extraterrestres llegaran en este preciso momento. Su conclusión fue que la activación final de la inmensa y misteriosa planta de poder sellada de la *SDF-1* había atraído de alguna manera a los invasores. Pero no tenía tiempo de pensar en eso ahora.

En respuesta a la pregunta de Russo, él simplemente masculló.

—Ustedes están listos, ¿no es cierto? —las cejas de Russo se movieron rápidamente—. ¿Por qué no despegaron? ¿Qué están

esperando? —clavó la mirada en el capitán.

—Usted debe creer que estoy loco —el labio superior de Gloval se frunció—. ¡No puedo llevar a esta nave a combate con una tripulación de reclutas inexpertos que nunca antes han estado en el espacio! Lo que es más, esta nave ni siquiera ha sido probada todavía; ¡ni siquiera sabemos si volará! —Su compromiso para con su juramento de servicio lo hizo agregar—: Si me ordena que levante la *SDF-1*, obedeceré. Pero será contra mi mejor criterio.

Claudia y Lisa permanecieron rígidas en sus puestos fingiendo no prestar atención. Pero Sammie se dio vuelta hacia Kim y le dijo en voz baja:

—¿Crees que lo dice de verdad?

—Creo que lo dice en serio —asintió Kim después de pensarlo un momento.

Sammie sacudió la larga melena de cabello color trigo.

—Vaya —murmuró con un temblor.

—Yo le estoy ordenando despegar, capitán. ¿Entendió? —estaba diciendo Russo.

—¿Qué pasa, Sammie? —Kim frunció el ceño—. Pensé que querías ir al espacio.

Los ojos de Sammie estaban abiertos, asustados.

—Quiero... creo. ¡Pero de repente es real!

—Que sea su responsabilidad, entonces —Gloval se volvió hacia Russo—, porque le aviso, esto podría ser suicida. ¡Nosotros todavía no entendemos ni la mitad de los sistemas de la *SDF-1*!

El labio superior de Russo estaba temblando, pero él se puso tenso.

—Me suena a que usted me está diciendo que no tiene confianza en su tripulación. ¿Es eso lo que me está diciendo, Gloval?

Gloval miró rápidamente a Lisa y Claudia, quienes volvieron rápidamente a sus obligaciones para evitar que las atraparan observando la discusión.

—Yo no dije eso.

—¿Entonces qué está diciendo? La Tierra gastó incalculables recursos en esta nave Robotech y no quiero verla destruida sobre el suelo.

—Senador...

—¡No, capitán! No más excusas; ¡despegue!

—Muy bien. Como oficial de alto rango, usted puede tomar ese asiento de más allá. Estaremos en camino en unos momentos.

Russo casi se tragó su cigarro. Claudia tuvo que sofocar la risa.

—¿Qué?! —explotó el senador—. ¡No! Es decir, tengo muchas cosas que hacer en la Tierra. Ustedes no despeguen hasta que yo haya dejado esta nave, ¿está claro? —el terror en su voz era inconfundible.

—Lo que usted diga, senador —Gloval mostró una tenue sonrisa.

Russo recobró la calma y se batió en una retirada precipitada.

—Bueno, chicas, todos dependemos de ustedes —le dijo a la cuadrilla del puente—. ¡Por eso no nos defrauden! —la compuerta se cerró detrás de él.

Gloval clavó la vista en la compuerta. No estamos listos para el combate. ¡Simplemente no estamos listos!

Minmei se unió a Jason en la ventana del piso superior. Ellos estaban mirando fijamente a la máquina de guerra inmóvil desde aproximadamente la altura de su cintura. El pecho titánico había sido agujereado por el fuego enemigo.

—¡Vaya, mira que grande es! —chilló el niño con deleite.

—Ten cuidado, Jason —lo regañó Minmei y lo retuvo para que no se subiera a la cornisa.

—Me pregunto de dónde vino —gritó Jason con felicidad.

Mientras ellos miraban, la cabeza ciclópea se inclinó bien hacia delante cuando unos pesados servomecanismos zumbaron al abandonar la parte más alta del torso.

Abajo en la calle, la gente exclamó:

—¡Miren! ¡Movió la cabeza!

—¡Sólo cayó del cielo y destruyó esos edificios!

—¡Es tan grande como el edificio!

—¿Ves? ¡Su espalda se abrió! —gritó Jason, apuntando. Minmei gritó con sofocación. El asiento del copiloto ascendió y salió en una columna de soporte gracias a algún mecanismo interior. Estaba

vacío.

—¡No hay nadie manejándolo! —Las cejas de Jason se juntaron.

La maquinaria zumbó otra vez y el poste se movió más arriba, elevando al primer asiento para revelar un segundo asiento montado debajo de él. En ese asiento estaba Rick Hunter.

Rick ignoró el furor de la gente, salió de su asiento y miró hacia abajo.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Qué me sucedió?

—El piloto parece confundido —comentó Jason. Había esperado ver a alguien un poco más impresionante.

—Tal vez se hirió en la caída —sugirió Minmei. Pero algo en el joven le era familiar.

—Debo estar viendo cosas —murmuró Rick—. Esto solía ser un avión caza.

Él se fijó en Minmei y Jason. Recordaba a la chica de algún otro lugar, pero no podía tomarse el tiempo para ubicarla justo ahora.

—Disculpenme, pero, ¿qué es esto? —señaló al Veritech—. Quiero decir, ¿a ustedes qué les parece que es?

—Alguna clase de robot, creo —a Minmei le tomó unos momentos absorber la pregunta.

—Oh, excelente —suspiró Rick aliviado—. Cuando me subí en esta cosa era una aeronave. Creí que me había vuelto loco.

—¿Una aeronave convertible? —Minmei y Jason dijeron al mismo tiempo—. Tienes que estar bromeando —agregó Minmei. De cualquier manera ella pensó que él no era mal parecido y se preguntó qué edad tenía. Juzgó que no era mucho mayor que ella.

—Yo estoy tan confundido sobre esto como cualquiera.

—¡Estás bromeando! —dijo ella—. ¿Tú eres el piloto y ni siquiera sabes lo que es?

—No, no soy un piloto militar. Yo sólo... ¡sólo soy un aficionado! —¿satisfecho, Roy?—. Todo es, eh, un gran error. Se supone que no debo tenerlo.

—¡Un espía enemigo! —graznó Jason.

—¡Jason! —Minmei lo sacudió un poco para callarlo.

—¿Espía? —gruñó Rick—. ¡Mira, esto fue idea del ejército, no mía! —él sacudió la cabeza y bajó la vista hacia el Battloid—. ¡Mira todo el daño!

Los helicópteros se estaban acercando desde la distancia y el tráfico se estaba aventurando a salir otra vez.

—¿Tendrás que pagar por eso? —preguntó Minmei.

Rick sintió como si su estómago estuviera haciendo saltos mortales.

—¿Yo? ¡Espero que no!

Un camión estaba tocando su bocina insistentemente junto al pie del Battloid del tamaño de un automóvil.

—¿Qué? —aulló Rick con furia.

—¡Saca esa cosa del camino! —gritó el conductor—. ¡Tengo una carga de suministros militares que entregar y estoy apurado, Mac! ¡Muévelo ahora!

Rick se puso de pie y se rindió a lo inevitable.

—No sé cómo funciona, pero lo intentaré.

—¡Buena suerte! —gritó Minmei. Ella había decidido que él era bastante lindo.

—Gracias. —Ella tiene una muy linda sonrisa... él tendría que recordar el camino de regreso hasta allí.

—Y por favor ten cuidado.

—Seguro —él sonrió ampliamente y saludó con la mano—. Lo tendré.

Él volvió a su asiento. Mientras descendía trató de pensar en algo más que decir, pero sólo se le ocurrió:

—¡Hasta luego!

—¡Espero verte otra vez algún día! —dijo Minmei.

—Bueno, —se dijo a sí mismo de vuelta en la cabina Rick—, todo lo que puedo hacer es tirar de unos cuantos interruptores y esperar lo mejor, creo.

La cabeza gigante viró de vuelta a su lugar. Tomó las empuñaduras de los controles y observó la pantalla que estaba delante de él.

—Al menos puedo ver a dónde voy. Si sólo pudiera resolver cómo llegar hasta allí.

Pero mientras el Battloid se ponía en movimiento preparándose para caminar, él sintió una falta de confianza diferente, algo a lo que no estaba acostumbrado. La máquina parecía querer más de él que un simple apretar botones.

El Battloid levantó su pie para dar un paso, perdió el equilibrio cuando lo levantó muy alto, se tambaleó y casi se cayó de espaldas. La multitud que se había reunido para mirar al Battloid entró en pánico y comenzó a huir sin rumbo dando alaridos. Rick aulló con desesperación.

Justo cuando la máquina de guerra estaba a punto de estrellarse en los edificios que estaban detrás de ella, los propulsores traseros se encendieron en una rápida e intensa llamarada. El Battloid se impulsó otra vez hacia un equilibrio precario. Después se desmoronó en la dirección opuesta y se tambaleó hacia el pequeño balcón ubicado sobre el Dragón Blanco desde el cual Minmei y Jason observaban boquiabiertos.

Ambos vieron que no iba a detenerse; se dieron vuelta y huyeron gritando de miedo justo cuando el Battloid se estrelló en la pared donde habían estado parados, derrumbando esa porción completa del edificio. Quedó tumbado como un borracho desmayado al otro lado del bar.

Minmei tosió, escupió yeso y revisó a Jason, al que había escudado bajo ella cuando cayó.

—¡Por favor, dime que estás bien!

—¡Lo estoy! —dijo Jason alegremente.

—¿Están los dos bien ahí adentro? —la voz de Rick llegó por el sistema de altoparlantes del Battloid.

—¡Sí! —gritó Minmei.

En la cabina, Rick inclinó hacia atrás su casco para limpiar su frente.

—¡Gracias a Dios! —él no podría soportar la idea de herir a un espectador inocente.

Además, la chica era muy linda.

Capítulo 9

Claramente, como dijo Gloval, la SDF-1 fue en parte una trampa cazabobos. Él estaba demasiado ocupado para pensar en eso y yo no era un militar entrenado, por eso no se nos ocurrió que aquella espada pudiera ser de doble filo hasta que fue demasiado tarde.

Dr. Emil Lang, Notas del Día del Lanzamiento.

El momento llegó de una forma que nadie había previsto ni siquiera una hora antes. La *SDF-1*, con todas las balizas parpadeando se preparó para despegar por primera vez.

—Tienen luz verde los sistemas de control de gravedad hasta la división cuarenta y ocho —retransmitió Sammie a ingeniería—. Por favor, confirme, cambio.

Los informes llegaban de toda la nave y los mensajes iban a todos sus rincones. Ya no era cuestión de esperar una revisión perfecta; la fortaleza dimensional se iba... ya.

—Transmisión de prioridad uno desde el cuartel general, capitán Gloval —anunció Vanessa—. *Armor Uno* completó los procedimientos de rescate y ahora está partiendo para unirse con *Armor Diez* en Punto de Encuentro Charlie.

—Gracias, Vanessa —Gloval gruñó en reconocimiento y agregó —: Claudia, revisa la caldera refleja y ve si ya hemos recobrado toda la potencia.

Claudia estudió su equipamiento, escuchó un breve mensaje del intercomunicador y dijo:

—Lista la condición en el poder de la caldera, señor.

Una vez más Gloval se preguntó sobre aquellos poderosos, enigmáticos y sin precedentes motores enormes.

—Poder reflejo —era un término que utilizaba Lang: inclusive sus asistentes más cercanos se rascaban la cabeza cuando Lang garabateaba ecuaciones y trataba de explicar por qué lo llamaba así y lo que él pensaba que sucedía dentro de la planta de poder.

Eso no importaba: todo lo que Gloval quería de su nave era que funcionara, que fuera digna de la batalla sin importar el tiempo que le tome. Unos cuantos días... quizás.

O un día. ¡Sólo denme un día!

—Muy bien. Antigraedad: máximo empuje.

—A la orden, señor —entonó Kim—. Máximo empuje.

El colosal volumen de la *SDF-1* tembló y de alguna forma estuvo vivo debajo de ellos. La cuadrilla del puente atravesó por cuentas regresivas y revisiones individuales con sus voces superponiéndose a las de los intercomunicadores.

Después la voz de Claudia sonó a través de la nave y sobre isla Macross clara como la de un ángel.

—Diez... nueve... ocho...

Cientos de miles de pensamientos, temores y plegarias flotaron sobre la isla, con casi una fuerza tangible en ellos.

—... dos... uno...

—A toda potencia —ordenó Gloval—. Activen el sistema de control de la antigraedad.

Toda la ciudad vibró levemente cuando los cientos de miles de toneladas de la *SDF-1* se elevaron de los gigantescos bloques de la quilla de la nave; su exclusivo sistema de absorción se ajustó al aligeramiento repentino.

La nave se elevó suavemente y arrojó su estupenda sombra sobre la isla.

—El giroscopio está nivelado, señor —informó Lisa concisamente.

—Bien hecho —Gloval se acomodó en su asiento y deseó que ese fuera un buen presagio.

Apenas había terminado de decir esto cuando un estremecimiento corrió a través de la gran nave. Pudo ver por debajo que la cubierta superior de vuelo realmente temblaba.

La *SDF-1* se sacudió, después se inclinó violentamente hacia babor e hizo que la gente perdiera pie. Hubo un montón de alaridos

y el intercomunicador se convirtió en una mezclanza.

—¿Qué diablos está sucediendo? —tronó Gloval, sujetándose de los brazos de su silla para evitar que lo arrojaran del otro lado del compartimiento—. ¡Arreglen la orientación de la inclinación inmediatamente!

—Debe ser el giroscopio —dijo Claudia, luchando para permanecer en su estación.

—¡No, miren! —Lisa estaba apuntando hacia la cubierta superior de vuelo.

Habían aparecido combaduras como domos volcánicos que se empujaban hacia arriba contra la armadura más dura jamás desarrollada; el desgarró del metal sonó a través de la *SDF-1* como el grito de muerte de los dinosaurios.

Las convexidades de la armadura se abrieron como frutas maduras y le cedieron el paso a unos complejos cilindros de avanzados sistemas de diseño. Los cilindros, cada uno del tamaño de un vagón cisterna, se elevaron majestuosamente en el aire y arrastraron cables eléctricos y segmentos de los marcos de soporte.

—¡Las cápsulas de gravedad se están escapando!

—¿Qué cosa? —Gloval se lanzó detrás de Lisa para verlo por sí mismo—. ¡Oh, no! ¡Se están separando de la nave en vez de elevarla!

En todos lados era lo mismo; la física del desastre era inflexible. Docenas de cápsulas de gravedad se liberaron y continuaron con su ascenso como se les había encargado, abriéndose paso a través de cualquier estructura que estuviera en su trayectoria (o poniéndolo en otras palabras, la gravedad convencional estaba arrastrando hacia abajo a la *SDF-1* alrededor de ellos).

—¡Esto no puede estar sucediendo! —exhaló Gloval, más trastornado por la completa catástrofe que significaba para la Tierra que por el probable resultado que el desastre podría significar para sí mismo y su mandato.

—¡La nave está perdiendo altitud, capitán! —gritó Lisa.

—¡Por favor! —gimió Gloval—. ¡Díganme que esto lo estoy soñando!

—¿Perdón, señor? —dijo Lisa.

—Es una pesadilla —él no se había dado cuenta de que había

estado hablando en voz alta.

La *SDF-1* caía rápidamente y sus pocos propulsores operativos no estaban a la altura de bajarla lentamente. A través de toda la nave la gente supo que había ocurrido esa calamidad y con diferentes comportamientos esperaron averiguar cuál sería su destino.

La nave se estrelló de vuelta sobre los pilares de la quilla con sus alarmas sonando y gimiendo. Incluso a la velocidad de una caída amortiguada, el peso titánico hizo que los bloques monolíticos se quebraran, cedieran, se derrumbaran o se hundieran en la tierra.

Pero antes de que los bloques se sobrecargaran y se vencieran, los sistemas de absorción de impactos contruidos dentro de ellos salvaron a la nave de perder vidas y de sufrir un daño mayor. La *SDF-1* asentó su casco contra los escombros, el suelo y el asfalto, pero el fondo de la nave no se rompió ni se abrieron brechas en su casco.

El puente no estaba muy diferente de cualquier otra sección: protestas, gritos y alaridos incoherentes. En segundos el ruido se perdió y se reafirmó la disciplina militar. La *SDF-1* yacía a unos quince grados de inclinación hacia babor.

—¿Alguna está herida? —la voz de Gloval atravesó la confusión. Cada una contestó que no estaba herida y después se callaron; en momentos como este la voz del capitán se debe escuchar sin interrupciones, y aunque la cuadrilla del puente no tuviera experiencia en el espacio, conocían su deber y sabían sus órdenes.

—Quiero un informe completo de daños —Gloval caminó a las zancadas hacia su asiento—. ¡Denme una medición de cada sistema de a bordo! —por el momento la *SDF-1* era un pez dentro de un barril. Él tenía sólo unos minutos para actuar.

—¡Sí señor! —respondieron las cinco al unísono, dando a las palabras un sonido coral.

—Nunca me permitirán olvidar esto —Gloval parecía infinitamente cansado.

—Usted no debería culparse por esto, señor —dijo Lisa suavemente.

Gloval se agachó hasta la silla y sacudió la cabeza para contradecir a Lisa.

—Yo soy el capitán —dijo simplemente.

En la calle afuera del Dragón Blanco, una muy extraña operación de rescate estaba en progreso. Habían ataviado al Battloid con cables atados a dos camiones de reparto de mariscos. Los civiles siempre habían sido comprensivos hacia las misiones de los militares y, además, los noticieros le habían hecho creer a la mayoría de la gente que había comenzado una nueva y horrible guerra y que, les guste o no, por ahora todos eran parte de esa guerra. Por eso los camioneros y otros espectadores estaban haciendo lo mejor que podían para enderezar al Battloid.

Los grandes vehículos dispararon sus motores e hicieron girar y rechinar las llantas, dejando grandes parches de goma negra y levantando nubes de humo apestosas. Los camiones petardearon y sus motores se esforzaron.

El blindado mecamorfo se desprendió lentamente de su lugar de descanso hasta llegar a una posición vertical. Rick sudaba sobre sus controles y se sentó con las manos revoloteando sobre ellos, vacilando en interferir para no buscar desgracias adicionales.

El Battloid estaba parado otra vez... por ahora. Se puso vertical y lentamente comenzó a inclinarse hacia el otro lado. Los ayudantes voluntarios y la concurrencia dejaron salir un amplio surtido de exclamaciones y alaridos, y desaparecieron por seguridad. Los conductores saltaron de las cabinas de sus camiones y corrieron.

—¡Oh, no! —gritaron Minmei y Jason al mismo tiempo y se abrazaron el uno al otro.

Rick se agarró de los controles desesperadamente. Por lo menos tenía que tratar de evitar que este loco desenfrenado de metal hiciera más daño al restaurante.

El Battloid se sacudió al tratar de encontrar su equilibrio. Rick trató lo más que pudo, pero parecía que no podía hacer nada bien. Otra vez fue como si la máquina estuviera esperando que él hiciera algo más que sólo manipular los controles.

El Battloid dio un paso tembloroso y sus piernas se enredaron en

los cables; giró torpemente y cayó de espaldas hacia el otro lado de la calle, estrellando su espalda contra un edificio vacío que había sufrido serios daños por el bombardeo enemigo.

Se hundi6 haciendo crujir al edificio, hasta que terminó con su espalda reposando a medio camino de la calle y los talones enterrados en el pavimento. Cuando Rick estuvo seguro de que la máquina por el momento estaba estable, se limpi6 la frente otra vez.

—¿Oh, por qué a mí? ¿Cómo es que estas cosas no les suceden a otras personas?

En su camino de regreso al *Prometheus* y a la fortaleza dimensional el triunfante escuadr6n Veritech volaba en formaci6n cerrada.

Por supuesto que Roy estaba en el puesto del líder.

—Este es el Líder Skull, escuadr6n Veritech, a la *SDF-1*. Estoy regresando a la base. Encontramos al enemigo y limpiamos bastante sus maquinarias. Se retiraron de la atm6sfera de la Tierra.

El rostro de Lisa estaba en la pantalla.

—Loable trabajo, comandante Fokker, yo... —Claudia la sac6 abruptamente del camino y dijo:

—¡Déjame hablar con él! ¿Roy, cuantos derribaste tú?

—S6lo diez esta vez —dijo con indiferencia. Pero hacia la noche esa batalla aérea sería una leyenda, la lucha más dura por la supervivencia que se haya visto. Se analizaría y se volvería a pelear cada milisegundo cientos de veces entre los oficiales de vuelo.

—Te estás descuidando, Roy —le dijo Claudia, pero su tono no era para nada crítico.

—Bueno, no te preocupes Claudia; lo compensaré —¡Algo me dice que voy a estar lleno de oportunidades!— ¿Tienen alguna noticia del VT uno-cero-dos?

—¡Ese caso de la secci6n ocho! —Lisa volvi6 a la pantalla—. Aterriz6 en Ciudad Macross como Battloid y est6 haciendo más daño que los invasores.

—Gracias, Lisa —Roy se ri6.

—¿Quién es? No está registrado como un piloto de cazas.

—No te preocupes; yo lo conozco.

—Bueno, seguro que necesita ayuda —Lisa frunció el ceño.

—Mejor voy a revisarlo —Roy cambió a la red táctica—. Este es Líder Skull al grupo. Ustedes muchachos diríjense de vuelta al *Prometheus*. Tengo que ocuparme de algunos asuntos en la ciudad. Capitán Kramer, llévelos a casa.

—Lo haremos, jefe.

Roy se abrió de la formación e, incrementando el alcance de las alas para más altas velocidades, cayó a plomo hacia Ciudad Macross.

—Debí haberlo pensado mejor antes de dejarlo solo —murmuró.

No era muy difícil notar el lío causado por un Battloid fuera de control, incluso en una ciudad que había conocido la salpicadura de los rayos de energía y los cohetes extraterrestres.

—¡Ajá! ¿Eres tú, Rick, hijo? —la máquina de guerra estaba apoyada contra un edificio.

—¡Hola, Roy! ¡Soy yo!

—¿Tuviste un día ocupado ahí abajo, eh?

—Podría decirse que sí, Hermano Mayor —suspiró Rick.

La gente en las calles divisó a la aeronave que se acercaba. La insignia de la calavera era bien conocida; pero el día de hoy las cosas tenían una forma de ser inesperadamente peligrosa, y nadie intentó arriesgarse más.

Todo el mundo corrió a cubrirse otra vez. Para descender, Roy cambió su nave a modo Guardián... la configuración de águila mecánica que permitía un mayor control en los ajustados ámbitos de una calle de ciudad. Se asentó sobre el brillo azul de los propulsores de sus pies y acunaba su arma en el brazo derecho.

En un segundo la nave de Roy se había mecamorfoseado a Battloid. Su estructura de hombros le daba la apariencia de tener una gran fuerza bruta, como un jugador de football americano. Rick tuvo ganas de frotarse los ojos.

—Yo debo estar soñando esto; ¡no lo creo!

—¡Ese avión también se convirtió en robot! —aulló Jason, acurrucado con Minmei detrás de una cornisa caída.

—¡Sorprendente! —murmuró Minmei. Todo era tan extraño y casi mágico... le hizo preguntarse cuál era el nombre del joven

piloto.

—Unas pocas pequeñas reparaciones y podrás poner de vuelta en acción a ese Battloid —dijo Roy alegremente.

—¿De qué estás hablando? —aulló Rick en la red—. ¡Yo ni siquiera sé lo que es esta cosa, y si piensas que estoy calificado para manejarla, sólo mira bien los alrededores del vecindario!

Pero observó su pantalla con total fascinación cuando la máquina de guerra de Roy cambió su arma del brazo derecho, sacó una larga y gruesa banda tan fuerte como una eslinga de cargas pesadas y asentó el arma sobre su hombro izquierdo, todo tan despreocupadamente como un soldado de infantería pasando a posición de armas en bandolera.

Rick miraba boquiabierto. Ningún sistema de control en el mundo podía hacer eso. Tal vez una batería de computadoras, si la secuencia se trabaja por adelantado con precisión. Pero lo que Roy había hecho le tomó no más que una mirada rápida.

Eso le trajo a la mente lo que Roy le había dicho a Rick sobre el casco de vuelo Robotech... la gorra pensante: «No sólo pilotas una nave Robotech; la vives».

—Si puedes volar un caza, puedes operar un Battloid —comenzó Roy—. Te diré qué hacer. Los movimientos gruesos se inician por medio de controles manuales... por ejemplo, las piernas se guían con cuatro pedales.

—¿Cuáles pedales, Roy? ¡Tengo casi cincuenta controles aquí adentro!

—Cincuenta y siete, si quieres ser detallista. Pero esa no es la parte importante. Sólo cállate y escucha; te explicaré mientras hago las reparaciones.

El Battloid de la insignia de la calavera extrajo tentáculos de metal, servo herramientas y un sinfín de otros aparatos avanzados de reparación. En segundos una máquina de guerra Robotech estuvo arreglando a la otra. Saltaron chispas de soldadura y se reemplazaron los componentes dañados.

—El secreto es ese casco —dijo Roy—. Tú generas movimientos generales o secuencias con tus controles, pero la robotechnología toma su guía real directamente de tus pensamientos. Tienes que pensar a tu nave a través de las cosas que quieres que haga.

—¿Ahora vas a decirme que estos montones de chatarra están vivos? —Rick no pudo evitar ser escéptico a pesar de todo lo que había visto.

—Lo suficiente para mí —dijo discretamente Roy—, aunque vas a tener que tomar tu propia decisión sobre eso. Todavía no entendemos la fuente de poder —la misma fuente de poder que dirige a la *SDF-1*, pero sabemos que de alguna manera no es sólo un... un proceso físico descontrolado. De alguna manera está involucrado con las fuerzas de la vida; con el conocimiento... con la mente, si es que no me estoy poniendo muy fantasioso para ti.

—Yo creo que tú te estás buscando una licencia médica, categoría psiquiátrica.

—Velo por ti mismo —Roy se rió entre dientes—. Sólo presta atención y te diré cómo se hace.

Capítulo 10

Cuando se pone a prueba una nueva aeronave o se determina el máximo rendimiento, a los pilotos les gusta hablar de «empujar el sobre».

Están hablando de un modelo bidimensional: el fondo es la altitud cero, el suelo; la izquierda es la velocidad cero; la parte superior es la máxima altitud y por supuesto la derecha es la máxima velocidad. De manera que los pilotos están empujando esa esquina superior derecha del sobre.

En lo que nadie trata de explayarse es en que allí también es donde el franqueo se cancela.

Recopilación de registros del almirante Rick Hunter.

En los siguientes minutos Roy reparó la máquina derribada de Rick mientras iniciaba a su amigo en los secretos de manejar la robotechnología.

—Estos Battloid están clasificados como ultra secretos —concluyó cuando la máquina hacía la última reconexión—. Y en esto vas a tener que confiar en mí: hay una razón para ello.

Todo el equipo de reparación se retrajo ingeniosamente dentro del enorme cuerpo del Battloid de la calavera.

—Ya, eso debería bastar —dijo Roy—. Ahora conecta la energía y aprieta esos pedales lentamente como te dije.

Rick lo hizo y pensó su recorrido a través de la maniobra como Roy le había instruido. Enfocó el ojo de su mente en el acto de ponerse de pie; algo en el otro extremo de los receptores del casco sintió y entendió.

El Battloid de adornos rojos de Rick Hunter se levantó

cuidadosamente, poniéndose de pie para permanecer hombro a hombro con el de Roy.

—Eso es todo —dijo Roy—. ¿Ves que fácil es?

Más que fácil; era la exaltación. Se sentía como si hubiera una retroalimentación o un mecanismo de reciprocidad en el sistema de control; Rick se sintió como si él fuera el Battloid: de varios pisos de alto. Indestructible. Armado con las armas más avanzadas que había desarrollado la raza humana. Con un poder de vuelo que realmente hacía que el *Mockingbird* pareciera primitivo, y con puños herrados en metal capaces de abrirse camino a través de una montaña pequeña. Mareado por la sensación, Rick tomó un profundo respiro.

—¡Eso es! —lo estimuló Roy—. ¿Ves que fácil es?

—Vaya, aprendes rápido, ¿no es cierto? —dijo una voz en los receptores externos del Battloid desde el nivel de la calle.

Rick bajó la vista hacia Minmei y Jason. Automáticamente guió a la máquina Robotech para que se inclinara hacia la chica.

—Gracias.

Una voz desde la distancia —la de la tía Lena de Minmei— gritó:

—¡Minmei! ¡Jason! ¡Vamos!

—¡Hasta luego! —Minmei saludó a Rick con la mano—. ¡Nos están evacuando!

Ella trotó con Jason a horcajadas, moviendo sus largas y esbeltas piernas con una gracia inconsciente.

Fuera de las costas de isla Macross las marejadas llegaron, chocaron e hicieron subir grandes vertientes de espuma, y las aguas se volvieron a reagrupar para su eterno asalto hacia la playa.

Pero el siguiente oleaje trajo una clase diferente de asalto.

Los Battlepod zentraedi se lanzaron directamente fuera del agua sobre sus propulsores: versiones de scouts y de oficiales, y los modelos estándar configurados para transportar una variedad de equipamiento y armas pesadas.

Su diseño bípedo con las piernas articuladas hacia atrás se parecía al de un avestruz. Ellos aterrizaron en la costa y

comenzaron a avanzar a largos saltos como unos canguros monstruosos, balanceando los sensores en busca de información y las armas listas para la matanza. Se organizaron en formación de batalla y cubrieron kilómetros en segundos.

Pronto se asomaron sobre una serranía y bajaron la vista hacia Ciudad Macross.

El informe estaba llegando al puesto de mando de Breetai.

—Los Battlepod y las naves de reconocimiento han aterrizado, comandante. Estamos listos para atacar.

Los ojos saltones de pupilas inquisidoras de Exedore giraron para mirar a su señor. Breetai se inclinó hacia un receptor de comunicaciones.

—¡Atención a todo el personal de artillería! Prepárense para cubrir al grupo de asalto de reconocimiento.

La orden de «Preparen Todas las Armas» y las órdenes complementarias sonaron a través de la armada. Se sacaron y alinearon las largas bocas de las armas. Ciudad Macross estaba en sus miras.

—Mejor nos vamos, Rick —le dijo Roy a su amigo—. Todavía tenemos una guerra que pelear.

—¡Yo todavía estoy bastante inseguro con todos estos controles robot! No estoy listo para el combate.

—¡Robot no, Robotech! —corrigió Roy automáticamente—. Mira, empuja el control marcado G y cambiaremos a configuración Guardián.

—¿Qué diablos es un Guardián? —murmuró Rick mientras cumplía—. ¡Aquí va!

—Los controles del Guardián se operan casi igual que los del avión caza —le explicó Roy mientras el Veritech cambiaba y

mecamorfoseaba en una máquina de guerra con forma de ave de presa—. Puedes volarlo sin ningún problema.

—Ya escuché eso antes —le recordó Rick.

Sobre una colina que tenía vistas hacia la ciudad, la multitud esperaba que se los admitiera en el sistema de refugios subterráneos. Los refugios siempre habían tenido la máxima prioridad en los proyectos de construcción de la isla, a causa de la naturaleza peligrosa de las investigaciones y experimentaciones que se realizaban en la ciudad, y por el hecho de que Macross sería ser el principal blanco militar de cualquier agresor.

Minmei y sus parientes estaban esperando con inquietud junto con los otros cientos y cientos. El personal de emergencia trabajaba lo más rápido que podía, pero mover bajo tierra a la gran población era, en el mejor de los casos, una consumición de tiempo.

El trabajo que enfrentaban los grupos de defensa civil era abrumador, y para rematarlo, mucha gente se detenía en las lomas para tratar de encontrar a amigos o familiares antes de bajar.

Pero eso no fue lo que hizo que Minmei se detuviera a medio camino.

—¡Mi diario! —ella lo tenía desde que fue lo suficientemente mayor como para sostener un lápiz, achicando su escritura para que cada página contuviera semanas de apuntes en un único y pequeño volumen grueso. En él estaban todos sus pensamientos, ideas, recuerdos, historias, las letras de sus canciones, su poesía y sus anhelos secretos, y la carta más importante que ella había recibido en su vida... el diario de Minmei era su vida—. ¡Tengo que volver por él!

—¡No seas tonta, niña! —gritó Lena—. No se puede volver.

Jason miraba con los ojos bien abiertos; él era muy joven para haber conocido a Minmei antes de que ella viniera a vivir a isla Macross, pero ya la adoraba.

Minmei esquivó las manos restrictivas de su tía y eludió el esfuerzo de su tío Max por detenerla. ¡La gente mayor no entendía!

—¡No me tomará ni un minuto conseguirlo, no se preocupen! — después Minmei se fue haciendo volar sus piernas de gacela.

—¡Vuelve! —la tía Lena se movió para seguirla pero dos trabajadores de defensa civil le bloquearon el camino, demasiado tarde para retener a Minmei. El tío Max, Jason y los otros se quedaron observando cuando la veloz figura de Minmei desaparecía en la ciudad. Por encima de todo se asomaba la *SDF-1*, bloqueando al sol.

Breetai estudió los modelos computarizados de la misión. Hizo un asentimiento de aprobación de mala gana.

—Todas las armas en espera para el bombardeo, comandante Breetai —informó un técnico.

—Bien. Que las fuerzas de asalto arrasen con todo en su camino, pero que tengan cuidado de no dañar esa fortaleza de batalla. ¡La quiero intacta! —una vez que los Battlepod hubieran establecido una cabeza de playa, su plan se llevaría a cabo y la obra maestra de Zor pertenecería a los zentraedi.

¡Y entonces dejen que los Maestros Robotech tengan cuidado!, pensó Breetai.

Los elementos a la cabeza de la armada abrieron fuego; aquellos rezagados en la densa nube de naves de guerra no podían disparar sin arriesgarse a golpear a otra embarcación zentraedi.

Un torrente de rayos extraterrestres cayó como la lluvia de una tormenta de primavera infernal en la zona de matanza que rodeaba a la fortaleza dimensional. Los edificios parecieron derretirse como velas en un fogón, acribillados por cientos de rayos angostos de alta intensidad, derrumbándose en nubes de yeso y polvo de hormigón.

La muerte se esparció entre los grupos de defensa civil, el personal de emergencia, los escuadrones antisaqueos y los otros quienes valientemente habían permanecido atrás. Los gritos de muerte y los chillidos de los heridos se elevaron sobre las olas de calor de las salpicaduras de los rayos. Los Battlepod zentraedi observaron todo esto desde su punto panorámico sin perturbarse:

avestruces armados sin alas ni cabeza, erizadas con sensores y armas pesadas. Divisaron los refugios y las masas que esperaban para entrar en ellos, pero ellos no tenían importancia. Breetai sólo estaba interesado en la *SDF-1*.

—¡Están invadiendo la ciudad! —aulló Rick desde la cabina de su Guardián. Se dio cuenta de que sólo fue una casualidad que él se estrellara fuera de la zona de matanza.

—Sí; parece que la evacuaron justo a tiempo —dijo Roy al inspeccionar el paisaje arrasado desde el ventajoso punto panorámico más alto de su Battloid. También se actualizó sobre la ubicación de los refugiados y de los diversos puntos de reunión.

—Si estás preocupado por tu novia, podríamos ir a preguntar por ella.

Roy cambió a modo Guardián y le mostró a Rick cómo se hacía; los dos Guardianes se deslizaron como patinadores impulsados y los propulsores de los pies los llevaron a unos cuantos centímetros sobre el suelo sobre una alfombra de ráfagas, a salvo de la mayoría del fuego enemigo.

—¿Tenemos precisado de dónde provienen los bombardeos? —preguntó bruscamente Gloval.

—Una flota de naves espaciales, número incierto pero muy, muy alto. En la órbita lunar —le dijo rápidamente Vanessa.

—Más allá del alcance de nuestros misiles —Gloval se frotó la mandíbula.

Lisa levantó la vista de sus monitores.

—Capitán, se está acercando una fuerza de asalto desde el este, distancia de trece kilómetros —era su trabajo y su derecho, así que agregó—, necesitaremos apoyo aéreo, señor.

—Pídelo —Gloval hizo un rápido asentimiento que sacudió un

poco su birrete.

Los Battlepod zentraedi saltaron desde los acantilados que rodeaban la ciudad y comenzaron su rápido asalto. Se movían con la máxima velocidad y precisión de la robotechnología avanzada, brincando ágilmente o deslizándose rápidamente al nivel del piso sobre los propulsores de sus pies.

En las afueras de la ciudad abrieron los puertos de las armas y las cubiertas de los bastidores de los misiles, y después abrieron fuego. Los misiles dejaron estelas abrasadoras en forma de tirabuzón que convergían hacia la *SDF-1*. Los rayos láseres discontinuos golpearon de forma intermitente a los blancos de ocasión.

La descarga inicial se encontró con defensas fuertes. Los técnicos de ECM (Contramedidas Electrónicas) bloquearon a la mayoría de los misiles o los interceptaron los contramisiles; a los rayos también los rechazó la superficie altamente refractaria de la *SDF-1* o fallaron al no darle más que calor a la armadura de la gran nave a ese alcance y en aquellas condiciones atmosféricas. Aun así, la situación estaba a punto de ponerse horrenda si Gloval no podía cambiar las ecuaciones tácticas.

—Esta es la *SDF-1* —transmitió Lisa serenamente—. Atención a todos los elementos de asalto: estamos bajo ataque y necesitamos asistencia inmediata. Veritech entrantes, cambien a modo Battloid.

Las redes tácticas estaban en silencio y la situación parecía desesperada. Lisa consideró el hecho de que a pesar de todas las creencias a las que ella se había adherido, tal vez los humanos no estaban destinados a dominar la Tierra. Justo en ese momento Gloval jugó su carta.

Los Veritech se abatían con suprema confianza a través de un cielo atestado con las explosiones esféricas de los misiles, evadiendo las intensas erupciones de la artillería que los rodeaban. Más VTs se unieron a la formación que estaba al frente y en segundos eso fue una reunión de águilas vengadoras.

—Entendido *SDF-1* —dijo lentamente el capitán Kramer—. Estamos llegando. Todos los Veritech cambien a modo Guardián.

Por debajo, las máquinas de guerra zentraedi saltarinas de cuerpos redondeados estaban devastando Ciudad Macross, disparando indiscriminadamente y haciendo estragos por amor al arte. A Kramer le disgustaba la disciplina pura tanto como a Roy. Por eso dijo:

—Escuadrón Skull, área cuatro-uno. Escuadrón Vermilion, área cuatro-cuatro —Kramer dio las otras asignaciones de zonas de ataque tal como lo habría hecho Roy. Los dos habían sido compañeros lo suficiente como para que Kramer lo supiera de memoria. Y lo suficiente como para que Kramer supiera cómo poner a los Veritech en camino—. Muy bien, muchachos; vayamos hasta allá abajo y arrasemos con algunos.

Las naves picaron en formaciones cerradas; los pilotos sólo hablaban de forma imprecisa.

Los Battlepod zentraedi estaban tan acostumbrados a salirse con la suya que no parecieron entender que con la llegada de los Veritech los puntos de ventaja habían cambiado.

En segundos los Veritech se encontraron y pelearon con el enemigo, y los extraterrestres comenzaron a recibir un mensaje de rechazo.

Las naves Robotech en modo Battloid estaban volando a diestra y siniestra a los Battlepod zentraedi sin cabeza y amenazantes. Los gigantescos hombres de infantería mecánicos tenían toda la habilidad que sus pilotos habían absorbido: si sus armas de corto alcance eran algo inferiores a las de los zentraedi, importaba muy poco en el combate urbano calle a calle, casa a casa, y a menudo cara a cara.

Los Battlepod extraterrestres acecharon y zapatearon a través de Ciudad Macross con las bocas de las armas inclinándose y disparando a voluntad, y los cohetes soltaron estelas retorcidas por todos lados y dejaron un infierno detrás de ellos.

Un escuadrón de asalto zentraedi de elite no había encontrado nada que pudiera detenerlo. Sus miembros no supieron que una mira computarizada asistida estaba apuntando al líder del escuadrón... hasta que fue muy tarde.

Una poderosa arma Gatling abrió fuego y soltó los casquillos en un chorro continuo, cien veces más ruidosa que una motosierra. Las postas transuránicas reducidas de alta densidad que se usaban en las balas Robotech terrestres eran muy pesadas y en el impacto liberaban devastadoras cantidades de energía cinética. Una generación antes, los cañones automáticos 30 mm habían sido capaces de volar tanques. Se había hecho un gran progreso desde entonces.

Los Battlepod se encontraron con que habían descendido dentro de un avispero muy enfurecido y que las picaduras eran mortales. Después, el líder del escuadrón desapareció en una salva de alta densidad.

Un pod balanceó los cañones superiores e inferiores de su peto mientras su operador decidía hacia dónde dirigir su próximo disparo. De repente un Battloid atravesó el edificio junto a él y levantó la boca de su Gatling para golpear al pod y desequilibrarlo. El pod tenía el doble del tamaño del defensor y tres veces su volumen. Pero el golpe hizo tambalearse hacia atrás al vehículo extraterrestre.

El pod trastabilló, le fallaron las piernas y terminó contra un poste de luz metálico, doblándolo. El Battloid niveló su Gatling y abrió fuego, produciendo un sonido como el de ropa rasgándose amplificado hasta el punto que era ensordecedor.

El pod zentraedi se convirtió abruptamente en una esfera en expansión de llamas, gas y chatarra. El Battloid giró buscando más enemigos sosteniendo su arma en alto.

Era lo mismo en toda la ciudad; olas y olas de pods descendían o saltaban a la costa y los Battloid los enfrentaban y los vencían utilizando tácticas extraídas de los grupos SWAT y de los grupos de

carabineros de la artillería. Los Battloid se manejaban como guerrilleros en fantástico aumento.

Y los zentraedi aprendieron que el precio de la Tierra, metro por metro cuadrado, prometía ser muy alto.

Rick se deslizaba detrás de Roy, retorciéndose y escabulléndose a través del laberinto de guerra en que se había convertido Ciudad Macross. La proa de la *SDF-1* se suspendió como una maza sobre ellos, mientras que las trazantes dibujaban líneas en el aire, los misiles explotaban y las ráfagas de rayos extraterrestres rayaban a lo largo de toda la zona de combate que rodeaba a la fortaleza dimensional.

El costado de un edificio de departamentos fue golpeado y se derrumbó hecho pedazos. Rick zigzagueó alrededor de él con su Veritech todavía patinando en modo Guardián, al mismo tiempo que trataba de formar en su mente la razón de por qué de repente esta chica Minmei era tan importante para él que atravesaría esto por ella.

Capítulo 11

En un Veritech tienes todas las formas en que puede morir un piloto y casi todas las formas de señales de daños con que podría encontrarse una legión de infantería; bueno: tal vez si exceptuamos al soldado de trinchera, aunque yo no apostaría a eso.

Piloto anónimo del Escuadrón Lobo, citado por Zachary Foxx H, VT: Los Hombres y los Mecha.

Más pods saltaron dentro de Ciudad Macross disparando con todos los cañones del peto.

Un pod dañado que las dotaciones de misiles de la *SDF-1* golpearon durante su descenso se encendió como un cometa ardiente, atravesó un edificio y dejó una huella de devastación a través de los techos de tres más antes de golpear con un último como un infierno que lanzó escombros en arcos de cientos de metros.

Los artilleros Battloid blandían sus cañones de blanco en blanco en las cercanías. Los pods estaban retrocediendo en todos los frentes. En la red corría la noticia de que un tipo del Vermilion que se quedó sin municiones había bajado a uno con un cargador del Battloid y lo había trabajado bien con los pies del Battloid.

En otro lugar, Minmei corría por su vida.

Pareció tan fácil al principio: el diario en su mano, el camino de regreso al refugio sin obstrucciones... hasta que los pods bajaron en cada rincón del vecindario.

Minmei no supo dónde había perdido el diario; ella sólo había pensado en salvar su carta tan importante. Ahora solamente pensaba en vivir. Ella corrió por las calles haciendo volar las largas piernas y los mechones de cabello de media noche cuando los pods se acercaron. Las explosiones y los cohetes demolieron los edificios a su alrededor y los escombros en llamas casi la aplastaron una docena de veces.

Pero, benditos sean, también estaban aquellos fantásticos defensores con forma de robot, como ese que casi se había hundido en el restaurante de su tía. Estaban por todos lados, saltando, arremetiendo y disparando, dando incluso más de lo que recibían. Eran como gigantes con armaduras, pero en ese momento ninguno estaba en los alrededores. Y ahora era cuando Minmei necesitaba uno.

Un Battlepod zapateó detrás de ella, hundiéndose profundamente en el pavimento los pies en forma de pezuña con cada paso. En aquel momento Minmei entendió que la suya era solamente una pequeña vida, sin ningún significado en la gran escala de las cosas. Había tantas cosas que nunca había hecho y tan poco tiempo para reflexionar sobre las cosas que tenía... la crueldad de esto la sacudió de inmediato: el milagro de la vida, lo irremplazable de cada momento.

El Battlepod estaba casi sobre ella, golpeando la calle con los cascos blindados. Las vibraciones tiraron de cabeza a Minmei, que se raspó los codos, manos y rodillas, mientras que las explosiones retumbaban a su alrededor. Ni siquiera tenía dieciséis años, pero en ese momento comprendió que esa guerra no tenía requerimientos de idoneidad.

Los gigantescos pies del pod se estrellaron detrás de ella. Minmei se encogió con las manos sobre la cabeza y esperó que la muerte la llevara. Una enorme pezuña descendió.

—¡No, no lo harás! —dijo justo en ese momento una voz amplificadora.

Ella escuchó una explosión y el ruido de metal desgarrado, y sintió que las olas de calor le quemaron la espalda. Se rompió una armadura y hubo una caída que sacudió el suelo. De alguna forma nada de esto la hirió.

Minmei reunió coraje y abrió los ojos. Habían arrojado al pod hacia atrás por los aires, y una pierna en llamas le colgaba suelta. Dos grandes alas metálicas la protegían.

Ese era otro ejemplo de aquellas cosas que la gente llamaba Robotech, esta vez en la forma de águilas de metal que parecían asumir a voluntad. Había algo familiar en la voz de este.

—Tranquilízate, dulzura; estás bien —dijo Roy por los altavoces externos—. Nosotros te protegeremos —Roy se dio vuelta hacia Rick—. ¡Cuida a la chica! ¡Yo mantendré a los pods fuera de nuestras espaldas!

Minmei se esforzó para ponerse de pie cuando la máquina de la calavera y las tibias cruzadas se elevó, mecamorfoseó y se hizo más alto y de forma humana de una manera que a ella le recordó a un origami fantástico.

—¡Tú no puedes encargarte de ellos solo! —objetó en otra voz que ella recordaba el segundo, el rojo que ella había reconocido del restaurante de su tía y que permaneció en el modo de hombre ave.

—¡No discutas conmigo! —Roy levantó su Gatling para cubrir el área—. Yo atraeré su fuego mientras que tú la sacas de aquí.

Rick bajó al Guardián usando los controles y el conjunto de imágenes mentales, y extendió su mano izquierda hasta que los dedos del diámetro de postes de teléfono estuvieron listos para sujetarla.

—¡No te muevas! —gritó cuando levantó la carlinga de la cabina—. ¡Voy a levantarte!

—Pensé que eras un aficionado —para ser una damisela en apuros, Minmei mostró un cierto escepticismo.

La mano antropomórfica la envolvió suavemente; Rick transpiraba balas mientras se concentraba, y supo que nunca volvería a intentar algo como esto con un simple sistema de control físico. Solamente la robotechnología permitía una discreción tan sutil.

Minmei tuvo la fugaz sensación de que debía estar usando una toga blanca y se preguntó si la iban a llevar a la cima de un rascacielos o la iban a arrastrar al medio de una batalla entre dinosaurios.

Por supuesto que en cierta forma eso ya había pasado.

—¿Eh? ¡Oh, no! —gritó cuando los dedos se cerraron a su alrededor.

—¡Confía en mí, puedo hacerlo! —le dijo Rick.

—¿Tengo que hacerlo? ¡Ohhh!

Pero el agarrón, aunque firme y seguro, no la destrozó ni la estrujó hasta convertirla en gelatina y ni siquiera la lastimó... al menos no mucho. Lo cual fue afortunado, porque había pods extraterrestres soltando misiles por encima de sus cabezas.

—¡Sal de aquí, Rick! ¡Enciende tus propulsores! —aulló Roy, levantando su Gatling y deslizándola de atrás para delante hacia los misiles que se acercaban, esperando interponerse un poco en los eventos.

Los propulsores de los pies del Guardián bramaron; Minmei dio un alarido y ambos se encontraron en el aire, apresurándose a alejarse del ataque.

Roy alcanzó a un número de misiles y los hizo detonar, los que a su vez sacaron de circulación a otros cuantos —«fratricidio» solía llamarlo la gente de artillería— cuando viraron los unos hacia los otros, o cuando detonaron por la fuerza de las primeras explosiones. Pero los sobrevivientes lograron pasar y doblaron hacia Rick, quien no se atrevía a ir más rápido con Minmei en la mano por temor a que la ráfaga de aire y las fuerzas de las maniobras pudieran hierla o matarla.

Sólo podía inclinarse y esquivar ajustando su engranaje de interferencia y contramedida como Roy le había enseñado, y esperar lo mejor. Los misiles pasaron zumbando a su alrededor para ir a estrellarse muy abajo en la calle.

Minmei escondió la cabeza en las manos, después levantó la vista y vio que Rick le estaba gritando algo, demasiado distraído como para recordar usar los altavoces externos.

—¿Qué estás diciendo? ¡No puedo oírte!

Roy divisó un pod justo cuando sus radares y otros instrumentos lo encontraron; estaba parado sobre una serranía arriba del barrio que habían construido dentro de la ladera de un cerro. El pod zentraedi se lanzó hacia él desde la cima; Roy dio vuelta la boca de su arma y lo atrapó en medio del aire. Este cayó como una lluvia de fuego y fragmentos rotos.

Sus campos de fuego estaban despejados por el momento. Se conectó con Rick por medio de la red táctica.

—¿Cómo va? ¿Todo bien?

—Ahora estoy bien, Roy...

—No me importa cómo estás tú; ¿cómo está la chica?

—¿Eh? Em, bien. Hasta ahora —Rick comenzó un ascenso firme y suave para quedar por sobre la batalla y fuera del alcance de los pods de Ciudad Macross.

—Ella es una contribuyente. Si algo le sucede, tú me responderás a mí.

Rick esbozó una sonrisa sarcástica hacia la imagen de Roy la pantalla.

—No lo olvides, Hermano mayor: yo la vi primero.

—¿Conque esas tenemos, eh? ¡Lo discutiremos más tarde!

Roy volvió al trabajo que tenía entre manos y dejó que Rick se ocupara de Minmei, a quien la velocidad del aire le estaba azotando el cabello en la cara. Ellos ya habían ganado la suficiente altitud como para que estuviera bastante frío ahí afuera; ella no podría soportarlo mucho, sumado al esfuerzo que le significaría sencillamente respirar.

—Caray, tengo que buscar la forma de introducirla dentro de la cabina —murmuró. Fue justamente en ese momento cuando sus instrumentos hicieron sonar una advertencia urgente—. Oh, oh...

En Ciudad Macross, un pod extraterrestre adaptado para cargar armas pesadas se levantó desde su escondite detrás de un centro comercial demolido. Tenía montados dos grandes bastidores de proyectiles, como gemelos siameses que exhalaban fuego. Los misiles vinieron hacia él recalentando el aire con sus impulsores.

Él entró en todas las contramedidas y salió como bala en un ascenso propulsado. Tiró del timón para realizar un ladeo y perdió a unos cuantos de los buscadores, pero no fue capaz de decir si las fuerzas de la maniobra habían dejado sin sentido a Minmei o la habían matado.

Rick se evadió, deseando tener la habilidad de Roy para esta clase de cosas, con el rostro blanco por pensar en que podría fallar, que podría dejar caer a Minmei y que ambos perderían la vida.

Milagrosamente, los evitó a todos... casi.

Un golpe en la articulación del codo del brazo que sostenía a Minmei hizo que este se partiera a la mitad. Minmei cayó gritando como en cámara lenta. A Rick le pareció que pudo oír al grito desvanecerse como un eco.

Se ladeó y picó tras ella, aunque todos los libros y todos los expertos habrían dicho que no había nada en el mundo que él pudiera hacer para salvarla. Se concentró en aquellos dedos... pensó y pensó mucho.

Los dedos de tamaño de postes de teléfono de la mano Robotech se abrieron lentamente en respuesta a la orden de su gorra pensante, y Minmei se encontró flotando en el aire. El suelo, el cielo, el viento... nada parecía moverse excepto ella y la mano gigante.

Ella se dio cuenta de que todavía estaba gritando, se detuvo y empujó para liberarse, por cualquier cosa buena que eso pudiera representar. Después algo apareció a su lado, igualando velocidades y distancias. Ella parecía estar flotando... nadando fuera de la carlinga como una sirena de ensueño, pataleando y forcejeando hacia él con sus ojos tan grandes, aterrorizados y suplicantes que la simple vista de ellos casi lo paralizan.

Más temprano ese mismo día Rick habría dicho que ninguna aeronave existente podría hacer lo que el Veritech estaba haciendo ahora. Se acercó a Minmei abriendo la carlinga (él habría dicho que si a la carlinga de una nave se la expone a esfuerzos aerodinámicos como aquellos, estos la arrancarían como a un pedazo de papel aluminio), en fiel obediencia a sus órdenes e imágenes.

El cabello negro de ella permanecía rígido hacia atrás alrededor de su rostro, y las piernas blancas pataleaban como las de un nadador. Ella planeó hacia él con los brazos estirados. En ese momento él supo que si no la salvaba la vida dejaría de tener sentido.

Todavía existían el embate del aire y la succión que creaba el propio caza; estos lo arrebataron cuando Rick se levantó para introducirla dentro del caza, con los arneses de seguridad sueltos. A ninguna nave, ni siquiera una nave Robotech, la habían expuesto a demandas tan exigentes.

Se aferró fuertemente al marco del parabrisas, manoteó para

tomar la mano de ella, erró, manoteó, y erró otra vez, todo el tiempo imaginando la posición precisa del Veritech a velocidades que se acercaban al punto de desmayo. Al quedar con un solo brazo su aerodinámica cambió radicalmente, y el caza se esforzó para cumplir.

Ellos iban a la deriva como bailarines de gravedad cero; todo parecía tan silencioso y lento, y también tan rápido cuando el aire los pasaba chillando, y con la muerte a sólo un momento de distancia.

En ese momento de alguna forma sus dedos se juntaron. Más tarde, Rick nunca recordaría haberle dado forma a la imagen, pero el Veritech alteró su picada de muerte para volver y atraparlos, metiendo a Minmei en el asiento trasero y a Rick en el delantero.

Una última ráfaga de viento desgarrador casi lo arrastró, pero la carlinga que descendía lo empujó de vuelta hacia la seguridad, aunque él no recordara haberle dado la orden de que se cerrara.

—Tal vez, si el piloto vive a la nave, ¿la nave vive al piloto? — especuló.

Aferró los controles manuales y estabilizó otra vez al Guardián. Por detrás hubo una última gran explosión de varios misiles extraterrestres que cometieron fratricidio. Los propulsores de los pies del Guardián resplandecieron y Rick orientó su nave. Descendió a través de los escombros y el humo para hacer un aterrizaje sacudido, temblando y secando su frente mientras que Minmei por fin cedía a los sollozos en el asiento trasero.

—Ahora estamos a salvo —Rick se dio vuelta hacia ella—. Por favor no llores.

El Guardián iba en un descenso lento y tranquilo con sus pies a solo unos centímetros por sobre las calles de Ciudad Macross. Minmei se limpió la nariz con el dorso de su mano.

—Ahora estoy bien. ¡Oh, no! —sus ojos se abrieron como platos... de un azul tan extraño, volvió a pensar él... enfocados por sobre el hombro de él.

Incluso mientras giraba en su mente brotó una imagen de lo que el Guardián debía hacer; sus talones atraparon el pavimento y se enterraron, mientras que los propulsores se encendieron para retrodisparar.

Un Battlepod se había apostado a la vuelta de un edificio, en una intersección cortada más adelante... más tarde indicaron los informes que estaba dañado y cubriendo su propia retirada. El Guardián lo tomó por detrás, golpeando la parte trasera de sus rodillas con las alas derribándolo limpiamente.

El Guardián se deslizó patas arriba por casi cien metros hasta que se detuvo, y Rick y Minmei aullaron cuando el pavimento raspó la carlinga.

El Guardián se puso de pie; también lo hizo el pod, que parecía bastante inestable y mostraba daños serios.

—¿Estás bien? ¡Oh, no! ¡Minmei! —ella estaba hundida en el asiento trasero, pálida e inmóvil.

¿Y por qué? ¿Porque estas criaturas, o lo que sea que fueran, atravesaron miles de años luz para invadirnos? ¿Por más guerra? ¿POR MÁS GUERRA?

—¡Ahhh! —Rick apretó el gatillo de su timón de mando con furia, y la ametralladora lapidó al pod con una granizada de balas de alto calibre y alta densidad.

El frente blindado del invasor desapareció en una mezcla de explosiones, esquirlas y humo. Hubo explosiones secundarias, la máquina cayó al suelo como un avestruz moribundo y las piernas extrañamente articuladas se elevaron por detrás, cuando que el resto de ella se desbarató.

Rick se encontró con que todavía estaba apretando el gatillo de su timón... en vano; el cargador del Gatling estaba vacío. Quitó su mano exhalando un suspiro de alivio o de desesperación... no estaba seguro de cuál.

Y en aquel momento escuchó el sonido del metal que rechinaba y cambiaba.

En la espalda del pod se abrió una compuerta. Una compuerta de casi tres metros de diámetro.

Surgió una figura con casco y armadura. Era de la escala de los pods, más alto que la mayoría de los edificios de los alrededores. El visor de su casco era un frío e inmenso ojo de pescado color verde.

Tenía forma humana y venía hacia Rick. Y por primera vez en su vida Rick se congeló. No podía dejar a Minmei, ya no tenía municiones y, además... la visión de la cosa lo tenía completamente

atontado. Era tan grande como un Battloid.

El piso reverberó bajo sus pies; justo cuando Rick pensó que las cosas no podían ponerse peor, los brazos del ente se alzaron y retiraron un casco del tamaño de la cabina del Veritech y lo dejaron caer con cansancio.

El rostro podría haber sido el rostro de cualquiera que se encontrara en las calles de Ciudad Macross. El monstruo hizo ruidos retumbantes e ininteligibles de modulación grave, nada sorprendente en vista de lo largas y musculosas que debían ser sus cuerdas vocales si estas seguían la forma humana.

Se tambaleó y se balanceó hacia el Veritech. Rick se congeló en su asiento, sin nada para disparar y reacio a eyectar, o bien, a dejar abandonada a Minmei. Un terrible gruñido de barítono sacudió el aire, y el pie calzado en metal del gigantesco guerrero extraterrestre aplastó un auto.

El titán se estiró hacia el Veritech; él sabía con absoluta claridad quién era su enemigo y lo que Rick le había hecho. Aun muriendo tendría su venganza. Rick permaneció sentado inmóvil.

Hubo un estallido de altos decibeles, como el zumbido de una sierra que provenía desde algún lugar. El extraterrestre, cuyos dedos no estaban muy lejos de la carlinga de Rick, de repente pareció pálido y vulnerable. Cayó al suelo y no se movió más, doblando y colapsando la armadura de su cuerpo con su peso.

El extraterrestre cayó boca abajo y su espalda mostró las profundas penetraciones de los cartuchos de la Gatling Veritech. Casi había cumplido con su objetivo; su mano derecha había agarrado e inmovilizado el pie izquierdo del Guardián. El suelo se sacudió cuando se acercó Roy Fokker con su Battloid cargando el arma al hombro.

—¿Qué era eso? —Rick no podía sacudirse el terror—. ¿Qué era esa cosa, Roy?

—Eso es el enemigo —la respuesta de Roy sonó llana, grave—. Ahora sabes por qué construimos los Battloid, Rick. Para combatir a estos gigantes extraterrestres —el Battloid de Roy dio una patada al cadáver con su pie metálico.

Rick sintió como que estaba perdiendo la cordura. Tal vez ese era un buen momento para hacerlo, pero no tenía mucha

experiencia en la práctica.

—Pero... ¿ese tipo luce tal como un ser humano!

—Sí —resopló Roy—. Si alguna vez viste a un humano de quince metros de altura.

Capítulo 12

Lisa se dio vuelta hacia mí y gritó: «¡Me estoy hartando de ese nombre!»

Y yo pensé: Sr. Rick Hunter, quienquiera que sea, si sabe lo que es bueno para usted comenzará a pensar seriamente en buscarse un alias.

¡Ella no tenía idea de lo que nos habías traído, Roy!

Ninguna de nosotras la tuvimos.

*Tte. Claudia Grant, en una nota al Tte. Cdte. Roy
Fokker.*

Roy y Rick bajaron la mirada hacia el Goliath muerto que todavía tenía una mano aferrada con rigor terminal alrededor del tobillo del Guardián. Rick recién estaba comenzando a superar los temblores, pero todavía estaba atontado por la idea de que a esa hermosa e inocente Minmei, tan llena de vigor, le habían quitado la vida de una manera tan espantosa y sin sentido.

El pánico lo volvió a asaltar cuando se dio cuenta de que había más extraterrestres como éste —de que los pods y las naves de más allá de la atmósfera estaban llenas de ellos—, de que una plaga de ellos había llegado para devastar a la Tierra.

—Creo que ahora comprendes por qué mantuvimos este secreto —dijo Roy.

—Ingeniería informa que los cohetes de reserva están abastecidos y listos para encender —dijo Claudia—. ¿Cómo va progresando la

evacuación, Lisa?

Lisa todavía estaba observando con preocupación a Gloval.

—Todos los civiles fueron transportados a salvo hacia los refugios. Ciudad Macross está desierta excepto por las unidades de combate.

—Muy bien —Gloval acomodó sus hombros—. Enciendan los cohetes de propulsión. Despegaremos de inmediato.

—Espero que los impulsores de reserva funcionen —dejó escapar Lisa antes de que pudiera pensarlo mejor.

Gloval la tomó del hombro, la calma en el ojo de la tormenta, escondiendo el hecho de que él abrigaba los mismos recelos.

—Funcionarán, Lisa; —fueron diseñados y construidos en la Tierra... pero nunca los habían probado a toda potencia.

—¿Todo bien? —Gloval echó un vistazo a su alrededor—. ¡Despegue!

Lisa respondió manejando su terminal con los labios apretados.

—¡Sí, señor! —contestó el resto de las tripulantes del puente.

Los propulsores hicieron llover un fuego albi azul y después resplandecieron con gran vida como supernovas encadenadas, lanzando su furia contra el pavimento, levantando bruma y escombros, prendiendo incendios, elevando nubes de vapor de las fugas de agua que fluían por las calles y fundiendo el metal que había cerca. La *SDF-1* se elevó lentamente sostenida sobre el fuego de fusión por primera vez en una década.

—Atención Líder Skull —la voz de Lisa llegó por la red táctica—. La *SDF-1* está despegando. Se requiere apoyo aéreo.

El Veritech de Roy se mecamorfoseó de modo Battloid a modo Guardián.

—Estamos en camino. Cambio.

La nave de Roy se elevó sobre los propulsores de sus pies y comenzó a deslizarse cuando Roy se dio cuenta de que no había signos de vida dentro del caza de Rick.

—Anda, Rick; ¡vamos! ¡Sal de ahí! ¿Qué sucede contigo? —él subió como bala.

Rick se estiró y se sacudió la conmoción, mirando sin expresión a la imagen de Roy. Él no había tenido una vida protegida, pero nada lo había preparado para la clase de carnicería que había visto

en la última media hora, o para el espanto y el odio que había conocido. O para la consternación y la pena que sintió por el desvanecimiento de la hermosa jovencita hundida en el asiento posterior al suyo.

La *SDF-1* se elevó sobre sus propulsores. Rick permaneció sentado, dispuesto a verla irse sin él, incapaz de tocar los controles de una aeronave.

Se reclinó hacia atrás y bajó la cabeza, perdido y catatónico.

Roy, que salió para reunirse con los otros Veritech y proveerle protección a la partida de la fortaleza dimensional, de repente se dio cuenta que Rick no lo había seguido.

—¡Rick! ¡Contesta, Rick! —era inútil, no podía conectarse con su joven amigo.

El pobre chico tuvo que aguantar más de lo que podía manejar —decidió Roy—. Bueno, no puedo dejarlo ahí atrás.

—Líder de Skull a Control —volvió a la radio—. Lisa, voy a volver a recoger algo que dejé tirado en Ciudad Macross. El capitán Kramer puede dirigir al grupo de cazas hasta que yo vuelva, cambio.

—¿Por qué estás volviendo? —Lisa le frunció el ceño desde la pantalla del monitor—. Cambio.

—Rick Hunter del VT uno-cero-dos todavía está en tierra y tengo que sacarlo de ahí.

—¡Ese piloto es un impostor! —la expresión de Lisa mostró su sensación de ultraje—. He pasado por todas las listas y no encontré ningún registro de tal persona.

Roy estaba llevando su nave en un amplio ladeo.

—Bastante fácil de explicar. Él es un civil, así que no está inscripto en los registros militares.

—¿Un civil? —la mano de Lisa voló hasta su cara—. Pero yo pensé... ¡Ohhh...!

Y yo le ordené que pusiera en el aire su caza, ella pudo escuchar a Sammie y a las otras murmurar entre ellas.

—¿Qué? ¿Dijo él civil? ¿Quién es él?

De regreso en Macross, los fuegos de la batalla fulguraron con mayor furia cuando más pods entraron a la batalla dando largos saltos con ambos pies.

Dos pods y un par de Battloid estaban colocados a un alcance de cien metros —casi cara a cara—, con las estelas rojas de los trazantes y los rayos de energía azules entrecruzándose sobre la devastada panorámica de la ciudad.

Los escombros volaron por el aire y paredes completas explotaron en pedazos, mientras que se arrancaron o vaporizaron grandes fragmentos de pavimento.

Era una contienda casi pareja, pero otro pod llegó y abrió fuego justo cuando uno de los dos primeros cayó bajo una granizada del fuego perforante del cañón automático. Incluso otro zentraedi se presentó para concentrar el fuego del cañón de su pecho junto con el de los otros. Un Battloid se partió a la mitad a la altura de la cintura, dejando escapar fuego y estallidos, y se derrumbó y desapareció dentro de una detonación.

El segundo Battloid cambió a modo Guardián y se alejó deslizándose al ras del suelo, tratando de escabullirse. Los pods saltaron por detrás y se cerraron para la matanza. De repente los dos pods reventaron como fruta madura gracias a los golpes directos de un par de misiles Stiletto lanzados por un Veritech en picada.

Roy hizo un ladeo cerrado y entró otra vez. Otro Stiletto partió a la mitad la pierna del pod que iba a la cabeza y lo hizo caer, y este explotó como una caldera sobrecargada.

Viendo que el Guardián estaba a salvo en su camino a casa, Roy realizó un movimiento con las alas y descendió más abajo para buscar a través de la acumulación de humo, vapor y polvo.

Un sonido sacó a Rick de su postración y entorpecimiento. Descubrió que se había hundido contra el panel de instrumentos, con la cabeza apoyada sobre sus brazos.

Gimió un poco y después se dio cuenta de lo que lo había

despabilado: la chica estaba volviendo en sí haciendo unos pequeños quejidos.

—Gracias al cielo que está viva —se dijo en voz alta. Aquellos interminables momentos del rescate aéreo regresaron a él otra vez... la mirada en los ojos de ella y el pensamiento de lo importante que se había convertido para él.

Se sacudió el atontamiento y echó una mirada a su alrededor para abarcar su situación. Lo primero que notó fue el enorme cadáver.

—Tengo que sacarnos de aquí. Ella podría entrar en pánico si ve eso —se estiró hacia el panel de instrumentos tratando de aclarar su cabeza y recordar cómo funcionaban las cosas. Ingresó una secuencia de despegue—. Espero que esta cosa vuele —murmuró.

Pero en vez de elevarse en el aire el Guardián se sacudió y cayó ruidosamente sobre el asfalto, mantenido abajo por el puño del cadáver, y la nariz de la nave golpeó tan fuerte el suelo que la sacudida casi dejó inconsciente a Rick.

Estaba pálido y jadeando, y sintió frío a pesar de que estaba transpirando. Sus ojos estaban vidriosos; no podía apartarlos de la terrible imagen del extraterrestre muerto.

—¿Qué sucedió? —preguntó Minmei cuando acabó de despertar —. ¿Qué anda mal? ¿Por qué estás temblando así?

Cuando Rick no contestó ella se inclinó hacia delante.

—¿Qué estás mirando ahí afuera? ¿Qué hay...?

—¡No! —pensar en cómo esa vista iba a exponerla a más sufrimiento lo sacó de su parálisis—. ¡No debes mirar hacia afuera!

Ella resistió la tentación de hacer justamente eso. Había llegado a confiar en él.

—¿Por qué? ¿Qué está mal?

Cuando ella dijo esto el suelo comenzó a vibrar por unos pasos colosales, por la aproximación de otra máquina de guerra. Rick fijó su mirada con espanto porque recordó que su Veritech estaba inmovilizado y sin municiones.

Pero las nubes arremolinadas de la batalla se abrieron para mostrar a la nave de Roy en modo Battloid y llevando al hombro su cañón automático.

—Odio interrumpirlos a ustedes dos, pero no pueden

permanecer sentados por aquí por siempre. Anda; ¡vamos!

Sin embargo pudo ver que esta vez no era cuestión de reparar la nave estropeada de Rick, y vio que el puño del extraterrestre muerto no iba a ser fácil de soltar, excepto cortando la mano a la altura de la muñeca.

—Ese gran mastodonte parece haber formado una unión permanente con ustedes, muchachos.

Afortunadamente había una forma más rápida y menos sucia de manejar las cosas. El Battloid de Roy extrajo un largo tentáculo metálico que terminaba en una herramienta especial. Con este destapó un pequeño panel de acceso en una de las turbinas del Guardián caído e interrumpió de forma manual los sistemas de liberación.

En un segundo Rick y Minmei se sintieron empujados cuando la cabina y la nariz se separaron por completo del resto de la máquina. Roy la alzó con delicadeza y la ajustó dentro de una conexión especial en la parte inferior del brazo derecho de su Battloid.

—Sorprendente, ¿no es cierto? —le salió a Rick.

—Es... realmente increíble —fue todo lo que Minmei se las arregló para decir.

—¿Qué tal eso para la conveniencia? —preguntó Roy. Nunca recibió sus respuestas porque en ese momento otra máquina de guerra extraterrestre, un pod armado con misiles pesados, apareció desde atrás de un edificio despanzurrado y le apuntó al Battloid.

—¡Sujétense ustedes dos! —Roy hizo saltar a su Battloid para poder despejarse en el momento justo en que el pod le disparó una salva de rayos de energía. El Líder de Skull Levantó su cañón automático, acribilló al pod y lo hizo estrellarse hacia atrás en llamas.

Pero más pods se estaban levantando de su escondite o saltaban de los techos de los edificios vecinos. Roy cambió a configuración Guardián y salió volando, con los extraterrestres trotando en su persecución, disparando una y otra vez.

Un pod casi los atrapó cubriendo el cielo hacia estribor con su gran torso. Pero Roy completó la mecamorfosis a modo caza y se disparó hacia el cielo, mientras que las salvas enfilaron hacia él con sus impulsores a toda potencia.

Dos pods que estaban apostados sobre los acantilados de las afueras del pueblo lanzaron un fuego intenso hacia el Veritech cuando este subió directamente hacia ellos. Rick escuchó que Minmei hacía el eco de su propio gemido de temor.

Roy permaneció fijo en su curso y liberó más misiles cuando fue el momento preciso. Los pods se encendieron como bengalas y Roy se proyectó dentro de la brecha, dirigiéndose hacia la *SDF-1*.

La fortaleza dimensional, junto con los cazas de protección desplegados a su alrededor, había alcanzado una órbita inferior.

—Cambiando a propulsión horizontal —la voz de Lisa sonó en toda la flota, y los enigmáticos motores principales enviaron un río de fuerza a través de los propulsores primarios ubicados en la popa de la nave. Las hogueras azules bramaron, la *SDF-1* tomó velocidad y se movió hacia una órbita superior.

—En espera para el repliegue de cazas —continuó Lisa—. Todos los aviones regresen a sus atracaderos de transporte. Cambio.

—Este es Sepia Tres. Entendido Control, regresando para repliegue.

El personal se preparó para el trabajo febril y peligroso que se les venía en las cubiertas de vuelo. La flota todavía estaba bajo alerta de combate, sujeta a atacar en cualquier momento. Cada intento de aterrizaje debía ser una «atrapada exitosa» porque no había tiempo para «intentos fallidos» que se tuvieran que repetir.

Los escuadrones acudieron hacia su nave nodriza; todos, desde Gloval hacia abajo, transpiraron en cada segundo del repliegue.

—Lisa, por favor, informa si tenemos a todos los cazas a salvo a bordo —dijo Gloval después de una eternidad.

—Sí, señor —la respuesta llegó rápidamente—. Esos fueron los dos últimos, señor. Todos los otros están contados, excepto el comandante Fokker y el VT uno-cero-dos.

—Bien. No creo que debemos preocuparnos por el comandante Fokker —Gloval se levantó—. Vanessa, muéstrame los datos orbitales actuales de *Armor Uno* y *Armor Diez*.

—Sí, señor —Vanessa tecleó la información—. Ambos se estarán acercando al Punto de Encuentro Charlie según el programa. Deberíamos estar haciendo contacto con ellos en unos veintinueve minutos.

—Muy bien. Claudia, ¿algún signo de naves enemigas?

—No, capitán. Todo está despejado.

—Discúlpeme capitán, ¿pero no es eso extraño? —preguntó Lisa—. Después de desplegar un ataque masivo desde órbita, ¿por qué el enemigo no continúa con su ataque? Eso no tiene sentido, ¿no es cierto?

Gloval por lo general solía guardarse sus deliberaciones, pero ahora admitió:

—Eso me está molestando a mí también. Tiene que haber una razón por la que sólo están jugando con nosotros. Ellos tienen la ventaja y, sin embargo, no atacan. ¿Pero por qué?

Las tripulantes del puente intercambiaron miradas preocupadas.

El caza salió suavemente de la atmósfera en su camino hacia la fortaleza dimensional. En su interior, sin embargo, las cosas eran un poco más tormentosas.

—¡Ella no quiere ir a la nave, Roy! —insistió Rick—. ¡Ella quiere volver a isla Macross!

Roy regañó a la imagen de Rick en la pantalla mordiéndose los labios por la furia.

—¿Estás loco? ¡Macross está completamente cubierta de extraterrestres! ¡Volver sería suicida para ella! ¿Te dio alguna razón?

—¡Estoy preocupada por mi tío y mi tía allá en el refugio, con todos esos invasores a su alrededor! —interrumpió Minmei.

—Ellos están perfectamente a salvo allí —insistió Roy—. Los refugios son impenetrables; fueron contruidos para esto.

Minmei parecía atractiva incluso cuando era testaruda.

—Pero aun así quiero volver a Macross. ¡Es mi hogar!

—Te lo prometo, tan pronto como termine este problema yo te llevaré de regreso personalmente —Roy sacudió la cabeza lentamente.

—¿Qué quieres decir con que tú la llevarás? —soltó Rick—. ¡Yo la llevaré! —oyó que Minmei hizo un sonido de asombro y se dio

cuenta de lo posesivo que él había sonado—. Eh, quiero decir...

—Espera un segundo, Rick —dijo Roy, y cambió su atención hacia la monumental nave que se destacaba ante él—. Este es el Líder de Skull a la *SDF-1*, cambio.

—¿Lo encontraste? —el tono de Lisa era irritado.

—Estaba molestando a una jovencita —contestó Roy con ironía—. Tuve que rescatarla a ella también.

—¡Rata! —contestó bruscamente Rick.

Lisa tenía ambas pantallas en su tablero, y estudió a Rick Hunter, sin perderse a Minmei, quien se estaba asomando por sobre su hombro. Según observó, Hunter era obviamente un muchacho inmaduro y un problema disciplinario por añadidura. Y en cuanto a la chica... bueno, en cierta forma era linda, supuso Lisa, si te gustan las de ese tipo.

—Así que este es nuestro piloto civil —dijo Lisa—. Me preguntaba por qué no sabía cómo volar su aeronave.

Rick tomó a aquellas como palabras de guerra.

—¿Quién es esa vieja amargada, Roy?

Lisa se echó hacia atrás como si le hubieran arrojado agua helada a la cara. ¿*Vieja amargada*? El resto de la cuadrilla del puente fue muy discreto al intercambiar miradas alarmadas pero divertidas.

Roy no pudo evitar reírse en voz alta.

—Esa vieja amargada es nuestro Control y la primer oficial de la nave, Lisa Hayes. Y si ella te parece vieja, no eres tan maduro como pensé, chico.

Lisa hizo un gesto e interrumpió.

—¡Ahora escuche, comandante Fokker! ¡Será mejor que tenga una buena explicación para darle un caza Veritech a un piloto civil aficionado! Podría enfrentar una corte marcial por esto, ¿o no había pensado en eso?

Afortunadamente para todos los interesados, ella no se había dado cuenta de que Gloval estaba ocultando su risa hacia un costado. Él reasumió rápidamente una cara seria.

—Oh, está loca —dijo frescamente Roy.

—En cuanto a usted, Rick Hunter —continuó Lisa—, ¡está metido en muchos problemas, lo sepa o no!

De alguna manera, la valentía pareció disolverse ahora que no había peligro y la gente estaba hablando de procedimientos legales. Él señaló a Minmei con impotencia.

—Todo es culpa de ella, veré...

—Creo que mejor te disculpas, Rick —le confió Minmei, que no pareció ofenderse—. Las mujeres de su edad pueden ponerse terriblemente bruscas, ¿sabes?

Lisa Hayes contó hasta diez en silencio, tratando de evitar atravesar la pantalla con su puño.

—Control de puente, este es el Líder de Skull solicitando instrucciones de aterrizaje —le recordó Roy—. Danos un número de dárseña... vieja amargada.

Esta vez no hubo control y el resto de la cuadrilla de Lisa rompió en risitas. Ella apretó los puños pero de alguna manera mantuvo su furia contenida.

—Entendido. Lleve su avión al atracadero cero-nueve. —¡Y espero que esta sea la última vez que te vea, Rick Hunter!

Capítulo 13

Decir que hallamos sorprendentes a los habitantes del planeta no es exageración. Muy tenaces y determinados en la batalla, y sin embargo no tan suicidas —no tan irracionalmente feroces— como, por ejemplo, los invid.

Pero si me sorprendieran, seguramente pensé yo, nosotros los aterrorizaríamos por medio de una aplicación de fuerza abrumadora. La cosa con la que no contaba era lo tan parecidos que eran a nosotros.

Exedore, desde su Informe del Análisis de Inteligencia Militar.

Las playas de isla Macross ahora eran el escenario del repliegue zentraedi. Unas inmensas naves de aterrizaje con forma de plato se ubicaron a lo largo de la costa con sus enormes compuertas de acceso abiertas sobre las olas que rompían.

Sin la *SDF-1*, los pods ya no tenían razón para estar en la isla; los refugios no eran de interés para ellos y no habían hecho ningún esfuerzo serio para irrumpir en las fortificaciones humanas. Irónicamente, el código de guerra de hierro de los zentraedi no les permitió darse cuenta del valor de los rehenes; los rehenes no tenían importancia para ellos, y nunca se les ocurrió que los humanos podrían ser diferentes.

Olas y olas de pods saltaron dentro de las naves, algunas arrastrando partes dañadas o mostrando los efectos de los golpes de los Veritech. Había mucho espacio en las naves de desembarque que los llevarían de vuelta hacia arriba; las filas de pods habían disminuido considerablemente. Los platos despegaron esparciendo

agua de mar.

Breetai recibió el informe en su puesto de mando.

—La fuerza de reconocimiento está regresando ahora al grupo de órbita.

—Parece que sólo la mitad de ellos sobrevivió —observó Exedore.

—¿Dónde está la fortaleza de batalla ahora? —le exigió Breetai a sus técnicos. Aunque los pods faltantes representaban una pérdida insignificante, él se enfureció por ello. ¡Que unos simples primitivos resistieran de esa manera a los guerreros zentraedi!

—Atravesó los límites atmosféricos superiores y alcanzó órbita —informó una voz—. Apparently está en camino para encontrarse con las otras unidades orbitales.

—¿Cuál es su plan, Breetai? —preguntó Exedore.

—Sería una simple cuestión de bajarlos a tiros, pero no quiero dañar esa nave —meditó Breetai.

Sabidamente, Exedore no hizo notar que esa era la orden específica que lo coartaba, pese a las preferencias de Breetai: capturar intacta la fortaleza dimensional.

—Una vez que estén fuera del campo gravitatorio de la Tierra ellos podrán ejecutar un salto al hiperespacio que los lleve lejos del alcance de nuestras armas... quizás para escapar por completo de nosotros a través del espacio tiempo una vez más.

—Ahí tienes un punto —Breetai asintió con la cabeza—. Tal vez sería mejor que yo aplique un poco de fuerza de contención para desacelerarlos un poco.

Giró para dar la orden con su retumbante voz de bajo y atrapó la luz con su relumbrante pieza craneal y su brillante ojo artificial.

—¡Preparen un bombardeo láser!

Su orden se repitió a lo largo de toda la flota mientras que sacaban las armas de sus torretas y bastidores: delgados cañones rematados en punta de diseño zentraedi que parecían gigantescos carámbanos de acero.

—Todas las dotaciones de artillería alístense para bombardeo total de la zona del blanco. Esperen la orden de disparar —la orden resonó por la flota.

Rick y Minmei se quedaron sin palabras en su primera ojeada al interior de la *SDF-1*.

Se desplazaban en un vehículo de transporte de tropas de cuatro asientos que conducía Roy, quien mostró su gusto por la alta velocidad y el chillar de ruedas. Ellos vagaron a través de celdas y compartimentos tan extensos que no daba la sensación de estar adentro.

En cambio, era como conducir a través de una inmensa metrópolis metálica salpicada de luces de todas las descripciones que se extendían cada vez más alto, y sus niveles desaparecían dentro de un turbio cielo/techo. Rick no podía imaginarse para qué eran esas enormes cantidades de espacio sin ocupar.

—Te tengo una pequeña sorpresa, Rick —Roy sonrió—. Espera y verás —hizo otro giro con dos ruedas en el aire.

Por fin llevó al jeep a una virtual parada de terror con las llantas chirriando, de forma que Rick y Minmei perdieron el equilibrio.

—Bueno, aquí estamos —él se bajó alegremente—. ¡Vengan!

Rick lo miró con furia y ayudó a Minmei a levantarse.

—¿Eso fue realmente necesario? ¡Ella pudo haberse lastimado!

Roy ignoró el comentario porque, por supuesto, estaba seguro de que nunca habría permitido que eso pasara. Tincó el interruptor de unos reflectores que se encontraban por encima de ellos. Situado dentro de un pequeño hangar estaba el *Mockingbird*.

—¡Cielos, Rick! ¡Mira eso! —exclamó Minmei.

—Alguien dejó olvidado esto —dijo Roy como al pasar—, así que lo escondí aquí y lo rectifiqué.

Habían reemplazado las cubiertas de los cohetes propulsores del pequeño avión, y la forma en que este se asentaba sobre su tren de aterrizaje le permitió saber a Rick que lo habían reabastecido por completo.

—¡Mi corredor! —saltó del transporte y se lanzó hacia su adorado *Mockingbird*, haciendo de todo excepto bailar a su alrededor—. ¡Pensé que nunca lo volvería a ver! ¡Tú lo salvaste! —atrapó la mano de Roy entre las suyas y la sacudió, listo para darle a su amigo un abrazo eufórico—. Oh, gracias Roy, gracias...

—¡Eh, basta Rick! —Roy se soltó—. ¡Cálmate! Yo sólo pensé que tú estarías más cómodo volando en esta cosa que en uno de nuestros Veritech. El *Mockingbird* no se convierte en un Battloid.

—¡No sé qué decir, Roy!

—Yo vi antes ese avión —dijo Minmei, uniéndose a ellos—. Estaba en el espectáculo aéreo de esta mañana, ¿no es cierto?

Sí, hace casi un millón de años atrás, pensó Rick. Pero cuando él estaba a punto de explicar, la voz de Claudia llegó por el sistema de altoparlantes.

—Atención a todas las tropas. Nos estamos acercando al encuentro con *Armor Uno* y *Armor Diez*. ¡Repórtense a sus atracaderos de inmediato! ¡Todas las tropas repórtense a las estaciones!

Roy ya estaba saltando otra vez detrás del volante del transporte.

—Ahora tengo que irme. Ustedes dos quédense aquí y no den vueltas. Si empiezan a explorar se perderán —las llantas chillaron cuando embragó rápidamente la tracción—. ¡No pueden imaginarse lo enorme que es esta nave, así que quédense quietos! —después se fue.

Los *Armor* y sus escoltas de transportadores y destructores se acercaron rápidamente, extendidos en línea para poder acoplarse en orden a la *SDF-1*.

—Tenemos una alineación de acoplamiento perfecta —anunció Vanessa.

—Las naves enemigas se están preparando para ensamblarse, señor —informó un técnico zentraedi.

—Está bien —contestó Breetai—. Díganle a nuestros artilleros que disparen sus rayos entre la fortaleza y las otras embarcaciones,

y hacia esas mismas naves. ¡No me importa cuántas de las naves menores destruyen, pero a la grande no la deben dañar!

La orden se retransmitió mientras que el largo y delgado cañón zentraedi giraba y esperaba. Después se pasó la orden:

—¡Los jefes de armas pueden disparar cuando estén listos!

Los rayos zentraedi parecieron iluminar el universo.

Una rápida y ordenada secuencia de acoplamiento se convirtió en un baño de sangre cuando los rayos extraterrestres llegaron desde la lejanía sin previo aviso, pasando a través de los cascos y convirtiendo a las naves en explosiones florecientes.

Los transportadores, destructores y las naves de escolta fueron golpeados, y *Armor Tres* se convirtió en una bola de furia que iluminó el puente de la *SDF-1* con un brillo violento. Los pedazos y los escombros se montaron en los vientos de las explosiones como si los arrastrara un tornado.

Gloval, que había caído al suelo, volvió a ponerse en pie.

—¿Vanessa, cuál es la posición del enemigo?

Las tripulantes del puente volvieron con calma al trabajo.

—El ataque actual viene exactamente de la misma posición que la primera: están a casi dieciséis mil kilómetros de aquí en una órbita superior.

—Informando: *Miranda*, *Cirse*, y *Armor Tres* completamente destruidos, así como también numerosas embarcaciones menores, y serios daños a través de la Fuerza Orbital —dijo Lisa.

—¡Están haciendo trizas nuestra flota! —refunfuñó Gloval—. ¿Y qué hay de nuestros daños?

—No tuvimos golpes directos, capitán —declaró Sammie.

—Ningún daño en ningún lugar, señor —confirmó Kim.

—¿Cuál es nuestra posición? —Gloval le dio un golpe a su gorra para acomodarla.

—Estamos cerrando nuestra órbita inicial —le dijo Vanessa—. Acercándonos a nuestra posición original sobre isla Macross, a una distancia aproximada de ciento sesenta kilómetros.

Gloval se decidió.

—Claudia, bájanos sobre isla Macross. A los sesenta metros de altitud activa el sistema de transposición para hacer un salto de posición.

Claudia deliberó sobre si debía cuestionar la orden pues ésta era una situación de guerra. Pero en ciertos momentos críticos la lealtad al deber podía demandar algo más que simple obediencia.

—¿Está seguro de que quiere hacer eso, capitán? ¡El sistema de transposición todavía ni siquiera fue probado!

—Yo estoy muy al tanto de lo riesgoso que es, Claudia, pero tú puedes leer los despliegues de la posición y las proyecciones tácticas tan bien como yo.

Ella podía y lo hizo, como todas ellas hicieron. La flota extraterrestre ya había desplegado una red ineludible y la estaban cerrando alrededor de la *SDF-1*.

—Si nos quedamos en esta posición estaremos totalmente indefensos —agregó Gloval.

—¡Pero ni siquiera estamos seguros de cómo funciona el sistema! —le recordó Lisa.

—Esa es la razón por la que nos estoy ubicando lo más cerca de Macross que me atrevo —dijo Gloval con serenidad—. Todos los cálculos y descubrimientos preliminares del doctor Lang se basan en experimentos que se llevaron a cabo en esa posición.

Miró a su cuadrilla del puente. No estaba acostumbrado a explicar órdenes, pero era importante que su razonamiento quedara registrado, porque si él no sobrevivía al enfrentamiento lo que él hubiera hecho podría ser de utilidad en decisiones posteriores.

—¡Sencillamente no podemos rendirnos! —dijo con fervor—. ¡Primero tenemos que intentar todo lo que podamos! Así que preparen el sistema de transposición para un salto de posición dirigido hacia el área del lado lejano de la Luna, a la distancia de un diámetro lunar desde la superficie. Alista tu radar para una verificación de acceso, Lisa.

La cuadrilla del puente se puso a trabajar hablando en los circuitos de comunicación y operando sus consolas, mientras que Gloval daba órdenes con una voz firme.

—Haremos una transposición desde exactamente sesenta metros

de altura sobre la isla.

—¿No necesitamos permiso del cuartel general? —preguntó Claudia.

—No tenemos tiempo para eso —él sacudió la cabeza.

—Pero capitán, usted sabe que las reglas específicamente... — ahora la mirada de él estaba enrojecida y la hizo vacilar—. Lo siento, señor...

Gloval inspiró.

—Yo sé lo que dicen las reglas, pero aprecio que me lo hayas recordado.

—Yo sólo quería...

—¡Claudia! ¡Tienes tus órdenes! —él se dio vuelta con las manos agarradas detrás de su espalda otra vez.

—Sí señor, capitán —dijo ella a través de los dientes apretados, y giró para hacer lo que le habían ordenado—. Atención a todas las tropas. ¡Prioridad! ¡Sistema de transposición en espera!

¡Preparando la energía a verde máximo en todas las fuentes de poder!

Los gigantescos mecanismos de transposición sin probar se encendieron como castillos de energía. El personal corrió para prepararse y ponerse a salvo para la transposición, aunque casi no había suficiente tiempo. El caos era especialmente agudo en las bahías de los hangares.

Sin embargo, los hombres y mujeres hacían sus mejores esfuerzos en toda la extensión de la nave.

—Todas las tropas a los puestos de emergencia. Todas las tropas a puestos de emergencia. Esto no es un simulacro, repito: ¡esto no es un simulacro! Prepárense para operación de transposición en T menos cinco minutos y contando... ¡Marca!

Dentro del laberíntico sistema de refugios ubicado debajo de las ruinas humeantes de isla Macross, Jason se movía incómodamente. No era que se sintiera atestado; los refugios se habían construido con una población y un requerimiento de provisiones mucho mayor en mente... para el día en que Macross llegara a ser el último refugio humano.

Pero Jason extrañaba a su prima.

—Me estoy preocupando por Minmei, ¿y ustedes? Me pregunto a dónde fue.

—No te preocupes por Minmei. Ella estará bien —lo tranquilizó su madre—. Ella sólo fue a otro refugio, eso es todo.

—¡Seguro! —Se apresuró a agregar su padre—. ¡Nada va a sucederle a alguien tan inteligente como Minmei! ¿No es así?

Pero entre los adultos de allí se pasaron miradas a escondidas del muchacho. Ellos habían sentido las sacudidas distantes de la terrible batalla, y ahora, por un largo tiempo, había habido un silencio siniestro sin ninguna señal de «todo despejado» por parte de los militares.

—Sí... —concedió Jason, y se sentó para esperar un poco más envolviéndose con su manta.

—¿Estás planeando ir a algún lugar? —preguntó Minmei cuando Rick le realizó un último registro previo de vuelo al *Mockingbird*, e hizo unos cuantos ajustes finales.

Él cerró un panel de acceso y se dio vuelta hacia ella.

—Voy a llevarte de vuelta a la isla como te prometí —se arrodilló para volver a guardar sus herramientas dentro de la caja, y a su vez, regresarla a su nicho de almacenamiento—. Todavía quieres volver, ¿no es cierto? Porque yo de ninguna manera voy a rondar por aquí.

No pudo llegar a admitir lo importante que sería que ella viniera con él; esa no era la clase de cosas que uno aprendía a hacer trabajando en un circo aéreo.

La *SDF-1* resonó con el último anuncio de Sammie:

—Atención a todas las tropas. Transposición en T menos tres minutos y contando.

Minmei le ofreció parte de una barra de chocolate que de alguna manera se quedó en su bolsillo contra todas las adversidades.

—¿Dulce?

—Gracias.

—¿Rick, qué es una transposición?

—Oh, nada que tenga que ver con nosotros —le ofreció su mano para ayudarla a entrar en la cabina—. Anda; vamos.

Ella miró con indecisión dentro de la pequeña cabina para una sola persona del avión.

—Es tan pequeño. ¿Entrarán dos personas?

—Si son muy amigables, lo harán —y así, ella no objetó cuando él le puso las manos en la cintura y la ayudó a subirse al *Mockingbird*.

Rick le pasó su casco Veritech.

—Toma; ponte esto.

Ella miró el casco con esa mirada de ojos bien abiertos que a él le había llegado a importar tanto.

—¡Ohhh! —y luego se lo puso.

—Luce tan lindo en ti, Minmei. Podrías empezar una moda completamente nueva.

—¡Oh, tú! —bufó ella con exasperación.

Él se rió tontamente entre dientes y fue a accionar la puerta del atracadero. Los indicadores le permitieron darse cuenta de que la *SDF-1* estaba descendiendo rápidamente y que estaba lo suficientemente bajo como para que funcionara el turbohélice de su avión.

La primera cosa que vio cuando se separaron las puertas fue isla Macross, muy por debajo. Se le ocurrió pensar que ese era el lugar de aterrizaje más probable de la nave, pero sea cual fuere, él no tenía intención de permanecer a bordo. Estos militares lo habían metido a él —y a Minmei— en suficientes problemas.

Minmei también vio a Macross. Todavía tenía la mirada fija en ella con nostalgia cuando Rick se metió dentro del asiento para un solo piloto junto a ella y la sentó en su regazo.

El turbohélice giraba lentamente; él la aceleró mientras bajaba

la carlinga y comenzaba a girar la nariz del *Mockingbird*. Este sería el despegue más difícil de su carrera; si Rick no hacía las cosas correctamente, la succión que causaba el descenso de la *SDF-1* podía partir por la mitad al pequeño avión acrobático.

—Sujétate a mí, Minmei.

—Se está terriblemente apretado aquí adentro —ella se retorció hacia delante y trató de apoyarse contra el panel de instrumentos.

—¡Eh! ¡Si te sientas ahí no puedo ver para volar!

Ella se reclinó hacia atrás y él decidió que tenía que aprovechar la oportunidad ahora, antes de que la *SDF-1* entrara en las fuertes corrientes de aire de más abajo. Disparó su turbohélice y despegó. Las aspas que giraban al revés comenzaron a dar vueltas.

—Lo siento, Rick, pero es tan ¡diii-yiii! —se estaba disculpando Minmei cuando el *Mockingbird* fue arrebatado y girado.

Capítulo 14

«El que se arriesga, gana».

Este lema de los comandos del Servicio Aeronáutico Especial de la Real Fuerza Aérea del Reino Unido (de finales del siglo XX) fue conocido por haber sido citado por Gloval, aunque su comportamiento y sus logros dejaron en claro que él estaba lejos de ser precipitado.

Sin duda probó que ese día en lo alto de isla Macross él sabía lo que significaba el dicho.

*«Salto estelar», Historia de la Primera Guerra
Robotech, Vol. VIII.*

De algún modo Rick tuvo éxito en evitar que quedaran aplastados contra una gran torrecilla de cañón cuando el *Mockingbird* cayó en picada y barrenando.

—No hay nada de que preocuparse, Minmei; soy un piloto experto —insistió Rick en la que confiaba fuera una voz serena, mientras peleaba con sus controles y esperaba que lo arrojaran contra el casco súper duro de la *SDF-1*. Mientras tanto Minmei permaneció sentada con la cabeza hundida contra el pecho de él, gimiendo y deseando que la vida se calmara otra vez, aunque sea por un momento, para poder recobrar el aliento.

Pero para su propia sorpresa, Rick se las ingenió de alguna forma para sacar a la nave de su barrena, nivelarla y ganar la altitud apropiada de vuelo.

—Listo, ¿bien?

Ella reunió el coraje para mirar, vio que las cosas estaban bajo control y no pudo evitar reírse de felicidad y abrazarlo.

Rick Hunter se sintió muy, muy complacido con sigo mismo y

comenzó a desear que ese vuelo durara por siempre.

Isla Macross se definió claramente por debajo de la fortaleza dimensional y parecía acercarse al descender la *SDF-1*.

—Entraremos en transposición en diez segundos —entonó Claudia a través del sistema de altoparlantes—. Nueve...

Gloval observó docenas de instrumentos y pantallas sin exteriorizar los recelos que sentía. Los enigmáticos motores sellados hicieron que la enorme embarcación temblara, y las grandes vibraciones de los generadores de transposición parecieron atravesar a todos los de a bordo.

Los segundos parecieron dilatarse eternamente, y después se dio cuenta de que Claudia estaba diciendo:

—... dos... uno... ¡cero!

—¡Ejecuten transposición de salto al hiperespacio! —ordenó Gloval. Los miembros de la cuadrilla del puente se inclinaron sobre sus estaciones de trabajo para cumplir la orden.

A Gloval le pareció estar contemplando en un modo alterado la vista desde el puente, que quizás estaba viendo más alto que el ultravioleta o más bajo que el infrarrojo. En cualquier caso, la estructura de la nave estaba delineada con rojos candentes, amarillos y anaranjados extraños que no habían estado allí momentos antes.

¿Estoy viendo dentro de la parte térmica del espectro, tal vez?

Pero ni siquiera eso explicaba las extrañas y casi fantasmales imágenes, no muy identificables, que de repente aparecieron en el aire, o la forma en que de pronto la visión se alteró tanto que el mundo se pareció a una doble exposición cambiante.

La *SDF-1* pareció estar en el centro de una nube de gas abrasador. Desde ella se expandió un globo de luz blanco

incandescente, del mismo tipo que había producido la armada zentraedi más temprano ese día. En los oídos de la tripulación se modularon y arremolinaron unos sonidos como los que nunca antes escucharon los humanos que no tenían una fuente aparente.

El globo de la transposición de salto se expandió, desafiando a las teorías y cálculos de Lang, envolvió a Macross y su puerto, e incluso hizo que los súper portaviones *Daedalus* y *Prometheus* cambiaran de foco y parecieran empañarse dentro de la doble exposición mientras las aguas se impulsaban como si las empujara una tormenta.

Una vibración como la de un terremoto, más fuerte que cualquiera que haya provocado el ataque zentraedi, sacudió los refugios, y los asilados pensaron que había sucedido lo peor... lo peor que ellos pudieran concebir: el fin de su mundo.

Las repentinas corrientes arremolinadas que provinieron de la transposición recorrieron las calles de Ciudad Macross, destruyendo los edificios y los restos de las máquinas de guerra caídas de ambos ejércitos. Los violentos efectos secundarios de la maniobra de transposición espacial también atraparon al *Mockingbird*, haciéndolo dar vueltas como una hoja.

Aparecieron unas motas incandescentes que se hicieron cada vez más brillantes, y que daban vueltas como insectos perezosos o como estrellas vivientes en miniatura. Era imposible enfocarse en los instrumentos y pantallas dentro del puente. Lisa sollozó, se sentía descompuesta y que la separaban de su cuerpo, como si la estuvieran arrancando de la vida misma.

Un globo con la *SDF-1* como centro ahora abarcaba a la isla, a sus aguas circundantes y a una considerable porción de cielo. El océano chocó contra el campo de fuerza sin ningún efecto.

Otra vez la *SDF-1* pasó por los cambios de doble exposición, por último se estabilizó y después comenzó a desvanecerse. En un momento, el campo de fuerza esférico estaba inmóvil en el medio del mar furioso... y al siguiente, había desaparecido.

Miles de millones de litros de agua fluyeron para llenar el hueco, chocando y levantando maremotos que recorrerían el planeta durante días. El aire se apresuró a tomar el lugar del vacío repentino creando un trueno como el de la detonación de un arma

nuclear, sólo que más agudo.

El evento se registró nanosegundos antes de que el resplandor hiciera erupción sobre el confín del mundo, donde los principales elementos zentraedi se estaban formando para un ataque final. Este iluminó el horizonte como un eclipse anular... Breetai no necesitó instrumentos ni informes técnicos para saber lo que había sucedido.

—¡Una transposición! ¡No lo creo!

—¡Imposible así de cerca de la gravedad planetaria! —explotó Exedore en un extraño despliegue de emoción—. ¡De alguna forma estos primitivos reconstruyeron a la *SDF-1* y, con cualquier modificación o improvisación que hicieron, de alguna forma hallaron un proceso de transposición espacial superior! O tal vez es algo de Zor; eso no importa. ¡Si todavía existe, nosotros debemos tener esa nave!

Breetai profirió su terrible gruñido animal con los puños cerrados tan enérgicamente que Exedore pudo escuchar el crujido de los huesos y los cartílagos bajo el esfuerzo de aquellos músculos encordados.

—¡Quiero saber su posición exacta de inmediato!

En los alcances más lejanos del dominio del sol había estado frío y oscuro desde los dolores de parto del sistema solar, hace casi veinte millones de años atrás. Aquí el gran horno del sol era sólo una diminuta gota fría en la noche, y Plutón, el único cuerpo planetario, casi cuarenta veces más alejado del principal dador de vida que la Tierra, mantenía una temperatura cercana al cero absoluto.

Pero en un segundo incomparable, Plutón y su único y fiel satélite Caronte, consiguieron compañía en su órbita excéntrica y solitaria.

Apareció el campo de fuerza de la transposición, un estupendo orbe en el espacio, que llevaba en su interior a la *SDF-1*, suspendida sobre una isla que tenía un fondo de océano en forma de pecera debajo de ella, y el humo de la batalla todavía elevándose de Ciudad Macross.

La esfera parpadeó hasta extinguirse. Según todas las leyes, las aguas se debieron haber evaporado en el vacío, toda la atmósfera no contenida en la fortaleza de batalla o en los refugios se debió disipar, y el fragmento de la Tierra que era la propia isla Macross debió comenzar a deshacerse.

Que ninguna de esas cosas sucediera era la prueba —reforzada por evidencia posterior— de que otras ciertas fuerzas todavía estaban funcionando. Ni siquiera los poderosos motores de la fortaleza dimensional pudieron mantener por mucho tiempo al globo que se alimentaba con Protocultura, pero sí a los efectos secundarios; los fenómenos impulsados por la Protocultura eran muy diferentes de las manipulaciones ordinarias del poder del universo a las que estaban acostumbrados los humanos hasta ahora.

Las aguas del océano se congelaron, todavía adheridas al fragmento de isla, se expandieron y resquebrajaron. La mayor parte de la atmósfera comenzó a caer hacia la isla y el aire congelado cayó como nieve sobre ella, cubriéndola en segundos con una espesa capa glacial... a pesar del hecho de que los instrumentos no indicaban ninguna gravedad en absoluto, más allá de la cantidad insignificante que podría generar semejante masa. No obstante eso, el puerto se convirtió en una masa sólida y los portaviones quedaron congelados en segundos cubiertos por la escarcha.

Estas anomalías siempre han constituido uno de los grandes misterios de las Guerras Robotech, aunque eventos y descubrimientos subsecuentes le dieron a la raza humana algunas indirectas tentadoras en lo referido a lo que pudo haber sucedido esa fría tarde a unos seis mil millones de kilómetros más allá de la órbita terrestre.

Todavía desorientado y aterrado, con Minmei pegada a él, y ocultando el terror que quería mostrar, Rick notó dos cosas nuevas y alarmantes: su turbohélice ya no tenía ningún efecto y su cabina se estaba congelando por completo... rápidamente.

No fue que necesitara notarlo; él ya había contemplado con

horror cuando Macross se convirtió en un paisaje polar. Estaba claro que no había mucha gravedad en el vecindario oscuro y vacío, cualquiera que fuera. Escuchó que los sellos del *Mockingbird* se cerraron contra la baja presión —ninguna presión, estaba seguro— y eso presagiaba muy mala suerte.

Rick contempló a la carpeta blanca cubrir la carlinga y se preguntó qué podría hacer él a continuación, además de morir.

—¡Pongamos algo de luz aquí adentro! —ordenó Gloval; la transposición había agotado todos los sistemas. Las luces de emergencia lanzaron un raro resplandor rojo sobre todo. Las unidades de calefacción no se deberían haber necesitado en el vacío del espacio; Gloval se preguntó qué es lo que estaba mal.

—Cambiendo a reservas, capitán —dijo Claudia secamente, y normalizó la iluminación. Las tripulantes del puente parpadearon un poco pero siguieron en sus puestos de trabajo. Las poderosas balizas mostraron una tormenta de polvo de escombros que pasaba silbando por la nave y piezas que impactaban constantemente.

—El radar muestra un objeto extremadamente grande justo... debajo de nosotros, señor —dijo Vanessa. Por lo menos era un— debajo —en relación con la fortaleza de batalla; pero las lecturas lucían muy peculiares, aunque la gravedad artificial de la nave se había conectado automáticamente durante la transposición.

—El objetivo de nuestra transposición era la luna. Ese es nuestro gran objeto —dijo Gloval.

—No; es demasiado pequeño para ser la luna, señor —contradijo ella—. Se lo pondré en una de las pantallas principales.

Todos los de allí observaron, y todos contuvieron el aliento brevemente con asombro y espanto.

—¡Viene directamente hacia nosotros, señor! —dijo Vanessa.

Gloval le echó una mirada rápida a las lecturas y la contradijo.

—¡No! ¡Nosotros nos estamos moviendo hacia él!

—¡Capitán Gloval, es isla Macross! —aulló Vanessa, pero Gloval ya lo había visto y había sacado sus propias conclusiones sobre la

magnitud del desastre. Pero había otras cosas con las que tenía que lidiar al instante; las reflexiones debían esperar para después.

—¡Retrocohetes, Claudia! ¡A toda marcha!

Claudia trabajó en su estación con los labios apretados y sólo le tomó un momento decir:

—Es inútil; ¡no consigo ninguna respuesta de la computadora!

¡*Maldito agotamiento de energía!* pensó Lisa al mismo tiempo que daba aviso de «colisión» por el sistema de altoparlantes.

—¡Emergencia! ¡Emergencia! ¡Prepárense para impacto! ¡Prepárense para impacto!

La *SDF-1* flotó inevitablemente hacia isla Macross.

—Está cubierta de hielo —informó Sammie al observar en su terminal mientras que todos los demás pudieron verlo en la pantalla. Claudia se alejó de su terminal para evitar romperse la nariz.

La *SDF-1* golpeó la superficie inclinada y crujió a través de los edificios como si éstos fueran un manojo de papas fritas maceradas en nitrógeno líquido, deslizándose de costado a través de la superficie del pequeño mundo que había sido una ciudad próspera y alegre sólo unas horas antes.

Abajo en los refugios la gente ya estaba enfrentándose en masa con las dificultades de la enfermedad de la gravedad nula. El pánico había complicado los problemas gracias a un impacto que hizo volar a muchos de ellos a través de los refugios... hacia las paredes, techos y pisos que no estaban acolchados y que no los convertían en buenos lugares de aterrizaje.

Jason gimió y se aferró de la mano de su madre; Lena lo salvó de chocar contra la pared y juntos dieron vueltas en el aire sin poder evitarlo, preguntándose si ese era el fin.

La escarcha del exterior de la carlinga del *Mockingbird* desapareció en esa extraordinaria fuerza dominante que se ejerció a causa de la transposición... una fuerza que no era la gravedad pero que tenía muchos de sus atributos. Una fuerza que parecía realizar distinciones conscientes.

Pero el frío de la escarcha del exterior se había transferido a través de la carlinga hacia el ambiente de la cabina y formó una espesa capa de hielo. Rick limpió un gran parche para poder ver lo que estaba sucediendo.

—¡Oh! ¡Mira qué hermoso es! —exhaló Minmei, con su largo cabello negro flotando sin peso. A Rick lo volvió a golpear la inocencia de ella, la pureza de espíritu que veía belleza en todas partes y que le prestaba tan poca atención al peligro y a la maldad.

Un campo de estrellas brilló contra la negrura del espacio. Los pedazos de roca y escombros flotaban a la deriva. Rick probó sus controles sin ningún efecto.

No consigo ninguna respuesta en absoluto del turbohélice. Por loco que parezca, no hay otra explicación: estamos en el espacio profundo. ¡Y eso significa que estamos en grandes problemas!

—¡Oh, Dios! ¿No es romántico? —suspiró Minmei.

—Sí, lo es —Rick se forzó a sonreír.

Hubo un brusco choque de metales que hizo chirriar brutalmente al pequeño avión y lo hizo alejarse dando vueltas. Rick vislumbró por una fracción de segundo el chasis de alguna clase de máquina grande que se alejaba virando después de su choque con el *Mockingbird*.

Los dos gritaron del susto cuando el avión dio vueltas a través del vacío y fue a chocar contra otra pieza de los restos del naufragio. El segundo golpe sacudió la nariz de Rick contra la nuca de Minmei, pero también absorbió mucho de la barrena y virtualmente hizo que la nave se detuviera en comparación con la chatarra que flotaba a su alrededor.

Rick estornudó enérgicamente a causa del topetazo en la nariz. Minmei pareció sobrecogida, pero después se rió y Rick se le unió. Pero ella se detuvo alarmada un momento después.

—¿Qué es ese silbido?

—Oh, está perfectamente bien —Rick se apuró a disimular su

propio pánico—. No te preocupes por eso —pero el silbido venía de la rajadura de una línea de aire justo debajo del marco del parabrisas—. Se escuchan todo tipo de ruidos extraños dentro de estas cosas —él se forzó a reír ligeramente.

¡No me atrevo a decirle que nuestro aire se está escapando hacia el espacio! la corriente hizo flotar las puntas de los cabellos sueltos de Minmei hacia la rajadura. Rick formó una bola con un pañuelo e intentó empujarla en la rajadura.

Tal vez esto lo contenga por un tiempo... no pareció hacer mucho beneficio.

—Salgamos de aquí, ¿está bien? —los ojos de Minmei estaban enormes de miedo.

—Eh, relájate, ¿cuál es tu apuro? —Rick sólo pudo pensar en una ligera esperanza de supervivencia. Puso el casco de vuelta en la cabeza de ella, y ella se arrimó a su regazo otra vez, al tiempo que él pensaba:

¡Si los propulsores no funcionan, estamos hundidos!

—¿Cómoda?

—Ajá —contestó Minmei. Rick golpeó sus propulsores muy suavemente y los encendió.

Tenía una cierta cantidad de control independiente sobre cada uno, pero eso todavía hacía que guiar fuera un problema muy delicado. Los propulsores de altitud hubieran sido una tremenda ayuda, pero en el circo aéreo no había mucha necesidad de tener capacidad para realizar maniobras espaciales.

Un pequeño ardor —apenas una tos— puso en camino al *Mockingbird*, pues la única manera que él tenía de conducir era con unas efusiones infinitesimales de los propulsores seleccionados. Y no había mucho combustible en los pequeños cohetes.

Él comenzó a ver que después de todo había algunas ventajas en aquellos estúpidos Veritech.

—Creo que tenemos que encontrar a la *SDF-1* —dijo él—. Algo divertido ha pasado aquí —la pérdida de aire seguía siseando. Por lo menos la helada se estaba derritiendo de la carlinga; él dejó de preguntarse cuánto tiempo tenían y se concentró en pilotar y en encontrar a la fortaleza de batalla.

—¡Ahí está! —dijo Minmei muy brevemente. La *SDF-1* era difícil

de perder: todavía estaba alojada en los restos de isla Macross, con explosiones, trazantes y detonaciones de energía que iluminaban todo a su alrededor.

La guerra había vuelto a comenzar.

Capítulo 15

¡Bueno, tú nunca vas a creer esto!

Del diario de Lynn Minmei.

—¡Parece que están peleando ahí abajo! —dijo Minmei.

Eso no importa; no tenemos otro lugar a donde ir.

—No te preocupes —él encendió los propulsores, atendiéndolos arduamente para alinear su dirección, y rezó para que ningún desecho se atravesara en su camino porque no había esperanza de esquivar nada.

En la furia de la batalla que se dio en la Tierra, los defensores humanos habían pasado por alto el hecho de que una de las primeras naves de asalto zentraedi cargada con Battlepod, se había dañado y se vio forzada a asentarse sobre Macross otra vez, incapaz de volar. Y a su vez, la maniobra de transposición también la transportó hacia las profundidades del espacio.

Mientras que la nave de asalto ya no era operable, los pods sí lo eran. Ellos reasumieron de inmediato su ataque hacia la nave, sin dudar en responder a la misión que les habían asignado, pero movidos también por la conciencia de que estaban en algún lugar lejos de su flota, y que si no podían tomar la fortaleza no sobrevivirían por mucho tiempo ahí afuera en la órbita de Plutón.

La isla en el espacio era ahora una completa confusión de mecas extraterrestres reunidos en olas de asalto suicidas y armas que disparaban desde la nave. Rick Hunter se impulsó al medio de esto con una nave que apenas podía controlar.

Aun así, hizo lo mejor que pudo y pasó gradualmente al pequeño corredor de lado a lado haciendo uso juicioso de los propulsores, porque la única forma de frenar era usar un retrocohetes. Hizo quemazones microscópicas para aminorar, tratando de alinear su aproximación. Parecía inútil.

Después una situación mala se puso incluso peor. Todos los atracaderos estaban cerrados, sellados fuertemente.

—Lo olvidé, ellos los cierran durante el combate —dijo Rick con los labios apretados. Minmei parpadeó y lo miró como si lo hubiera dicho en otro idioma.

Un pod mortalmente dañado los pasó al caer, acarreando fuego como un meteorito errático, víctima de una bala perforante de la *SDF-1*... tan cerca que casi chamuscó la punta del ala del *Mockingbird*. Rick y Minmei se apartaron de él como reflejo, pero ya estaba chocando contra la *SDF-1*.

Rick tuvo que girar el cuello para echar una mirada sobre la retaguardia del avión y ver lo que había sucedido. El pod dejó todo su poder destructivo en una gran explosión que golpeó en el área restringida de un pasaje de mantenimiento clausurado.

Era una posibilidad en un millón, pero la explosión actuó como una carga dirigida que rompió un gran agujero en la cubierta blindada de la fortaleza dimensional. Y hacia ese agujero se dirigió el avión.

Hasta que lo golpeó la onda expansiva de la explosión.

El *Mockingbird* se sacudió, se detuvo en medio del vuelo y giró. Terminó con su nariz apuntando más o menos hacia la *SDF-1*, pero alejándose de ella.

Rick ya se estaba sintiendo un poco atolondrado y respirar era un esfuerzo. Además, los propulsores no tenían mucho más para dar.

—¡Tal vez podamos conseguir pasar por el agujero que hizo el invasor!

Minmei asintió con la cabeza, demasiado corta de aire como para contestar. Rick encendió los propulsores y timoneó lo mejor que pudo.

Otro piloto habría muerto en ese momento. Pero Rick conocía bien al *Mockingbird*, incluso en situaciones tan singulares como esta.

Maniobró hacia delante al corredor con minúsculos reventones de propulsión sabiendo que no había tiempo para dar la vuelta y retroceder, y esperó que él y Minmei pudieran sobrevivir a la colisión.

Pero tuvieron que soportar una mala pasada más para compensar el equilibrio de la suerte inesperada que se les había atravesado en el camino: como respuesta automática del sistema de control de daños, una gruesa cortina de armadura estaba descendiendo sobre el agujero.

Rick encendió todos los propulsores al máximo al ver desaparecer su única oportunidad de supervivencia. Encendió el turbohélice en reversa a toda potencia, esperando que eso pudiera detener la nave una vez que se encontrara con la atmósfera.

Había calculado que la mayor parte de la onda de aire que provenía del compartimiento abierto se habría agotado para el momento en que llegaran allí. No tenía sentido pensar de otra manera; ni los propulsores ni el turbohélice podrían llevar al *Mockingbird* a «contracorriente» de la tremenda presión de tan monstruosa fuga de aire.

Él no estaba tan errado. De hecho él hizo un trabajo de pilotaje digno de un lugar en los libros de récord hasta que la cortina de armadura que estaba descendiendo seccionó el ala superior del corredor.

Aun así, el pequeño avión, más o menos intacto, se disparó dentro del inmenso compartimiento dirigiéndose hacia el área más lejana del techo. El turbohélice bramó cuando las paletas tuvieron algo que morder dentro de una atmósfera muy ligera. El parche de armadura retumbó al entrar en su lugar.

Y había gravedad. La escalada del *Mockingbird* llegó a su punto máximo y se convirtió en una picada de choque.

—Casi lo logramos —se dio cuenta Rick. La cubierta giraba hacia la carlinga.

Pero se encontraron por casualidad con un área que todavía estaba atestada con cables de grúas, poleas de eslingas y aparejos, una selva de ellos. En una cuestión de segundos el *Mockingbird* quedó obstruido, giró, se dio vuelta y quedó atrapado sucesivamente, y más piezas rotas saltaron de él.

Rick y Minmei se sintieron desmayar pero unos segundos después se despejaron, para descubrir que estaban colgando de cabeza con la cubierta a sólo un metro o dos por debajo del domo de la cabina. El ruido que hacía el equipo de sustentación de vida que bombeaba el aire de vuelta hacia el recinto ya era fuerte.

El *Mockingbird* colgaba atrapado en las líneas y cables, boca abajo pero estable por el momento. Una última pieza de buena fortuna: ninguno de los cables había quedado atravesado en la carlinga como para mantener cerrada la cabina y aprisionarlos.

A Rick ya no le quedaban reservas para pensar en soluciones elegantes. Golpeó la traba y la carlinga colgó hacia abajo. Bajó a Minmei con lo último de sus fuerzas y soltó su arnés de seguridad, resignándose a caer.

—¡Uf! —dijo solamente cuando aterrizó sobre la cubierta a los pies de ella.

Ella se arrodilló junto a él. Tras haberse resignado a morir, ellos se observaron a sí mismos con admiración. Después se miraron el uno al otro y comenzaron a reírse al mismo tiempo.

Esa fue la mejor y más fuerte risa que ninguno de ellos hubiera realizado. De alguna manera fue tremendamente importante para Rick compartirla con Minmei.

—Acabamos de bajar al último Battlepod enemigo, señor —Sammie retransmitió la información.

—Muy bien —Gloval asintió con la cabeza—. ¿Todavía ningún contacto con el cuartel general?

Esa era la papa caliente de Claudia.

—No, capitán. Lo intenté, señor, pero nada funciona. No podemos contactarlos.

—¿Estás segura de que no hay ningún mal funcionamiento del sistema? —se entrometió Sammie.

—Negativo —le contestó bruscamente Claudia.

—Ninguno en absoluto —dijo Vanessa, respaldándola—. Está operando a la perfección.

Gloval no quiso prorrogar sus miedos; tenía una idea de lo que había sucedido, pero si se probaba que era verdad las consecuencias serían realmente calamitosas. Aun así, no había forma de evadir lo inevitable.

—Denme la lectura de nuestra posición.

—La órbita del planeta Plutón, según los planos de la computadora —Vanessa fue rápida y precisa al contestar.

—¿El planeta Plutón? —mucho peor de lo que él había sospechado. Gloval se hundió profundamente dentro de ese temple que se desarrolla cuando se engaña a la muerte cientos de veces y esta vuelve para otro intento. Inexorablemente.

Las tripulantes del puente se estaban reuniendo alrededor de Vanessa, incluso la inquebrantable Lisa.

—¿Plutón?

—¡Imposible!

—¡No puede ser! —estaba proclamando Claudia, aunque sabía muy bien que era verdad—. ¡Yo estuve en contra de este asunto de la transposición de salto todo el tiempo!

Más que cualquier otra persona viva, Gloval sabía cuando era tiempo de interpretar a un dictador (raramente) y cuándo era momento de representar al patriarca (método con el que había ganado todas las distinciones importantes que había, algunas varias veces).

—Ya, ya, ya. Cálmense; no entren en pánico —su voz era calma y segura. Trajo el orden y la disciplina de vuelta al puente gracias a su resonancia muy medida—. Todo lo que tenemos que hacer es retransposicionarnos regresar a donde comenzamos.

Aquello hizo que todas ellas intercambiaran miradas y se calmaran. Gloval estaba a cuatro pasos por delante de todas, como siempre; todo estaba bien.

Atrás en la popa, en la sección de energía, Lang miraba fijo y se reía, doblándose y palmeándose las rodillas... con una risa que oscilaba entre la histeria y lo majestuoso. Los técnicos, los

científicos y los tripulantes que estaban a su alrededor lo observaron inseguros.

Esto sucedía desde más o menos medio minuto, y cada vez que Lang volvía a mirar se reía otra vez. Las lágrimas se habían comenzado a escurrir de los ángulos de sus extraños ojos debido a lo que él percibía como una broma monumental.

Lang se forzó a detenerse antes de que nadie a su alrededor pudiera actuar. Las bromas cósmicas no eran algo que se pudiera compartir con cualquiera; el don del humor no corría tan profundamente en algunas personas.

Lang se enderezó y recobró el aliento para recomponerse y sacudió la cabeza.

—Que alguien me comunique con Gloval.

—No hay absolutamente nada por qué preocuparse —estaba diciendo Gloval.

—Espero que no, capitán —murmuró Lisa, de vuelta en su estación. Y fue entonces cuando sonó la línea directa.

—¿Ahora qué? —contestó Gloval gruñendo como un oso—. ¿Sí? ¿Qué? ¿Está completamente seguro? Manténgase ahí; ya voy.

Gloval estrelló el tubo. Ignoró los rostros interrogativos que lo rodeaban y se dirigió hacia la compuerta. Lisa se quedó tiesa, pasmada por la idea de que el capitán siquiera pudiera pensar en dejar el puente en un momento como este.

—¿Capitán? ¿Qué sucedió?

Gloval hizo una pausa en la compuerta.

—El doctor Lang me informa que el sistema de transposición se ha desvanecido en el aire.

La cuadrilla del puente dejó escapar gritos ahogados y gemidos. Sammie y Kim se abrazaron conteniendo las lágrimas. Todas allí sabían tan bien como Gloval lo que eso significaba.

—Nunca conseguiremos volver —susurró Claudia.

Gloval se detuvo para encender su vieja pipa maloliente afuera de la compuerta. No tenía sentido dudar de la noticia de Lang. El

hombre estaba obsesionado con la robotechnología, pero por otro lado era bastante racional. Eso le dejaba a Henry Gloval tener que calcular la cuestión de las posiciones orbitales actuales, distancia, suministros y los perfiles de rendimiento de los motores.

Sopló una nube de humo, estudiando el tabaco dentro del cuenco de la pipa.

Sería mejor que racione; lo que tengo me tiene que durar por bastante tiempo.

—Mmm. Ahora bien —dijo en voz alta—, va a ser un largo viaje.

Por fantástico que pareciera Lang tenía razón: los motores de transposición habían desaparecido.

Gloval regresó al puente para tratar de salvar esta situación aparentemente irremediable lo mejor que pudiera.

—No sé qué sucedió exactamente —gritó Gloval en un receptor— ¡Pero nuestra prioridad es traer a los civiles a bordo de esta nave lo antes que podamos! —colgó el auricular y se dio vuelta hacia las tripulantes del puente—. ¿Bien?

—Capitán, no podemos conectarnos con *Daedalus* y *Prometheus* —le dijo Lisa.

La mirada de él se dirigió hacia el mirador frontal. A unos cientos de metros de distancia se podían ver claramente las formas colosales de los dos súper portaviones en medio de una nube de escombros y desechos, de muebles y automóviles que vagaban a la deriva y de restos humanos de las víctimas de la tragedia.

—Son transportadores de aeronaves; toda su atmósfera se debió drenar de inmediato tan pronto como desapareció el campo de fuerza de la transposición —ninguna de ellas necesitó que le dijeran lo que eso significaba; todas las tropas se perdieron como resultado de la transposición, así como todos los otros seres humanos desprotegidos—. ¡Qué catástrofe!

Pero otras cuestiones eran demasiado urgentes para él como para explayarse en el horror que debió existir dentro de los súper portaviones en esos últimos segundos. Las oportunidades de sobrevivir y de regresar a salvo a la Tierra eran escasas, pero eran suficientes como para que él las aprovechara.

Al igual que un puñado de personas a través de la historia, Henry Gloval estaba excepcionalmente adaptado para este momento

y situación particular. La historia tuvo que rememorar esto como un singular golpe de buena suerte para la raza humana.

—Comandante Hayes, ordene a los vehículos del escuadrón de rescate que maniobren a los transportadores hacia un lado de la *SDF-1*. Nos ensamblaremos a ellos y pondremos a las dotaciones a trabajar contrarreloj para que los hagan herméticos y los pongan en funcionamiento una vez más. —Él evitó pensar sobre lo espantoso que sería el trabajo de limpieza.

—¿Capitán, es más importante que nos acoplemos con ellos que con *Armor Uno* o *Diez*? —Lisa lo miró sorprendida.

—Sí. Creo que las armas de a bordo todavía funcionan, y hay muchos Veritech a bordo de ambos.

—Espero que funcione, capitán —dijo Lisa.

—Se debe realizar rápidamente —agregó Gloval.

—Eso seguro —murmuró Claudia.

Gloval fue a pararse junto al mirador.

—¡Todas esas vidas perdidas! ¿Cómo pude ser tan estúpido? —pero en el fondo sabía que era injusto consigo mismo. Había tomado la única opción que tenía. Si hubiera elegido otro curso de acción, la *SDF-1* ahora estaría en las manos de los invasores extraterrestres y todo se habría perdido.

—También desplegaremos tubos de abordaje hacia los refugios y comenzaremos a transferir a todos sus ocupantes hacia la *SDF-1* —ordenó por sobre su hombro—. Instruyan al coronel Fielding y a su personal para que dejen todo lo demás y comiencen a construir viviendas temporales para ellos de inmediato. Destaquen a los grupos EVE cinco y seis para que comiencen las operaciones de salvamento; díganles que traigan todos los materiales utilizables, haciendo especial énfasis en víveres y cualquier agua congelada que ellos sean capaces de encontrar.

Las tripulantes del puente se pusieron en marcha tomando notas a medida que surgían las órdenes. Inventarios de todos los recursos; proyecciones de requerimientos y capacidades de todos los jefes de división; exploraciones de largo alcance para encontrar cualquier signo de presencia o actividad del enemigo.

Hubo una atención particular en este último ítem.

Ellos nos encontraron una vez, pensó Gloval. Que el cielo nos

ampare si lo hacen otra vez.

Capítulo 16

«S.O.S.»

Señal que Rick Hunter probó de varias maneras.

Muy debajo del puente y ligeramente hacia la popa, Rick Hunter se estrujó contra un cable de grúa. Aunque pareciera inútil, él persistió, manchado de grasa y exhausto. No era imposible ponerle de nuevo el ala remendada al *Mockingbird* —aunque no estaba seguro de cuánto iba a durar el parche—, pero enderezar el armazón y reparar el fuselaje lo tenían cerca del límite de su resistencia.

El corredor todavía colgaba boca abajo con los cables enlazados bajo sus alas, nariz y cola. Él amaba a la nave, la había construido a mano casi desde el principio; la idea de no salvarla era difícil de aceptar, y lo peor de todo era que él había llegado a la conclusión de que ella era la clave de la supervivencia de Minmei y de él.

Ellos habían terminado en una parte de la nave que estaba completamente desierta, carente de intercomunicadores u otros mecanismos de comunicación y de cualquier tipo de indicación de cómo salir. Rick había decidido rápidamente que si podía poner en funcionamiento su avión, de alguna manera podría conseguir que se moviera el parche de armadura, volver al espacio y alcanzar un atracadero.

Minmei tenía poca fe en el plan, pero se mantuvo callada. Hasta ahora. Pese a eso ella le tocó el hombro cuando él hizo presión contra el cable.

—Rick, nunca lograrás que vuele. ¿Por qué no ves si podemos conseguir algo de ayuda usando la radio de tu avión? Parece que sería lo más fácil.

—La radio se estropeó cuando aterrizamos —soltó la línea con cansancio—. Hay piezas de ella por todo el compartimiento: nunca funcionará.

—Oh —dijo Minmei con voz suave.

Rick reconsideró algo que había estado en el fondo de su mente. Sostuvo su reloj modelo aviator marca Heiko y cambió los modos.

—Pero tal vez esto nos ayude a salir de aquí.

—¿Qué tienes ahí? —ella se acercó a mirar.

—Un rastreador inercial... una clase de compás.

—Pero yo pensé que un compás tenía dos brazos que iban de atrás para delante —ella juntó sus dedos índices para mostrar a lo que se refería... Minmei parecía confundida.

—¿Eh? ¡Oh! —Rick se rió.

—Bueno, el único compás que vi era para dibujar círculos —Minmei pareció herida.

Ellos se pusieron en marcha enseguida, con Rick alumbrando el camino con una linterna de su equipo de emergencia.

—Con esta clase de compás seremos capaces de encontrar el camino de vuelta hacia el *Mockingbird* si nos perdemos dentro de esta enorme y vieja tina, y si no encontramos el camino de salida.

Pronto se dieron cuenta de que estaban metidos en un laberinto, un mundo ilimitado de conductos, cables, armazones, pasadizos, cañerías y tabiques. Sus pasos hacían eco de manera espeluznante.

—Me pregunto para qué serán todas estas cañerías —dijo Minmei estirándose para tocar una.

—Tal vez para enfriar algún tipo de unidad de energía —Rick se encogió de hombros.

—Oh ¡Au! —aulló Minmei, arrebatando la mano con los dedos quemados.

—¿Estás bien?

—Oh, estoy bien. Sólo estaba un poco caliente.

Las cejas de Rick se levantaron.

—Bueno, ya, eso fue bastante estúpido.

—Lo siento.

Pero cuando comenzó a caminar otra vez, Rick puso su pie derecho directamente en un charco de aceite y casi aterrizó de plano sobre su cara, sacudiendo los brazos y resbalando.

—¿Em, me repites qué fue eso? —preguntó dulcemente Minmei. Rick gruñó y arrancó otra vez dando zancadas.

Pero al final llegaron a un recinto lleno de chatarra y partes de máquinas descartadas.

—Creo que es un callejón sin salida —juzgó Rick.

—¿Quieres decir que no podemos volver? —dijo Minmei con un temblor en la voz.

—¡No puedes ir a buscar a tu amigo ahora, Roy! —Claudia le gritó a la pantalla.

—Pero yo sé que Rick está ahí afuera en algún lugar —insistió el Líder de Skull—. No puedo abandonarlo.

A pesar de lo mucho que él significaba para ella, Claudia no pudo evitar desear poder pasar a la cabina a través de la pantalla y estrangularlo.

—¡Escucha! ¡No puedes abandonar tu puesto cada vez que se te antoje! ¿Qué tal si...?

Gloval se estaba aclarando la garganta significativamente.

—Teniente Grant, déjeme hablar con él.

Ella se mordió el labio inferior pero contestó:

—Lo conectaré a través del canal ocho, señor.

Gloval levantó su radioreceptor.

—Comandante Fokker, su petición es denegada. Lamento escuchar lo de su amigo, pero tenemos más de setenta mil sobrevivientes civiles a bordo de esta nave, y necesitamos que todas las tropas trabajen tiempo completo para garantizar su seguridad.

—A la orden, capitán —los ojos de Roy se estrecharon—. Creo que la amistad es un poco más importante para algunos de nosotros que para otros. Lamento molestarlo, señor.

Roy se desconectó y Gloval estrelló el aparato.

—¡Crío insolente!

—Arrebatado —dijo Claudia en voz baja, mientras que Lisa trataba de concentrarse en lo que estaba haciendo, con los ojos nublados por la falta de sueño. Ella había deseado nunca volver a

escuchar el nombre de Rick Hunter en su vida.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar? —quiso saber Minmei.

—No lo sé; es enorme —exclamó Rick. No era que ella no lo pudiera ver por sí misma; el compartimiento era del tamaño de un hangar, con pilas de embalajes y equipamientos. Pero lo asombroso de él era la compuerta gigantesca ubicada al final.

—¿Por qué no nos trepamos y la observamos más de cerca? —propuso Minmei, adelantándose hacia una montaña de cajas. Ella se agitó cuando él la ayudó a subir—. ¡Tal vez en la cima haya una entrada que esté abierta y que lleve a un vestíbulo que nos conduzca al exterior! ¡Vaya, podría estar en casa a tiempo para cenar!

Pero mientras ella se apresuraba a ir en una dirección, él vio marcas en la otra.

—¡Eh, esa es una esclusa de aire gigante! ¡Está construida a la escala de esos gigantes extraterrestres! —de repente se sintió del tamaño de un ratón y muy vulnerable ahí al descubierto—. Espero que no vuelvan... ¿Minmei? ¡Minmei! ¿Dónde estás?

Aceleró el paso para encontrarla en un mirador con la vista clavada hacia el espacio como si estuviera hipnotizada. Los restos y despojos eran mucho más espesos cuando pasaban flotando por la nave.

—Mira eso —dijo con tristeza—. ¿Qué crees que sucedió?

—No sé de dónde salieron todas esas cosas. Parece como si una ciudad completa hubiera explotado.

Minmei pareció estar a punto de llorar.

—¿Podría... todo eso ser de casa? ¿De Macross?

Las tripulantes del puente estaban sorbiendo café, tomando su primer descanso en lo que parecieron años, mientras que Gloval

salió para hacer una inspección personal de la situación de la nave.

—Si los extraterrestres nos atacan otra vez no tendremos ninguna oportunidad —Lisa estaba sacudiendo la cabeza.

—¡Dentro de poco deberíamos tener las comunicaciones estándar funcionando normalmente! Tal vez la Tierra nos pueda decir qué es lo que está pasando —dijo Vanessa.

—Si usamos las transmisiones convencionales estaríamos arriesgándonos mucho —Lisa era escéptica—. Los extraterrestres podrían encontrarnos; podríamos revelar nuestra posición.

—Comandante Hayes —dijo Sammie desde su estación de trabajo—, el líder del grupo de redistribución cinco desea hablar con usted. Dice que es urgente.

Lisa dejó de lado el café, sabiendo que por lo pronto no podría terminarlo.

—Bueno, este tampoco va a ningún lado —Rick frunció el ceño e iluminó con su linterna el tabique blanco que estaba delante de él —. ¿Cómo está tu pierna? ¿Mejor?

Minmei se estaba friccionando el tobillo.

—Mi pierna está mucho mejor; sólo me la torcí, creo. Pero tengo un poco de sed.

Rick reflexionó sobre eso.

—Tengo algunas raciones de emergencia en mi avión, pero no tengo nada de agua —pero de repente lo sacudió la inspiración—. ¡Hay agua a todo nuestro alrededor! ¡Sólo espera aquí!

—Me pregunto de qué está hablando —murmuró Minmei cuando él salió corriendo.

Volvió en un instante con un pedazo de barra de acero que él había encontrado.

—¡Cha-chán! Creo que la señora requirió algo de agua. ¡Los refrescos vendrán de inmediato!

La calzó dentro de la junta de dos tuberías y comenzó a tirar de ella para separarlas.

—¡Ten cuidado! ¡No te lastimes! —le advirtió Minmei.

—Más duro... de lo que pensé —dijo a través de los dientes apretados.

—¡Déjame ayudarte! —Minmei se sacó los zapatos.

Juntos pusieron toda su fuerza en el esfuerzo e hicieron que las tuberías rechinaran. Les tomó todo lo que tenían, pero por fin el metal chasqueó y surgió un chorro de agua.

Afortunadamente estaba más tibia que caliente. Rick y Minmei cayeron hacia atrás sobre la cubierta, mientras que el agua fluía como una fuente hacia arriba y caía de vuelta sobre ellos como un aguacero.

—¡Lo logramos! ¡Es un géiser! —gritó Rick lleno de júbilo. Minmei se rió y él se le unió.

Después de unos momentos ella se levantó empapada y fue a tomar con las manos la corriente de agua.

—¡Vaya, esto es maravilloso! Creo que voy a darme una ducha.

—¿Eh? —fue todo lo que Rick pudo pensar en decir.

—Bueno, yo también podría sacar ventaja de esto mientras dure —ella comenzó a bajarse el cierre de la espalda de su vestido y después se detuvo para echarle una mirada a Rick, cuya boca era una gran O.

—Ahhh, Rick...

—¡Oh! Em, yo creo, eh, que mejor me voy a explorar un poco los alrededores, ¿Mmm?

Ella sonrió abiertamente y asintió con la cabeza.

—Y no espíes. ¿Podrías empujar aquello para acá para que pueda usarlo como cortina de baño?

Cuando se retiraba él arrastró una gran lámina de metal hasta el lugar a través de la compuerta abierta del pasaje.

—¡Gracias! —le gritó ella por sobre el chapoteo del agua. Él se dio cuenta de que había un pequeño agujero en la lámina de metal y se inclinó para inspeccionarlo, sólo para revisar, por supuesto, poniendo el ojo en él.

Minmei chilló. En una fracción de segundo Rick estuvo de vuelta del otro lado del tabique, acobardado por visiones de amenazantes gigantes extraterrestres.

—¿Minmei, qué sucede? Ya voy...

Él se deslizó hasta detenerse. Ella estaba clavándole la mirada

con un centelleo malicioso en los ojos, su largo cabello oscuro aplastado contra ella por el agua que caía, los brazos cruzados y todavía con el vestido puesto.

—Yo creí que vi algo, ahí cerca de la cortina de baño.

—¿Tu imaginación, tal vez? —dijo él débilmente.

—Se-gu-ro —ella asintió sarcásticamente con la cabeza.

—Sí —él tosió—. Bueno, discúlpame, yo... —se dio vuelta y salió corriendo.

Minmei perdió la noción del tiempo cantando y tarareando, regocijándose con la sensación y el sabor del agua. Después escuchó un sonido demasiado tenue como para identificarlo.

Ella también pensó en extraterrestres gigantes.

—¿Rick? ¡Si eres tú, deja de hacer bromas! —sintió una oleada de pánico—. Rick, contéstame ahora mismo.

Un pequeño rollo de ropa fue empujado desde el boquete del tabique improvisado.

—Te traje algo de ropa limpia —dijo él—. Es una camisa de trabajo extra que tenía en el *Mockingbird*.

Después de que Rick se diera una ducha rápida, ellos volvieron al avión guiados por el rastreador inercial y por las marcas que él había hecho en los cruces de varios pasadizos durante el curso de sus exploraciones.

Rick no quiso ser muy obvio con respecto a comerse con los ojos a Minmei. La camisa le quedaba grande, pero apenas le cubría la parte superior de sus muslos. Sus hermosas y estilizadas piernas parecían no terminar.

Ella estaba alegre... ese parecía ser su estado natural.

—¡Eso era justo lo que necesitaba! Ahora me siento mucho mejor. Y gracias por la camisa, Rick.

—De nada...

—A pesar de que es un poco grande —para demostrarlo, sacudió los puños vacíos y se rió.

Minmei saltó hacia un panel de metal bien pulido que reflejó su imagen como un espejo oscuro. Puso una cara cómica, sacó la lengua, se puso bizca y sacudió las largas mangas.

—«La Criatura Sin Manos». ¡Nyaaah! —se rió.

Ellos habían vuelto al compartimiento donde colgaba

suspendido el *Mockingbird*. Rick se adelantó y se sentó debajo de él sobre un camastro improvisado con el relleno de las cajas de embalaje que había registrado. Recogió un par de latas planas.

—Saqué mis raciones de emergencia. Toma: esta es para ti —se la arrojó.

—¡Oh! ¡Gracias! —ella parecía encantada, como solía hacerlo tan a menudo. Minmei encontraba más encanto en la vida que cualquier otra persona que Rick hubiera conocido.

Ella lo observó despegar el tenedor que venía con la lata, descalzar la pestaña de la tapa y jalarla hacia atrás.

—Veamos si esta cosa está buena —escarbó dentro de la pasta concentrada de color marrón e hizo sonidos de aprobación. Ella no hizo lo mismo y se puso seria de repente.

—¿No deberíamos conservarlas en caso de que tengamos que hacerlas durar?

—Yo no estoy preocupado —escarbó un poco más—. Saldremos pronto de aquí.

—Sí, ¿pero qué tal si no?

—Yo solía ser un explorador juvenil de la naturaleza —trató de sonar confiado—; yo conseguiré sacarnos de aquí.

Ella lo miró con astucia.

—Bueno, apuesto a que no conseguiste ninguna medalla al mérito por rastreo, ¿no es cierto?

—Ya, deja de preocuparte —le dijo con la boca llena y tragó—. Te prometo que encontraré el camino para salir de aquí —de repente dejó caer su tenedor y bajó la vista hacia la cubierta con abatimiento—, pero esa fue una medalla que no conseguí —confesó.

—¡Lo sabía! —ella lo hizo saltar al reírse en su oído.

—¿Eh, qué es tan divertido?

Ella se estaba riendo entre sus manos, por el momento indiferente a su drama, haciéndolo sonreír involuntariamente.

—¡Estuve enfermo el día que hicieron la prueba! ¡Al menos yo sé cómo es un compás!

Minmei se rió más fuerte. Rick no pudo resistirse y se le unió.

Más tarde se sentaron sobre el relleno y apoyaron sus espaldas contra una caja de embalaje ubicada debajo del *Mockingbird*.

—Estoy realmente preocupada por mi familia —confesó ella.

—No lo estés. Estoy seguro de que ellos están a salvo en los refugios —insistió él, tratando de sonar lo más positivo que pudo.

—Oh, eso espero —ella estaba pestañeando adormilada—. ¿Sabes? Había un refugio justo al lado de nuestra casa.

—Bueno, ahí tienes; todos ellos están bien.

Ella bostezó contra el reverso de su mano cubierta con la manga.

—Supongo que sí —su cabeza se asentó sobre el hombro de él.

Rick se sorprendió tanto que no se movió o habló por algún tiempo.

—Em, ¿vas a dormir? —ella estaba respirando acompasadamente con los ojos cerrados. Lucía más encantadora que nunca—. Despierta. No te puedes dormir de esta manera. Te va dar tortícolis.

Él se estiró alrededor de los hombros de ella como para ponerla en una posición más cómoda. El codo de él rozó contra algo vivo que estaba ubicado detrás de él sobre la caja de embalaje.

Con un chillido agudo, un gordo ratón gris saltó sobre el hombro de Minmei y salió corriendo por su brazo y a todo lo largo de la pierna desnuda de Minmei, y se fue saltando hasta desaparecer en la oscuridad. Minmei se despertó dando un grito y se encontró con las manos de Rick sobre sus hombros.

—Ah. Em.

Ella le echó una mirada calculadora.

—Mmm. Tal vez sería mejor que me moviera. Tú quédate aquí y yo dormiré más allá —ella se levantó ágilmente y se fue a otra pila de relleno a unos metros de distancia.

—Eh, fue un ratón —protestó Rick.

—Ajá —Minmei lo ignoró. Ella era joven y muy, muy atractiva; había aprendido que tenía que ser cuidadosa. Se arrodilló para alisar un pliegue del relleno y acomodarlo más a su gusto. Cuando lo hizo, una figura gorda y peluda saltó de su escondite y corrió hacia la oscuridad.

—¡Hay un ratón! —Minmei cubrió la distancia de regreso hasta Rick con un único salto histérico.

—No me digas —resopló él—. Me parece recordar haberte mencionado algo sobre eso, pero no me creíste.

Ella dejó caer la cabeza y después lo miró otra vez.

—Realmente lo siento, Rick.

Él se plantó en una posición noble.

—¡En ese caso, bella dama, yo la defenderé de estas temibles criaturas!

—Oh, gracias —Minmei sofocó otro bostezo.

—Creo que estaremos bien por esta noche —agregó él, echando un vistazo alrededor del compartimiento mientras que ella apoyaba su cabeza sobre su hombro una vez más. Sus párpados estaban revoloteando con cansancio—. Ellos están más asustados de nosotros que nosotros de ellos.

Lo que es más importante, no lo dijo en voz alta para no desalentar sus esperanzas de escape o de rescate, *si ellos pueden sobrevivir aquí, nosotros también*.

Trató de luchar contra la sensación de que la situación de ambos no era muy prometedora.

—Así que si quieres dormir... —empezó a decir hasta que se dio cuenta de que ella estaba dormitando acurrucada junto a él.

—Maldición. Desearía poder dormirme así —se puso cómodo lo mejor que pudo, se reclinó contra la caja y se concentró. Estudió todas las opciones y planes que pudo pensar, seguro sólo de una cosa.

Él no iba a defraudar a Minmei.

Capítulo 17

Si Breetai y compañía estaban confundidos por el comportamiento humano relacionado a la guerra, uno no puede evitar preguntarse —a la luz de los sucesos y respuestas subsiguientes de los zentraedi— qué habrían pensado si hubieran podido ver y observar el comportamiento de dos náufragos en la esquina más remota de la SDF-1.

Zeitgeist, Sicología Extraterrestre.

Un roce metálico sacó a Rick de sus meditaciones —un chirrido en realidad—, que le hizo dar dentera y lo alertó ante algún peligro.

Él se había acostumbrado a los interminables goteos del agua que se condensaba o de la que escapaba de las cañerías, ya ni siquiera los registraba, y podía identificar la mayoría de los ruidos de la nave: los de los gigantescos sistemas de circulación y los de las vibraciones de la maquinaria lejana. Pero este era algo nuevo.

Era Minmei.

—Veamos: ayer fue jueves. Ahora es viernes... —ella sostenía en su mano una pieza triangular de metal al que le había afilado un lado sobre la cubierta, y con él terminó la línea que estaba tallando en el fuselaje del *Mockingbird*, bajo el morro de estribor.

Había dos de ellas, verticales irregulares grabadas profundamente en la piel vulnerable del corredor. Él vio que ella había elegido un sitio donde había lugar para unas cuantas marcas.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

Ella giró hacia él sonriendo, feliz de estar haciendo algo que producía resultados tangibles, por muy insignificante que fuera.

—Estoy llevando un registro de cuántos días hemos estado

varados aquí —ella le ofreció el cortante improvisado—. ¿Te gustaría ayudar?

Era obvio que a ella nunca se le había ocurrido que su reloj Heiko tenía la función día/fecha. Rick se guardó este hecho para sí mismo. Su calendario personal parecía levantarle la moral.

—No gracias. Lo estás haciendo bien. Voy a volver al trabajo.

—Nos vemos —Minmei sonrió y lo vio irse a realizar otra misión de exploración y supervivencia mientras él se colgaba su anotador al cuello.

¡Ese era un trabajo de pintura completamente nuevo! —resopló. De todas maneras no importaba; el *Mockingbird* nunca volvería a volar—. ¡De buena ayuda que es ella! ¡Bueno, supongo que hoy no muchas cosas más pueden salir mal!

Fue justo en ese momento cuando él se golpeó la frente contra una tubería que se encontraba a baja altura. Al retroceder por el dolor, golpeó otra tubería con la parte de atrás de su cabeza. Silbando con furia y frustración reprimida, se regañó por no estar usando el casco Veritech.

Pero se negó a volver. Al principio parecía fácil marcar las diferentes rutas y los posibles caminos de escape disponibles, hasta que terminó por darse cuenta del gran alcance que tenía ese laberinto en el que estaban atrapados y de lo tremendamente complicado que era. Él había llegado a tantos callejones sin salida que los veía constantemente en sus sueños.

Golpear con una barra de metal sobre las cañerías o sobre los tabiques no había dado resultados, e incluso enviar código Morse por un cable de electricidad cortado fue un fracaso. Era difícil pelear contra la depresión, y no pudo evitar pensar sobre lo que sucedería si a él no se le ocurría pronto una solución.

Había un proyecto que todavía no se lo había mencionado a Minmei, no tanto porque representara un riesgo de muerte para él, sino porque si él lo intentaba y fallaba, ella se quedaría sola. Aun así, sus opciones eran cada vez menores con cada hora que pasaba.

Cuando por fin rastreó el camino de regreso al avión después de más búsquedas infructuosas, se sorprendió de no ser el único en trabajar duro.

—Bueno, Rick. ¿Te gusta nuestro nuevo hogar? —le preguntó

Minmei con los ojos brillando.

Rick comenzó a sonreír por primera vez desde que podía recordar.

—¡Está genial! —fue todo lo que pudo decir.

Minmei se las había ingeniado para sacar el paracaídas de la parte de atrás del asiento del piloto... *tal vez después de leer la placa de instrucciones de eyección*, pensó él. No pudo haber sido fácil con el *Mockingbird* colgando boca abajo a dos metros y medio o tres de la cubierta.

Más que eso, ella lo había desplegado sobre la nave para construir una espaciosa carpa a rayas rojas y blancas. Y lo mejor de todo era que había encontrado el equipo de supervivencia, había establecido una pequeña cocina de campamento y armado una cena cuyo aroma le hizo agua la boca hasta que le dolió la mandíbula.

Las luces del compartimiento se estaban bajando de acuerdo al programa de 24 horas de día/noche de la *SDF-1*. Los dos se mudaron bajo la carpa. Rick se sentó al estilo indio mientras que Minmei se arrodilló junto a la cocina para revolver con una cuchara de plástico.

—Al hacer estofado podemos lograr que nuestras provisiones duren más tiempo —le explicó. Rick se arrepintió de su pensamiento anterior, de que ella no podría soportar ni su propio peso.

—Es correcto; lo olvidé —contestó, determinado a recompensarla—. Tú estás en el negocio de los restaurantes.

Ella estaba espolvoreando pedacitos de algo que parecía ser para sazonar el estofado, sólo que él no podía recordar que las especias estuvieran en las listas de los contenidos de las raciones. Lo que sea que ella había preparado, le había salido algo que olía espléndido.

—No, el Dragón Blanco era el restaurante de mi tía Lena —respondió Minmei, encogiendo los hombros. Ella pensó un momento y después agregó—: En realidad yo quiero ser una artista.

—¿Estás planeando ser una actriz? —Rick ladeó la cabeza con sorpresa.

—Bueno, estudié actuación, canto y baile —ella sirvió una ración para él—. Toma.

—Gracias —él se mantuvo en silencio por un momento, llevado

por la imagen de Minmei bailando. Después dijo:

—Eso no te prepara exactamente para hacer algo como esto, ¿eh? —arrepentido, miró su anotador y el creciente mapa de callejones sin salida.

Pasaron cinco días.

—¿Puedes creer que están reconstruyendo la ciudad dentro de la nave? —estaba diciendo alguien cuando Lisa entró a la sala de oficiales—. Es sorprendente.

Por su insignia, vio que era un piloto Veritech que había despegado del *Daedalus*, uno de los pocos que se encontraban en el aire durante la transposición y que por eso se había salvado. En esos días él y los de su clase eran como espectros que observaban los entrenamientos acelerados de los nuevos grupos de pilotos para que volaran los cazas que los muertos de los transportadores ya no podían tripular.

Su comentario sobre los refugiados y su reconstrucción era rencoroso. Cualquier clase de ausencia en una embarcación naval o espacial siempre se percibía, y ahora...

—Puede dejar las bandejas, mesero —estaba diciendo Claudia en la mesa donde esperaba a Lisa—. Muchas gracias. Huele maravilloso.

—Sí, señora —el mesero sirvió con torpeza. Era un nuevo recluta; en estos días todos los que tenían adiestramiento militar se utilizaban para trabajos de mayor prioridad, y casi siempre era autoservicio. Pero las cosas eran difíciles en todos lados y eran muy pocas las quejas. A este mesero en particular, según averiguó de Claudia, lo iban a enviar a una clase de artillería en el próximo cambio.

—Así que él espera que yo me ofrezca de voluntario y que salga a buscar este módulo de refugio yo solo. Y yo le dije: «¡Señor, yo soy valiente pero no estoy loco!» —continuó el piloto de VT.

—Así que no te ofreciste —dijo su compañero de mesa—. ¿Pero fuiste?

El primer piloto se encogió de hombros con tristeza e hizo un movimiento rápido con su mano, con el pulgar y el meñique extendidos para referirse a las alas de un Veritech. Ambos se rieron cansinamente.

Algunas cosas nunca cambian, pensó Lisa. Contrariamente a lo que la mayoría de los civiles pensaban, los verdaderos veteranos de combate rara vez alardean entre ellos de su heroísmo; era una señal de gran prestigio continuar sobre lo asustado que se estaba, sobre lo desagradable que eran las cosas, sobre lo peligrosa que se había puesto la situación y sobre lo estúpido que era la audacia. Porque entre ellos todos sabían; alardear era para relegados.

—Oh, aquí estás —dijo Lisa, derrumbándose en una silla frente a Claudia.

—¿Cuáles son las últimas noticias sobre los refugiados? —Claudia bajó su taza de café.

Lisa frunció los labios sopesando la respuesta.

—Finalmente los dividimos por cuadras y la construcción continúa las veinticuatro horas del día.

Los ojos oscuros de Claudia se nublaron por la fatiga y por la extrañeza de lo que había pasado y que estaba pasando. Ella sólo pudo arreglárselas con un asentimiento.

—¿De verdad? Es increíble.

Gloval supo de inmediato qué hacer. Su esfuerzo implacable para traer a bordo a los sobrevivientes de Macross y a todo el material recuperable y reciclable que fuera posible, había producido resultados sorprendentes. Era la única forma de que los humanos pudieran hacer el largo viaje a casa.

De la noche a la mañana los ingenieros idearon unos trasmallos recolectores de kilómetros cuadrados para recoger todo lo que se pudiera recuperar del desastre. Hubo demasiados actos individuales de valor como para contarlos o como para mantenerse al tanto de ellos. El mayor fue el trabajo de los grupos de traspaso, cuya horrenda faena fue sacar a los muertos de los portaaviones y de las otras áreas donde se encontraban.

En la *SDF-1*, todas las bodegas que se habían reservado para las misiones y propósitos futuros que nunca se presentarían, ahora estaban llenas de escombros, y también había almacenes de

material que se podrían usar. Las máquinas de fabricación Robotech que se encontraban a bordo de la *SDF-1* eran los inventos más avanzados de su clase que se habían desarrollado: el equivalente a una ciudad industrial metida dentro de unos pocos compartimientos, mini fábricas que podían reproducir un surtido asombroso de materiales y objetos manufacturados.

En lo que respecta a los planos y anteproyectos, serían un juego de niños para las computadoras de la *SDF-1*, porque todos los registros de la construcción de la ciudad, desde el primer edificio permanente construido hace diez años, hasta el último estaban en los bancos de datos de la nave.

Lo más importante era que Gloval había entendido antes que nadie más a bordo lo que acarrearía el largo viaje hacia la Tierra. No se podía esperar que los civiles se sentaran en los alojamientos de emergencia saturados y se cruzaran de brazos. Eso provocaría un completo trastorno social y sería un desastre para la *SDF-1*.

En los informes de misión subsiguientes y en los anuncios a los refugiados se mantuvo bien el secreto, pero fueron las oficiales de enlace de Gloval quienes plantaron la semilla de la idea: ¿Por qué no reconstruir Ciudad Macross?

Las ranuras del calendario de Minmei se multiplicaron: cuatro verticales cruzadas por una horizontal y dos líneas más.

Ahora Rick temía volver hacia la pequeña luz que lanzaba la cocina de campamento en miniatura, temía que Minmei tuviera que fingir que no estaba desilusionada por otro día de malas noticias.

Ella también había comenzado con las exploraciones para duplicar sus posibilidades, al principio contra las enérgicas objeciones de él... pero con su aceptación tácita cuando las cosas se pusieron más y más desesperantes.

Él se hundió con abatimiento dentro de su camastro mientras que ella revolvía la sopa insulsa que era lo último del estiramiento de sus raciones. No fue capaz de averiguar cómo hacían los ratones para subsistir, pero no pasaría mucho tiempo hasta que él y Minmei

se vieran forzados a comenzar a intentar cazarlos. Dudó que incluso ella pudiera hacer que un estofado de ratón supiera muy bien.

Se sentó y trató de imaginarse como enfrentar su difícil decisión.

—¿Sin suerte, eh? —dijo Minmei—. ¿Por qué no descansas?

—Minmei —comenzó, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas—. No sé qué más hacer. Esta nave es como una gran prisión laberinto.

—Sí —dijo ella sin levantar la vista—, una gran prisión que flota en algún lugar del espacio.

Era una apertura que él no había esperado, una oportunidad de hacer que su plan sonara prometedor, de ponerla optimista.

—¡Eso es, por supuesto! ¡Estamos en el espacio! —trató de sonar como si acabara de darse cuenta de las implicancias de eso.

—¿Y eso qué? —ella pareció alarmada.

—¡Esa es nuestra forma de salir de aquí! ¡Salir por esa esclusa de aire que encontramos y entrar en otra, en algún lugar de más arriba!

Ella no comprendió.

—No podemos hacer eso; no tenemos ningún traje espacial.

Él ya se había puesto de pie y sacado el casco Veritech de su lugar de descanso.

—Mi casco de vuelo me protegerá. Flotaré hasta afuera, conseguiré ayuda y volveré aquí por ti. ¡Es simple! ¡Funcionará!

Se levantó el cuello de su traje de vuelo y pasó sus dedos a lo largo del cierre automático para demostrarle cómo formaba un sello de presión y un aro de cuello que se podía meter dentro del casco.

—Sí, pero... —ella parecía estar terriblemente confundida.

—Bueno, voy a necesitar tu ayuda —dijo Rick mientras iba a la delantera con la linterna—. Así que te voy a enseñar cómo usar los controles de la esclusa de aire, ¿está bien?

Ella venía por detrás de mala gana, con las manos agarradas por la espalda y aceptó en silencio su ayuda cuando comenzaron a ascender otra vez la montaña de cajas de embalaje.

Ellos alcanzaron el estante de servicio construido a escala zentraedi que se encontraba cerca del panel de energía; era del ancho de un camino rural. Los indicadores de control eran del tamaño de ruedas de tren y los botones eran tan grandes como las ventanas del dormitorio de ella.

—¿Estás segura de que entiendes todo? —él volvió a verificar.

—Ajá —y después dijo con ímpetu—: ¿Pero sin tanques de oxígeno, Rick? ¿Cómo vas a respirar?

—Hay aire en el casco y algo en el traje. No necesitaré mucho tiempo —pero se apresuró a adelantarse antes de que ella descubriera el problema que él ya había notado: ellos habían explorado la nave en todas las direcciones y no habían encontrado ninguna esclusa de aire cerca. Para alcanzar otra desde esta, le tomaría estirar hasta el límite su escasa provisión de aire, incluso si una se encontrara apenas más allá de su prisión.

Él se dio vuelta y se marchó antes de que ella pudiera decir algo más.

—¡Espera! —gritó Minmei corriendo detrás de él—. ¡Estoy cambiando de opinión sobre todo esto! ¿Rick?

Corrió tras él, volviendo a dar la vuelta al recodo de la repisa.

—¿Adónde vamos?

—Quiero mostrarte algo: puedes pararte junto a este mirador gigante de aquí así podremos comunicarnos si es necesario —el mirador era más grande que una pantalla de cine.

Ella hizo un grito sofocado y se llevó ambas manos a la boca, con los pies torcidos hacia dentro y los ojos enormes.

Él preparó su voz más positiva.

—¿Minmei, y ahora qué pasa? Tienes que dejar de preocuparte constantemente... ¿eh?

Ella no lo estaba mirando a él. Estaba mirando boquiabierta por sobre su hombro hacia el mirador. Él se dio vuelta.

—¡Mira... eso!

—¡Nunca había visto algo como eso! —exhaló Minmei—. ¿De qué clase es?

Al principio él pensó que era alguna clase de nuevo prototipo de nave espacial plateada y lustrosa, y ya estaba a punto de buscar la forma de hacerle señas. Después lo preocupó que pudiera ser una

nave extraterrestre, aunque no se pareciera en nada a un pod. Pero un segundo más tarde se calmó y vio que lo que en realidad era, lo que apenas era un poco más fantástico que las posibilidades uno y dos.

—Sin pensarlo, diría que es un atún —se aventuró Rick—. No sabía que crecieran tanto.

Este era tan largo como el *Mockingbird*, y parecía estar intacto y completo. No se pudo imaginar por qué las fuerzas de la descompresión explosiva y del vacío no lo habían convertido en algo más que un partido de fútbol visto en un radar. Él todavía no estaba al tanto de las peculiaridades tan singulares de un campo de fuerza generado por la Protocultura.

Flotaba como una goleta, como si llevara el mismo paso que ellos.

—Ese seguro que es un gran atún —observó Minmei mientras se lamía los labios.

—Realmente grande —concedió Rick. Se dio vuelta hacia ella y los dos gritaron al mismo tiempo y presionaron sus narices y palmas contra el mirador.

—Me pregunto si habrá alguna manera de que yo pueda sacarlo de ahí —dijo él con anhelo.

—¡Atún! —dijeron a coro cuando giraron el uno hacia el otro.

Rick se aseguró que el sello del anillo estuviera lo más tirante posible. Reforzó los sellos de sus muñecas y tobillos con toda la cinta que fue capaz de encontrar y con algunas vueltas de soga. El cierre del collar estaba enroscado fuertemente con capas de tiras de ropa.

Se dio cuenta de que no podía escuchar nada y volvió a abrir el visor. Minmei le estaba gritando.

—¡Ten cuidado ahí afuera! ¡Haz una seña con la mano cuando estés listo!

Él hizo la seña y cerró otra vez el visor, llevando de vuelta hacia la enorme esclusa de aire su línea enrollada.

—¡Aquí vamos! —se dijo Minmei e hizo fuerza contra el botón del tamaño de una rueda de tren.

Rick hizo lo que pudo para mantenerse calmado mientras la compuerta interior bajaba con una decisión que hizo que la cubierta saltara y que el aire se drenara. Al lado de él había un par de tanques pesados de algún tipo; los mantuvo cerca de él. Sintió que la gravedad artificial de la nave se aflojaba.

Cuando el aire se fue y se abrió la compuerta exterior, tomó un porte cuidadoso y se empujó, arrastrando la larga soga por detrás. Su traje ya se estaba convirtiendo en un baño de vapor.

El atún le estaba haciendo un favor al no moverse mucho, pero su puntería estaba errada. Tiró uno de los tanques en una dirección, y la tercera ley de Newton lo llevó en la otra.

No habría tiempo para fracasar. Si erraba tendría que volver a llenar su traje con aire, conseguir más lastre e intentarlo de nuevo. Exhausto y disminuido, no sabía si tendría la fuerza para ello y no quiso averiguarlo. Se puso el segundo tanque dentro de los pliegues más flojos de la ropa.

Desacostumbrado a la gravedad cero, dio vueltas como un molinete y dejó de lado el pensamiento espantoso de cómo moriría si en este momento perdía el control de su estómago y cedía a la náusea de la falta de gravedad.

Después derivó hacia un ojo sin vida del tamaño de una fuente de comida. Separó los brazos y persiguió al atún. El gran pez giró lentamente cuando Rick se agarró al lado izquierdo de su cabeza. Él ató un lazo alrededor de una aleta del pecho a manera de seguro.

Trató de arrojar el segundo tanque para conseguir mover el atún hacia la esclusa, pero sin mucha suerte; la cosa no tenía peso, pero su masa no había cambiado, y su masa parecía ser inamovible.

La línea que había desplegado detrás de él llegó a su fin y se estiró sólo un poco. Estaba hecha de un compuesto caro realizado para el trabajo en el espacio profundo y más fuerte que el acero. Rick fue jalado, y se dio cuenta de que si no hubiera atado la aleta habría dejado escapar de golpe al pescado como a una pelota ovalada.

La elasticidad del cable absorbió el movimiento del pez y se contrajo, haciendo que el atún comenzara a moverse de vuelta

hacia la esclusa. Rick sintió que su aire se agotaba y peleó contra el deseo de usar al pez como plataforma de lanzamiento... de patear hacia la esclusa de aire y esperar poder recuperarlo más tarde. Él y Minmei podrían sobrevivir por algún tiempo sin comida, pero no por siempre, y probablemente el pez podría ser la diferencia entre la vida y la muerte para ambos.

Resistió y tiró del cable para acelerar las cosas. La esclusa de aire parecía estar muy lejos, y su aire era muy, muy escaso, atontándolo, mientras que el pez se movía tan lentamente como un glaciar.

Sacudió la cabeza para despejarse y concentrarse. Todo estaba borroso. *¿Acaso no había un libro sobre un viejo pescador que resistía de alguna manera?* Rick estaba bastante seguro de que su padre se lo había hecho leer, pero no podía recordarlo.

La compuerta estaba ante él. ¿Había estado tomando una siesta? No tuvo tiempo de salirse del camino y el atún lo atrapó contra la cubierta y lo apretujó un trecho. Sintió que alguna pequeña costura cedía y que la presión de aire de su traje comenzaba a descender.

Empujó histéricamente, peleando para poder salir contra la masa insoportable, pataleando y moviéndose hacia la compuerta interior de kilómetros de alto. La golpeó con los puños, sintiendo que su aliento y su lucidez se escabullían... por siempre, si no conseguía aire pronto.

El siseo se hizo más fuerte y localizó el punto estrujado justo cuando comenzaba a romperse, lo mantuvo unido con su mano y enganchó su pie en alguna clase de miembro cruzado, machacando y machacando con su puño libre. No se dio cuenta del chirrido de la compuerta exterior.

Tampoco se dio cuenta del regreso de la gravedad hasta que esta lo arrojó lejos de la compuerta interior. Se dobló contra la puerta blindada, ahora sólo siendo capaz de golpearla débilmente, con el mundo poniéndose rojo ante su vista y después oscureciéndose cada vez más.

Capítulo 18

Ese anhelo suprimido de la Flor de la Vida, cuyo deseo genera el incalculable poder de la Protocultura, tiene su equivalente humano. El interludio de los náufragos es rico en sutilezas en lo que se refiere a aquellas Fuerzas Mayores que se manifestaron en la Guerra Robotech, mucho más poderosas que las armas o los misiles.

Jan Morris, Semillas solares, guardianes galácticos.

Rick casi cayó de cara sobre la cubierta. La compuerta interior se había elevado sin que él lo notara y había aire a todo su alrededor. Por desgracia su casco todavía estaba sellado.

Minmei corrió hacia él gritando algo que él no pudo escuchar. Él se tambaleó y vaciló. Por fin, entre los dos lograron que se sacara el casco; él devoró el aire presionando su pecho contra el traje de vuelo y sollozó al exhalar, pero vivo.

Minmei le puso un hombro bajo el brazo para sostenerlo cuando cayó en cuatro patas.

—¡Estaba tan preocupada! Yo pensé... —ella no terminó.

—Por lo menos... entré el atún —dijo con esfuerzo. Cuando recuperó un poco su aliento, se enderezó y miró dentro de la esclusa por sobre su hombro, hacia su pesca.

Cuando se impulsó empujó al pez hacia atrás y la compuerta exterior lo había cortado por completo; sólo la cabeza de ojos vidriosos permaneció dentro de la esclusa, y todo lo que estaba detrás de las branquias se quedó afuera, flotando a la deriva hacia algún nuevo cuadrante.

—O algo de él —se corrigió. Él se preguntó si la tía de Minmei le

había enseñado alguna receta apropiada para la ocasión—. ¡Ahhh!
—dijo, y se hundió en la fría cubierta.

Ushio jiru, un gran manjar, era lo más conveniente para la preparación del potaje, ya que explotaba el sabor y utilizaba las partes del pescado que por lo general los occidentales descartan. Sin embargo, la versión que la tía Lena le había enseñado a Minmei no comenzaba con «tome una cabeza de pescado de un metro, o de un metro y medio de largo».

Esto no impidió que la boca de Rick se hiciera agua, y menos que el infortunado pescado los mirara fijamente desde una gran cacerola. El combustible de avión del *Mockingbird* se consumía a través de los quemadores y un aroma delicioso flotaba por el compartimiento.

—¿Por qué estás sentado ahí con esa mirada triste en tu rostro?
—Minmei aguijoneó a Rick—. ¡Atrapaste un pez en el espacio exterior! ¡Estuviste maravilloso ahí afuera!

Él se sentó con la cara metida en las manos, lleno de melancolía. La había subestimado e hizo un pacto consigo mismo para ser honesto con ella de ahora en adelante.

—Gracias, pero ese pequeño viaje de pesca arruinó nuestras posibilidades de salir por el casco de la nave —él le mostró la rasgadura que apareció en su traje momentos antes de que ella abriera la compuerta interior y lo salvara—. No tenemos forma de arreglarlo. No sé qué es lo que vamos a hacer —él abrazó sus rodillas y hundió la frente contra ellas.

—Tal vez podamos abrir un agujero en el techo y después escalar —propuso ella, diciendo cualquier cosa con tal de evitar que él perdiera la esperanza.

Él levantó la cabeza otra vez.

—Ya pensé en eso. Ayer tomé algunas herramientas y trepé hasta el techo. Pero es como una armadura; ni siquiera pude abollarla.

Minmei pinchó la cabeza de pescado con su largo tenedor de

metal.

—¿Qué tal una explosión?

—¿Qué podríamos hacer explotar? Lo último de nuestro combustible hará funcionar la cocina de campamento un poco más, pero ni siquiera va a calentar esta armadura que nos rodea.

Minmei punzó un poco la cabeza de pescado, tratando de fijarla para que no se cayera. Ellos habían atado en forma de horquilla algunos utensilios de cocina, pero eran bastante difíciles de manejar. No podían darse el lujo de derramar el ushio jiru o de desperdiciar algo de la cabeza del pescado; por mucho tiempo podrían no tener otra fuente de comida.

Ella miró el fuego que había debajo de la cacerola y se preguntó qué les sucedería cuando la comida y el combustible —tal vez el aire y el agua— finalmente se acabaran.

La cuenta de los días de Minmei había crecido: cuatro verticales tachadas con una quinta, otro grupo de cinco, y, además, otras dos líneas para un total de doce. Ya ninguno de los dos mencionaba la cuenta.

Dejaban la estufa encendida, una pequeña luz naranja, apenas un poco de tiempo después de que las luces del compartimiento se apagaban cada noche. Era imprudente desde el punto de vista del ahorro, claro, pero les ayudaba muchísimo en su ánimo quedarse charlando en la pacífica quietud de su carpa antes de irse a dormir. Todo el día, mientras se arrastraba por el laberinto, Rick esperaba con ilusión esos momentos, con la esperanza frustrada una y otra vez gracias a los callejones sin salida.

Pero ya estaba pensando en el momento en que la cocina parpadeara por última vez. Claro que siempre existiría la madera de las cajas de embalaje, pero Rick no estaba seguro del peligro que representaría para la reserva de aire tener un fuego abierto. Ya estaba trazando el mapa de las líneas de vapor y de agua caliente en busca del mejor y más cercano lugar para cocinar, y tratando de interpretar las marcas de utilidad en función de improvisar un poco

de luz durante los ciclos de noche y de recargar su linterna una vez que se agotaran las baterías del *Mockingbird*.

—Así que practiqué lo más arduo que pude... y no hice mucho más, creo —le dijo a Minmei. Estaba acostado con la cabeza apoyada en sus brazos mirando fijo al *Mockingbird*. Minmei estaba acostada en su camastro perpendicular a él, apoyada sobre un codo. La luz tenue hacía que su piel brillara y a sus ojos los ponía acuosos y profundos.

—Mi papá refunfuñó un poco —continuó—, pero me enseñó todo lo que sabía, y yo regresé para ganar el trofeo al año siguiente. Y lo gané ocho veces seguidas, aunque sólo estaba volando una vieja chatarra de avión.

Se detuvo preguntándose si eso había sonado como si estuviera alardeando. Después descartó ese pensamiento; Minmei lo conocía mejor que eso. Y él sentía que la conocía de toda la vida... no, como si siempre la hubiera conocido.

Ella bostezó, apoyó la cabeza sobre sus manos y lo miró.

—¿Rick? —dijo suavemente—. ¿Crees que alguna vez volveré a volar contigo?

Él puso en su respuesta toda la convicción que pudo y trató de sonar positivo.

—¡Vaya, seguro! Yo te llevaré cada vez que quieras una vez que nos rescaten. Es decir, si cantas para mí ahora y después.

Ella se acostó y clavó la vista en la proyección de la luz del fuego sobre la carlinga de la cabina invertida. Su aislamiento se había convertido en su mundo, llenando los sueños así como también los días.

A veces sueño con enamorarme... ella nunca se habría atrevido a mencionárselo.

Minmei comenzó a cantar una canción que había escrito y que nunca la había compartido con nadie. A él le tomó un segundo darse cuenta de que no la conocía.

To be in love

Estar enamorada

My hero he must take where no
other can

Mi héroe debe llevarme donde
otro no pueda.

Where silver suns have golden
moons,

Donde soles plateados tengan
lunas doradas,

Each year has thirteen Junes,
That's what must be for me
To be
In love.

Cada año tenga trece junios.
Eso es lo que debe suceder
Para estar
Enamorada.

—Tienes una voz hermosa —ya lo había dicho antes; aunque había tratado de pensar una forma nueva y más florida de decirlo, a él siempre le salía igual.

Ella lo miró ligeramente otra vez; él no pudo decir si ella estaba ruborizada o no.

—Gracias, Rick —ella desvió sus ojos por un segundo y después lo volvió a mirar—. Si yo pudiera hacer algo en mi vida sería cantar. No podría vivir sin cantar.

—Para mí siempre han sido los aviones —contestó él, aunque ella ya lo sabía—. Todo lo que siempre quise hacer fue volar —después se sintió incómodo por repetir lo que debió haber dicho ya unas cien veces.

Pero Minmei se sentó abrazando sus rodillas y asintió gravemente con la cabeza.

—Sé cómo te sientes, Rick. A veces no puedes ser feliz a no ser que realices lo que sueñas.

—¿Así que estás segura de que quieres ser una artista de por vida?

—Sí, eso creo —y rápidamente agregó—: Pero lo que realmente quiero ser es una novia.

—Ah. Quieres decir, ¿casarte? —de repente él se puso alerta y cauteloso.

Ella asintió con la cabeza, haciendo que su cabello reluciera con la luz de la cocina.

—En mi familia hay tanto amor... bueno, ya te dije eso, ¿no es cierto? ¡Simplemente tienes que conocerlos! Son maravillosos y... esa es la clase de alegría que quiero en mi vida.

—Creo que serás la maravillosa esposa de alguien —dijo él de forma evasiva.

—Gracias, pero ya nunca tendré la oportunidad —de pronto ella se puso triste otra vez.

—¡Ni siquiera pienses eso, Minmei! ¡Yo sé que vamos a salir de aquí de alguna forma!

—Han pasado doce días. Y estoy segura de que ellos ya han dejado de buscarnos —su voz se había reducido a un simple murmullo—. Nunca conseguiremos salir de aquí.

Él no supo qué decir. Antes de que pudiera decidirse, escuchó chillidos, ruidos y traqueteos suaves.

—¡Son esos ratones otra vez! ¡Esta vez los atraparé! —aliviado por tener la oportunidad de descargar su frustración, agarró una lata vacía y salió por la entrada de la carpa.

Arrojó la lata, que golpeó contra algo y rebotó en la oscuridad, dispersando a los ratones.

—Nunca vamos a salir de aquí con vida —ella estaba parada junto a él—. Vamos a estar aquí por siempre.

Sus manos estaban apretadas y miraba con tristeza hacia la oscuridad. De repente se puso cortante.

—Hemos estado aquí demasiado tiempo. Todos ellos ya debieron olvidarse de nosotros.

—¡Minmei, no quiero escuchar esta clase de charla!

—¡Es verdad! Tenemos que afrontarlo —ella estaba de pie de espaldas a él, mirando hacia un vacío más oscuro que el espacio profundo—. Viviremos toda nuestra vida aquí en esta nave. Yo nunca sabré cómo es ser una novia y comenzar una vida completamente nueva.

Ella no pudo continuar porque estaba llorando y sus hombros se sacudían.

—Minmei —dijo él con suavidad—, lo sabrás. Yo te lo mostraré.

—¿Cómo puedes hacerlo? —sollozó.

—Em, podemos tener una ceremonia aquí. Podemos actuar.

Ella se dio vuelta y se acercó a él con las mejillas humedecidas.

—Oh, Rick. ¿Lo dices en serio?

Él asintió con la cabeza lentamente; Minmei se secó las lágrimas.

—¿Entonces, me prestas tu bufanda?

Ella la desanudó y la retiró del cuello de él. Era una larga bufanda blanca de aviador de seda fina. La desplegó y la arregló cuidadosamente como un velo de novia.

—Minmei, luces hermosa. Yo... yo creo que debería ser el novio, ¿no? —dijo entrecortadamente, y después puso los ojos en blanco por su propia estupidez.

Minmei no dijo nada y le ofreció su mano. Él la tomó.

—¿Es esto lo que hacemos a continuación?

Ella comenzó a asentir y después se salió de su papel, a punto de llorar otra vez.

—Oh, Rick. ¿Por qué no viene alguien y nos encuentra? ¡Quiero irme a casa!

—Pero lo harás, te lo prometo.

Ella apretó con fuerza la mano de él.

—Estoy tan asustada —eso sonó muy pequeño y desdichado dentro del enorme compartimiento vacío.

—Lo sé; yo también —tomó los hombros de ella con las manos—. Vamos, ya te lo dije: ¡vamos a salir de aquí! ¡Tiene que haber una forma! ¡No podemos rendirnos! ¡Yo nunca me di por vencido, y tú tampoco deberías!

—Basta —ella se alejó de él—. ¡Todo eso es charlatanería! ¡Tú sabes lo que va a suceder! ¡Vamos a morir aquí! —ella se dio vuelta sollozando.

Rick la miró fijamente sin saber qué hacer. Ella ni siquiera tenía dieciséis y estaba muy enamorada de la vida.

—Minmei, no es charlatanería. Yo realmente lo creo. No debes rendirte. Estoy haciendo lo mejor que puedo —él gesticuló con imprecisión—. Lo siento.

Ella volvió a girar hacia él.

—No, Rick; yo soy la que tiene que disculparse. Es sólo que... —ella se arrojó en sus brazos—. Estoy siendo tan estúpida...

—Eso no es verdad —él la sostuvo cerca.

Ella levantó su rostro hacia el de él.

—Bésame, Rick.

—Si estás segura...

Ella cerró los ojos y se besaron.

A ellos les pareció que sus labios apenas se habían tocado cuando hubo una conmoción que sacudió la cubierta, que sacudió esa parte completa de la nave como si fuera el crujido del día del juicio final, y que casi los tumbó. El *Mockingbird* y su campamento desaparecieron bajo toneladas de mezcla de metales. Ellos apenas si se pudieron mantener en pie abrazándose mutuamente.

De repente apareció algo.

¡La Torre Inclinada de Robotech!, pensó Rick alocadamente ladeado hacia un costado en el que antes fue su lugar de alojamiento. Había atravesado la cubierta de arriba, la que era inmune a las herramientas de Rick. La luz bajó brillando dentro del compartimiento.

No sólo es luz; ¡parece la LUZ DEL SOL! pensó Minmei, aunque no entendía cómo podía ser eso posible. *¿No era de noche en toda la nave?*

Unas largas piezas de luz artificial —reflectores— bajaron sondeando a través del polvo y el humo del compartimiento desellado. Se escuchaban voces.

—¿Qué fue eso? ¿Un misil enemigo?

—¡A mí me pareció una bomba! —las figuras humanas se estaban reuniendo alrededor del agujero de entrada del enorme camión metálico que había llevado la luz del día dentro de la prisión de Rick y Minmei.

—No —dijo alguien lentamente—. La nueva subunidad transformadora desde el nivel del techo, de acuerdo a Control. La montura cedió.

Los rayos iban de aquí para allá mientras que los náufragos observaban, demasiado sorprendidos para hablar. Entonces una luz los encontró, después otra, y en un segundo cuatro o cinco convergieron en ellos.

—¡Eh! ¡Hay alguien ahí abajo!

—¡Parecen ser un par de chicos!

Ellos se abrazaron fuertemente uno al otro, para nada seguros de lo que le podría haber pasado al resto del universo en doce largos días y noches. Los fuertes rayos de las linternas proyectaron sus sombras en varias direcciones, después una voz familiar dijo:

—¡Vaya, esa de ahí abajo parece Minmei! —venía de una figura baja y ancha que miraba fijamente hacia abajo desde el borde del abismo.

Minmei se aferró fuertemente a Rick.

—¡Es el alcalde! ¡Rick, Rick, estamos salvados! —ella lo abrazó y después lo soltó, moviéndose hacia el centro de la luz para saludar con la mano.

Rick dejó caer los brazos al costado y se preguntó por qué no

estaba tan extasiado como pensó que estaría.

Sólo tomó unos minutos conseguir una grúa ataviada con una barquilla para levantarlos; había equipos de construcción por toda esa parte de la *SDF-1*. Los levantaron hacia la luz más brillante que habían visto en casi dos semanas. Pero eso era apenas perceptible, insignificante, comparado con el impacto que les causó el nuevo mundo en el que se encontraron.

—¿Estamos soñando o algo parecido? —Minmei se pegó a la baranda de la barquilla—. ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

A su alrededor vieron calles amplias, edificios altos, letreros, postes de luz, marquesinas y multitud de personas. Estaban viendo a Ciudad Macross, salvo que muy por encima se encontraba la inmensidad del «techo» de metal de la nave espacial. Ya habían establecido un sistema de alumbrado de largo alcance para lograr una iluminación terrestre normal. La multitud los señalaba, farfullando y gritando.

—No puedo creerlo —murmuró él—. Toda la ciudad está aquí.

La barquilla los asentó a un costado del agujero en la cubierta. Minmei estaba a punto de treparse para salir cuando dio un grito sofocado y señaló.

—¡Oh, Rick, mira!

Él recordaba bien la esquina; le había hecho suficiente daño al estrellarse en ella con un Battloid que no podía manejar. Excepto que todos esos edificios parecían nuevos y brillaban por la pintura fresca.

—¡El Dragón Blanco y la casa de la tía Lena están ahí! —ella ya estaba trepándose para salir de la barquilla.

No hay lugar como el hogar, pensó Rick con amargura, sin recordar si había hecho sonar los talones de sus zapatillas rojas o no.

Se sintió un poco mareado, y después de eso hubo un montón de imágenes confusas, una sobre la otra. Un pequeño torbellino llegó esquivando a la multitud. Jason se arrojó en los brazos de Minmei, y los primos se abrazaron y lloraron.

El alcalde Tommy Luan estaba palmeando la espalda de Rick y diciendo cosas como:

—Como puedes ver, mi muchacho, toda la ciudad ha sido

reconstruida. Ahora tenemos que hacer que descansen y escucharemos lo que les sucedió; ¡estuvieron perdidos por casi dos semanas!

El tío Max de Minmei tenía más para agregar y sacudió la mano de Rick con el poderoso agarre de un trabajador de muchos años.

—¡Aprecio la protección que le diste a nuestra bebida!

—Eh, ni lo mencione —dijo Rick vagamente. De pronto tuvo muchas ganas de sentarse. Después captó otras voces cercanas.

La gente se había reunido alrededor de Minmei, la gente de Ciudad Macross que la conocía y que la consideraba parte de su familia extendida, no como a un náufrago o a una extraña... no como lo considerarían a Rick.

—Oh, fue tan espantoso ahí abajo —le estaba diciendo ella a su audiencia con los ojos bien abiertos—. ¡No tienen idea!

—Oh, puedo imaginármelo —dijo una mujer mientras que la multitud asentía y murmuraba en concordancia.

Una voz casi divina hizo eco a través del extraño mundo rodeado de metal de la nueva Ciudad Macross y asustó a Rick.

—¡Atención! ¡Mensaje del puente! —él pensó que era una voz que había escuchado antes en algún lugar, pero estaba demasiado desorientado para ubicarla—. Al disturbio en el sector siete-X lo causó un accidente de construcción. No hubo heridos. La avería se reparará muy pronto. Todas las divisiones vuelvan al estatus normal.

—¿Dónde escuché antes esa voz? —se preguntó Rick.

Ahora Minmei estaba deleitando a la gente; tenía a la multitud en la palma de la mano.

—¡Oh! ¡Y los ratones!

Los espectadores se rieron con anticipación, aunque no tenían idea de lo que se trataba la historia de los ratones. Rick esperó que lo mirara y lo llevara al centro de atención, pero ella ahora estaba enfocada en su actuación.

—Un mal sueño —se dijo a sí mismo, no muy seguro de si se refería a la larga espera ahí abajo o al volver a un mundo demasiado brillante, demasiado ruidoso y demasiado extraño.

—Bueno, mi muchacho, ahora debes ser un tipo muy feliz, ¿eh?
—dijo Tommy Luan y lo volvió a palmear en la espalda, como una

expresión de hombre a hombre. El alcalde tenía la contextura física de un barril cargado con balas de cañón; la palmada hizo que Rick se tambaleara hacia la cubierta.

Ahí se estaba bien y cómodo. De todas maneras él no tenía fuerza para levantarse y pensó que nadie lo extrañaría si tomaba una siesta por un rato.

Capítulo 19

¿Heroísmo? ¿Perseverancia? En lo que concierne a la historia de Ciudad Macross y de sus ciudadanos, hablamos de un montón de superlativos completamente nuevos para aquellos conceptos.

Alcalde Tommy Luan, La Oficina Superior.

Se siente bastante como casa, pensó Minmei mientras pasaba un trapo sobre la mesa—, aunque no lo sea.

Había pequeñas diferencias que le permitían saber que realmente no estaba en el Dragón Blanco original, pero podía ignorarlas —ignorarlas felizmente— después de su encarcelamiento en la parte desierta de la *SDF-1*.

Así que mientras esperaba que regresaran sus tíos, ella limpió el lugar de la forma en que lo habría hecho en la otra Ciudad Macross. Los muebles que fabricaba la maquinaria Robotech a partir de los desechos reprocesados se sentían un poco extraños, más livianos y mucho más resistentes que las cosas de madera a las que estaba acostumbrada; pero se parecían bastante a las mesas y sillas originales como para hacerla sentir que había vuelto a casa. Ella trabajaba alegremente y tarareaba sin darse cuenta que la tonada era la marcha nupcial.

Las puertas del frente se separaron tal como las que tenían en isla Macross, y entraron sus tíos.

—Perdimos la mitad del día haciendo cola para esto —se quejó el tío Max sacudiendo un paquete de ración de comida que no era más grande que un libro de buen tamaño.

Ella volvió a pensar en la extraña pareja que formaban, su tío ancho y sólido como un peñón que apenas llegaba a la altura de los

hombros de su esbelta y serena esposa. Y aun así, en esas veces en que Minmei pensaba sobre lo que significaba estar completamente enamorada solía pensar en estos dos.

—Somos afortunados de tener algo —le recordó suavemente Lena.

La *SDF-1* había sido equipada y abastecida para un sinnúmero de misiones, pero no para alimentar a decenas de miles de refugiados. Las granjas aeropónicas e hidropónicas y los almácigos de desarrollo por proteínas ya estaban funcionando, pero por el momento las reservas de la *SDF-1* y los víveres que se rescataron de los refugios eran los topes del suministro de comida. Según los rumores eran bastante considerables, pero los rumores también decían que la *SDF-1* debía enfrentar un muy largo viaje de regreso a la Tierra, y que el capitán Gloval era cuidadoso.

—¡Hola, ustedes dos! —dijo Minmei resplandeciente—. ¡Bienvenidos a casa! ¿Cómo les fue?

—Casi tan bien como podía esperarse, creo —la tía Lena trató de usar una frase alegre.

—Ahora me siento mucho mejor —dijo Minmei haciendo gestos para mostrarles los progresos que había hecho en poner en orden el lugar. El tío Max miró a su alrededor con depresión; se parecía tanto al Dragón Blanco que había desaparecido para siempre.

—Me alegro escuchar eso —dijo la tía Lena—. ¿Y cómo está Rick? ¿Ya se levantó?

Cuando los médicos lo dieron de alta, Lena y Max insistieron en que Rick se quedara en un dormitorio extra del restaurante reconstruido hasta que estuviera completamente recuperado.

—Supongo que todavía está en la cama —dijo Minmei—, no lo escuché moverse por allá arriba.

—No me sorprende —Lena sonrió—. Después de cuidarte por dos semanas probablemente necesite un descanso.

—Creo que tienes razón en eso —Minmei sonrió abiertamente—. Oh, por cierto, ¿van a dejar todo así o van a reabrir el restaurante?

—¿A qué te refieres con reabrir el restaurante? —explotó Max, aunque pudo escuchar la repentina esperanza en su voz.

Minmei señaló las sillas subidas sobre las mesas, los cubiertos dentro de las cajas y los fajos de manteles. El Dragón Blanco, que

originalmente se encontraba en el centro de Ciudad Macross, había servido como un tipo de campo de pruebas para los ingenieros que buscaban ayudar a los sobrevivientes de Ciudad Macross a reconstruir sus vidas, un experimento para ver si una pieza de la ciudad se podía reproducir hasta el más mínimo detalle. Tenían lavaplatos que funcionaban, hornos, fregaderos, sanitarios, freezers y heladeras, iluminación y sistema de audio.

Lo único que era diferente fue que no había cestos de basura o basureros. Dentro de la nueva Ciudad Macross se estaba construyendo un sistema de celdas porque todo —todo— se tenía que reciclar y volver a utilizar. Esto tenía un perfecto sentido para Minmei, quien en las últimas dos semanas había conocido bien la sed, el hambre y otras privaciones; cualquiera que no pudiera ver eso era un estúpido.

—Tenemos todo lo que necesitamos —señaló ella—. ¡Será divertido!

Vio una reactivación en los ojos del tío Max, pero él contestó lentamente:

—Tal vez sea así, pero será terriblemente difícil dirigir un restaurante cuando estas son todas las raciones que dan cada vez —él sacudió la caja del tamaño de un libro—. Para nosotros cuatro, para hoy.

—¡Pero mantuviste abierto este lugar a través de toda la guerra! —gritó Minmei.

El tío Max se pasó la mano por los negros rulos apretados de su cabeza. La tía Lena parecía conmovida pero feliz.

—¡Uf! Eso fue muy diferente —dijo Max. Después lo reconsideró—. Bueno, en ese entonces el ejército también nos había impuesto el racionamiento...

—Pero... estamos viviendo dentro de una nave espacial, Minmei —dijo Lena.

—Pero el principal problema ahora no es la escasez, ¿correcto? —le recordó Minmei—. Es la distribución y el control. ¡Tenemos cientos de personas que pierden la mitad del día en una cola! ¿Cómo quieren que alguien haga algo? ¡Esa es la mayor estupidez!

Ella vio que ellos estaban entendiendo el punto.

—¡Tía Lena, una vez que las autoridades sepan que vas a reabrir

el Dragón Blanco te darán todos los suministros que quieras! ¡Y no me sorprendería que nos dieran a todos un salario como especialistas en distribución de comidas! Y la gente puede pagarnos con sus tarjetas de ración; el ejército paga por lo menos parte de los gastos generales, creería que hay espacio para una pequeña ganancia. ¡Las propinas son ganancias netas, aunque estén en bonos militares o en pagarés de bienes o servicios! ¡Y nos conseguiremos esa nueva computadora de contabilidad que están instalando para mantenernos al tanto del margen de costo/ganancia! —ella se quedó sin aliento pero triunfante, y pudo ver por sus caras que se había ganado a sus tíos.

—¿Qué piensan?

El tío Max se rascó la nuca, queriendo creerlo de verdad.

—Supongo que después de todo no suena como una mala idea.

—Eso creo —se permitió la tía Lena. Ella dio un gran suspiro y miró a Minmei—. Como siempre, hacer negocios es la respuesta a un montón de problemas, ¿correcto?

Minmei asintió con la cabeza hasta que su cabello se enrolló alrededor de su rostro.

—¡Correcto! —ladró el tío Max—. ¡Empecemos a trabajar! ¡A todo vapor! —se rió a todo lo que le daba la garganta, hacia el oscuro brillo de estrellas en los felices ojos de su esposa y hacia el grito sofocado de Minmei.

—¡Espera sólo un segundo! —Minmei salió corriendo con el cabello batiéndose a su espalda—. ¡Ya vuelvo! ¡Sólo me voy a cambiar la ropa!

Los vestidos mandarín no eran ningún problema para las unidades de fabricación dirigidas por computadora que habían reconstruido a las tecnologías extraterrestres.

El tío Max expandió su pecho con orgullo. La tía Lena le pasó su brazo alrededor de sus amplios hombros y dijo:

—Estoy contenta de que ella esté emocionada.

—Yo sólo espero que no estemos cometiendo un error con esto —asintió.

—No lo estamos —Lena lo besó tiernamente.

—Con cuidado, eso es —el tío Max dio las instrucciones ansiosamente cuando él y Minmei transportaron el pequeño cartel hacia la vereda del frente del restaurante—. Ahora dalo vuelta. ¡Bien!

—¡Todo el mundo verá esto! —dijo Minmei con emoción. El cartel estaba cubierto con una tela de seda roja y amarilla brillante que anunciaba el nombre del restaurante con letras chinas. El elegante vestido mandarín de Minmei estaba confeccionado del mismo material. Ella había arreglado su cabello en grandes rodetes con una trenza a un costado, y había entrelazado una sarta de perlas en el tocado.

Ella estaba tan absorta en su trabajo que casi chocó con el alcalde y su esposa, que se quedaron mirando sorprendidos.

—Bueno, bueno. ¿De qué se trata todo esto?

—Es una pequeña sorpresa, señor alcalde —contestó Minmei—. ¡Estamos reabriendo nuestro restaurante!

Las cajas de Tommy Luan se levantaron.

—¿Es que todos ustedes se volvieron completamente locos? ¿Alguna vez se les ocurrió que estamos en el confín del universo dentro de la panza de una nave espacial?

—Bueno, no, nunca pensamos eso —dijo ella en un tono irónico, pero después le esbozó su más amplia sonrisa—. Pero honestamente, eso no significa que no debemos hacer que las cosas mejoren, ¿no? Yo creo que todavía podemos tener vidas normales. Después de todo, este es nuestro pueblo natal, ¿no es cierto?

Ella señaló al pueblo. Ya existía esa cosa cotidiana que hacía que el tráfico se moviera por las calles: no sólo vehículos militares, sino también autos y camiones que se habían rescatado después de la transposición espacial.

Una cosa era segura y el alcalde lo sabía: cuando se terminara la diversión de reconstruir la ciudad, cosa que sucedería pronto, los refugiados iban a necesitar algo más que los ocupara. Y como solía pasar tan a menudo, Minmei había visto el corazón de las cosas.

—¡Por Dios, tienes razón! —dijo el alcalde con entusiasmo. Volver a la vida normal... ¡qué grandioso sería! De repente su

cabeza comenzó a divagar en ideas para volver a la normalidad la vida de los refugiados, pero lo distrajo un transportador de tropas de cuatro asientos que se acercó al cordón haciendo chillar las ruedas y sonando la bocina.

Los tres pilotos Veritech se quedaron sentados ahí, con los ojos clavados en el restaurante como si fuera un dinosaurio de tres cabezas.

—¡Lo vimos pero no lo pudimos creer! —dijo el conductor del jeep—. ¿De verdad está abierto?

—¡Seguro que sí! —dijo Minmei con orgullo.

Ellos parecieron un poco aturdidos cuando ella los guió hacia dentro, los sentó y les trajo vasos de agua helada.

—Bienvenidos al primer restaurante chino del espacio exterior —dijo sonriendo al distribuir los menús.

—Gracias; es un honor estar aquí —dijo el conductor—. Eh, tú eres esa chica Minmei de la que todos hablan, ¿no? Apuesto a que has tenido algunas aventuras increíbles.

—Algunas veces fue bastante estremecedor —admitió.

—Escuché que sólo estuvieron tú y comosellame, ese chico, solos por dos semanas. ¿Qué hicieron todo ese tiempo? —dijo en un tono socarrón el más grandote de los tres, el que había estado sentado en la parte trasera del transportador.

—¿Qué quieres decir? —ella pestañeó.

—Oh, creo que tú lo sabes —dijo el tipo grandote.

—Vamos, es obvio —dijo el tercero.

—¡Ustedes me enferman! —ella se encolerizó y les dio la espalda.

—¿Quieres decir que nada sucedió? —insistió el grandote—. ¿Nada en absoluto?

Ella se dio vuelta.

—¡Sí, es correcto!

—Hablando de comosellame —dijo el conductor—, ¿todavía anda por aquí? Quiero decir, escuché que estaba viviendo aquí o algo por el estilo.

—Sí, él está alquilando un cuarto arriba de la casa de mis tíos —contestó con cautela—. ¿Por qué?

El conductor se encogió de hombros.

—¿Estás diciendo que con todo lo que ustedes han pasado juntos, nada pasó? ¿No se enamoraron o algo?

—¡No seas ridículo! ¡Rick es sólo un amigo! Ahora, ¿ustedes tres van a ordenar o se van a ir?

Rick, plantado en las escaleras, había escuchado lo suficiente. Mientras los pilotos se apresuraban a pedir chow mein, él se dio vuelta y volvió a subir a su cuarto. Se sentó en su cama y clavó la mirada en la pared con melancolía.

Así que sólo somos amigos, ¿eh? —recordó la sensación de ella en sus brazos, la emoción electrizante cuando se besaron—. Después de todo lo que pasó, al día siguiente sólo somos amigos.

Él sabía que Minmei podía ser testaruda, pero en este punto ella iba a tener que cambiar de opinión.

La sección de ingeniería era una colmena en actividad donde cada técnico, científico y especialista trabajaba doce, dieciocho y a veces hasta veinticuatro horas al día.

Gloval fue ignorado cuando entró según su propia orden, ya que no deseaba romper la concentración de nadie, ni siquiera por un momento.

—¿Qué piensa doctor Lang? ¿Se puede utilizar el arma principal o no?

Por costumbre Lang le hizo una breve venia a Gloval. Los extraños ojos sin blanco todavía eran místicos y oscuros.

—Mire este esquema, señor.

Lang proyectó un diagrama de la *SDF-1* en una gran pantalla de pared.

—Esta es una representación de primer nivel del horno reflejo principal, nuestra planta de energía. Y ahí se ve la unidad de conversión de energía para el arma principal. Entre los dos está el

conductor de energía para el sistema de transposición —hizo una sonrisa amarga—. Debería decir estaba.

—Lo que significa que después de que desapareció el sistema de transposición, la fuente de poder del arma se separó de él, ¿correcto? —preguntó Gloval—. ¿Qué está planeando hacer, en vista de que no tenemos mucha reserva de conductores?

E, irónicamente, los conductores eran una de las pocas cosas que los productores no podían hacer con los materiales que tenían a mano. Pero el arma principal era la esperanza de supervivencia de la *SDF-1*; Gloval estudió a Lang, esperando que el hombre tuviera una respuesta.

Lang asumió el tono que había usado en sus discursos en la Tierra.

—La construcción de la *SDF-1* es una construcción Robotech, señor. Es decir, la nave es modular así como nuestros cazas Veritech son modulares. Verá, geometría variable.

Lang corrió una serie de ilustraciones para mostrar a lo que se refería.

—Así que hablando fácilmente, nosotros seríamos capaces de reconfigurar la nave, alterando su estructura de manera que llenemos el hueco que existe ahora entre el arma principal y su fuente de energía.

Todo eso era un poco imponente y audaz; la reconfiguración que se propuso, con módulos realineados en formas nuevas, era radicalmente diferente a la *SDF-1* tal como se veía ahora.

Gloval se sintió muy intranquilo. Lang continuó.

—El problema, muy simple, es que hasta que esta transformación modular no esté completa el arma principal no se podrá disparar —Lang señaló los diagramas—. Van a haber cambios mayores, tanto internos como externos. Claro, la reconstrucción de la ciudad y las otras modificaciones que se hicieron para y por los refugiados nunca estuvieron planificados durante la construcción de la nave. Yo anticipo daños considerables. Va a haber bastante confusión por un tiempo.

Gloval tenía la vista clavada en los diagramas, perseguido por las horribles escenas que se vio forzado a presenciar fuera del mirador del puente de la *SDF-1* después de la transposición. La

mención de las conversiones estructurales y del daño hizo que unas sirenas de emergencia sonaran automáticamente en la cabeza del experimentado navegante espacial; pese a los fríos cálculos de Lang, el riesgo no era sólo de daños... era de desastre total.

—¿No tenemos ninguna otra forma de disparar el arma principal, doctor?

—¿Quiere decir además de una transformación modular, señor? Ninguna otra forma que yo conozca.

Gloval se alejó con furia de la pantalla.

—¡Simplemente no podemos! La gente apenas se está acostumbrando a estar aquí y tratando de volver a reparar sus vidas. Sujetarlos a semejante caos y quizás a la pérdida de más vidas... no, sería demasiado.

Pero una parte de él temió que esa decisión no fuera tan simple; los eventos podrían forzar su mano.

Capítulo 20

El Rick Hunter que se estrelló en esa bodega nunca habría escuchado a Roy Fokker. El que salió...

Bueno, es divertido ver cómo suceden las cosas a veces, ¿no es cierto?

Recopilación de los diarios del almirante Rick Hunter.

—¿Puede darme otras dos órdenes más de huevos foo yong y una leche malteada, por favor? —gritó el tripulante aéreo por sobre el alboroto que había en el Dragón Blanco.

—¿Leche malteada? —Minmei se estremeció de sólo pensarlo, pero de todas maneras tomó la orden. Al tío Max no pareció importarle en absoluto; estaba más feliz que nunca realizando el trabajo de tres hombres en la cocina y haciendo milagros con la cocina y el wok.

Y el lugar estaba lleno; la noticia corrió incluso más rápido de lo que Minmei había esperado. Los oficiales de enlace de la *SDF-1* se entusiasmaron con esta solución a sus dolores de cabeza por la distribución de comida y proveyeron paquetes de incentivo para conseguir que toda la población reasumiera una vida tan normal como fuera posible en estas circunstancias.

Minmei se dio vuelta y después sonrió.

—¡Oh, hola Rick!

Pero él no dio señales de haberla escuchado y caminó cabizbajo hacia la puerta con las manos en los bolsillos. Minmei lo observó irse y juntó las cejas, de repente preocupada y confundida.

El hangar estaba oscuro y callado como una tumba.

Muy apropiado, pensó Rick.

Tiró del brillante paracaídas a rayas blancas y rojas que cubría los restos estrujados del *Mockingbird*, sólo lo suficiente como para mirar una parte aplastada del motor. El corredor estaba destrozado y nunca más volvería a ser algo. Él todavía no podía convencerse y por eso se forzó a mirar, a admitirlo.

—Caray, qué desastre —sacudió la cabeza.

—¡Eh, Rick! —era Roy que entraba en el pequeño círculo de luz—. Ya, muéstrame esta pila de chatarra.

Rick se puso de pie con los puños cerrados.

—Escucha, amigo, éste es el corredor con el que gané ocho campeonatos internacionales. ¿Lo llamas chatarra? ¡Debería romperte la cara, Roy!

Roy se arrodilló para mirar mejor los restos del *Mockingbird*.

—En realidad es una chatarra muy linda. Pero... necesita un descanso, chico.

Rick parecía estar a punto de estallar.

—Eh, tengo una idea —Roy sonrió ampliamente—. Vamos a caminar, ¿está bien?

Rick lucía sobresaltado.

—Nunca te había visto tan deprimido en mi vida —continuó Roy—. ¡Lo que necesitas es ejercicio!

Se cruzó para poner su brazo alrededor de los hombros de su amigo.

—¡Inténtalo! ¡Te va a gustar!

La caminata de Roy los llevó hasta la parte más alta de la *SDF-1* y ante una vista asombrosa. Rick estaba mirando al *Daedalus* desde el salón del casino de oficiales.

—¡Vaya! ¿Un portaviones conectado a la nave Robotech?

Había un largo emplazamiento con forma de codo que sostenía firmemente al portaviones. Rick pudo ver que habían emparchado al barco, lo habían hecho hermético y que estaba en servicio. Las

seis catapultas de proa y amura parecían estar en operaciones. Mientras él miraba, un elevador subió dos Veritech para lanzarlos.

El portaviones de clase Thor, de casi cuatrocientos cincuenta metros de largo, sufrió un montón de otras modificaciones. La más visible era que a su «isla», la estructura con forma de torre que una vez dominó la cubierta de vuelo y que fue el puente del *Daedalus*, la habían removido para dejar la cubierta perfectamente plana. Todas las operaciones de vuelo se integraron al centro de mando de la *SDF-1*, y el equipamiento y los materiales rescatados se usaron en los cambios de diseño.

Los Veritech desplegaron sus alas, no por causa de la aerodinámica sino más bien porque la distribución más amplia de los propulsores les daba mejor control. Los hombres de enganche y el personal de las catapultas, ahora vestidos con trajes espaciales que todavía mantenían el código de colores de acuerdo a sus trabajos, terminaron la tan venerable rutina.

Mientras Rick miraba, un oficial de catapulta de la proa apuntó hacia su «tirador», el hombre que realmente daba la orden de despegue. El oficial de catapulta le hizo señas al piloto Veritech con una agitación de su linterna, apuntó hacia la proa y se arrodilló para evitar que un ala lo golpeará accidentalmente.

El caza salió acelerado desde la cubierta plana tipo huracán a casi 200 nudos, no porque necesitara velocidad de aire en el vacío del espacio, sino para conseguir que los Veritech despegaran y se alejaran deprisa de la nave para poder entrar en combate, y para no ser un blanco fácil para los pilotos extraterrestres.

El Veritech se ladeó y remontó. Rick tuvo que recordarse que aquel estaba volando en el vacío total; los sistemas de control Robotech hacían del manejo de un caza una cuestión de mucho pensamiento, y los pilotos Veritech estaban acostumbrados a pensar en función del vuelo atmosférico.

Por eso los Veritech volaban de esa manera; era un desperdicio de energía, pero la energía era algo que las naves Robotech, con sus empujes a reacción, tenían de sobra.

—Fantástico —Rick miraba con nostalgia.

—¿Te gustaría volar uno otra vez? —Roy palmeó a Rick en el hombro.

Rick se dio vuelta hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

—Únetenos, Rick. Conviértete en un piloto Veritech y termina con todo este andar penando.

—No quiero ser un piloto de guerra —la expresión de Rick se hizo más dura.

—¿Oh? ¿Prefieres arrastrarte por la *SDF-1* como un idiota enamorado? ¿Bien?

Rick se soltó de la mano de Roy y se dio vuelta.

—¿Roy? —dijo por sobre un hombro.

—¿Sí?

—Roy, yo creo que estoy... quiero decir, ¿crees que es posible que las chicas cambien de la noche a la mañana? ¿Por completo?

—¿Me lo puedes repetir?

—¿Puede una chica cambiar simplemente de lo que era el día anterior?

—No creo que tengas que preocuparte por eso. Minmei pensó que estabas deprimido y fue su idea que yo te trajera aquí arriba y que tuviéramos una pequeña charla —Roy lo palmeó en la espalda y le sacó un poco de aire—. Así que sólo anímate y vuelve con Minmei, chico. Ella te está esperando.

Él se alejó caminando y riéndose entre dientes, pero hizo una pausa para gritar:

—Oh, una cosa más: las chicas como ella pueden ser un poco volubles a veces, ¿sabes a lo que me refiero? Sería mejor que te cuides de que algún tipo con uniforme la deslumbre. Nos vemos.

La armada zentraedi flotaba del otro lado del sistema solar como un manojó de peces sedientos de sangre y mantenía una posición relativa a la luna de la Tierra.

Breetai regresó a su puesto de mando en respuesta a la petición de Exedore.

—¿Grabaciones trans-vid de los alienígenas, dices?

—Sí, acaban de recuperarlas de un scout pod estropeado —

Exedore hizo una reverencia hacia su señor—. Y ellas confirman totalmente los informes de los testimonios de nuestros guerreros. Si le interesa estudiarlas, comandante...

Un rayo de proyección dibujó una imagen en el aire. El punto de vista del que grababa era una pasada rápida y casi desconcertante a través de la carnicería y la furia de la batalla de las calles de Ciudad Macross. Había fuego y explosiones por todos lados, pero de vez en cuando se vislumbraba a los alienígenas durante fracciones de segundos, principalmente huyendo o cayendo.

—Creo que usted encontrará esto fascinante —dijo Exedore. En ese momento enfocaron a un pod cerca de uno de los habitantes del planeta, y por primera vez Breetai tuvo una sensación de la escala.

—¡Pues bien! ¡Es verdad! ¡Micronianos! —su voz reverberó por el sobresalto y la ira, una voz gutural que sacudió los tabiques.

La grabación trans-vid mostró otra toma que no dejaba dudas: una figura humana cayó desde un edificio alto, derribado junto con escombros por el enorme pie de un pod.

—Precisamente —dijo Exedore con delicadeza.

—De modo que los habitantes de aquí son Micronianos, ¿eh? —Breetai frunció el ceño. El conflicto de emociones que mantenían los zentraedi hacia los humanoides de tamaño normal, «los Micronianos», como los llamaban despectivamente los gigantescos guerreros, brotó en él. Había desdén y odio, pero también algo extrañamente cercano al miedo.

—Le traje las trans-vids tan pronto como las vi —dijo Exedore—. Ellas nos presentan una nueva situación muy desagradable. Durante mis investigaciones sobre el origen de los Micronianos en nuestros registros más antiguos encontré un decreto que viene de nuestras historias más turbias. Nos orienta a evitar el contacto con cualquier planeta Microniano desconocido... y nos amenaza con el desastre si no le hacemos caso.

El rostro de Breetai pareció como la imagen de un sepulcro.

—Así que tengo que sacar mis manos de esta Tierra, ¿eh? ¡Bah!

—Es mi sugerencia, milord —insistió Exedore—, que debemos cesar de inmediato las hostilidades con este planeta. Ya ubicamos a la fortaleza de batalla; me parece prudente aconsejar que capturarla sea nuestra prioridad —las rigurosas pupilas se clavaron en Breetai

sin pestañear.

Breetai sabía que Exedore sólo dejaría su habitual deferencia por una cuestión de vital importancia. Breetai, como todos los zentraedi, había absorbido las leyendas y supersticiones de su raza junto con su tradición y su código de guerra. Como todos ellos, sintió una punzada de aprensión al pensar en desafiar a su herencia.

Tenía pensado protestar: decir que la rigurosidad de Exedore venía de los días en que el número de zentraedi era menor, sus naves menos potentes y sus armas no tan poderosas. Sin embargo, estudió a Exedore: depositario de la mayor parte de la tradición y del saber de la raza zentraedi. En cierta forma, el diminuto y débil Exedore encarnaba a su gente. Y Exedore parecía no tener dudas sobre cuál era el curso correcto en este caso.

—Muy bien, entonces. Ejecutaremos una transposición espacial de inmediato y perseguiremos a la fortaleza dimensional.

—Así se hará —Exedore hizo una reverencia.

—Y cuida que se envíe una embarcación de reconocimiento apropiada enseguida después de terminada la maniobra de transposición.

Exedore sabía lo que significaba «apropiada» ellos habían discutido la estrategia de Breetai para tratar con la *SDF-1*. Exedore hizo una reverencia otra vez.

—Sí, milord.

—¡Oh, volviste, Rick! ¿Algo especial en tu mente?

Rick se detuvo con los nudillos colocados para golpear en la puerta de Minmei. Era una puerta roja que ella había decidido decorar con una rara cabeza de conejo rosa que llevaba su nombre. Titubeó bastante antes de que finalmente tomara un respiro profundo y se preparara para golpear. Sólo para encontrarla parada detrás de él en el pasillo.

—Eh, nada, Minmei... en realidad...

Ella comenzó una de esas risas cautivantes y sus ojos se fruncieron.

—¡Estoy segura! Entra, Rick —ella abrió la puerta y se adelantó—. Siéntete como en casa.

Era un pequeño cuarto iluminado, pintado en tonos azules y amarillos, agradable a la vista y no sobrecargado de muebles. Cama, lámparas, biblioteca, una alfombra hecha a mano y unas pocas flores muy bien arregladas —cuidadosamente arregladas— en un pequeño florero antiguo. También había juguetes amontonados y su bolso favorito. Era una habitación de aparentes discordancias que de alguna forma daban la sensación de unidad —como su moradora.

—Oh, ¿podrías abrir la ventana? —Minmei se sentó en la cama.

—Sí; encantado.

Él deslizó hacia un costado la ventana aunque el aire del resto de la nave no era muy diferente del que había en la habitación de Minmei. Pero aquí arriba del restaurante está un poco más caluroso que afuera, y con la ventana abierta se sentía más la suave brisa interminable del sistema de circulación de la *SDF-1*. Se parecía tanto a «tomar aire fresco» como podía esperarse dentro de la fortaleza dimensional.

Minmei plegó una pierna por debajo de su cuerpo.

—¿Entonces, que sucedió?

—No mucho. Pero es lindo estar de vuelta aquí —él miró alrededor de la habitación para evitar cruzarse con la mirada de ella y para darse tiempo de tomar coraje para decir lo que tenía que decir.

Sus ojos se enfocaron en un sobre que estaba sobre el armario de ella.

—¡Eh, no me digas que recibiste correo! —lo levantó y lo estudió.

—Eso es por lo que volví —dijo ella mirando hacia él—. Eso y mi diario... cuando tú me rescataste.

Ella tembló al recordar las sacudidas cada vez que los pies titánicos del pod se estrellaban más cerca tras ella.

Se notaba que la habían leído una y otra vez.

—¿Una carta de amor, eh? —este pensamiento lo deprimió tanto que ignoró la tibieza de lo que ella acababa de decir.

—¡No seas tonto! Puedes mirarla si quieres.

Él lo hizo. Le tomó un minuto darse cuenta de lo que estaba mirando.

—¿De qué se trata todo es... una audición de canto? Dice que tú, em, llegaste a las eliminatorias.

—¡Así es! —los ojos de ella estaban bailando—. ¡Apenas puedo creerlo!

Él continuó leyendo.

—Esto dice que te aceptaron para el certamen de Señorita Macross. ¿Señorita Macross? —por un momento se preguntó por qué ella no le había contado sobre esto en el largo encierro que habían compartido en las regiones inferiores selladas de la *SDF-1*. Pero en ese momento se dio cuenta de que había cosas que él tampoco había compartido con ella nunca.

—¡Ajá! —Minmei estaba riéndose.

—Bueno, creo que no es ninguna sorpresa. Minmei, tú cantas realmente bien —Rick bajó la carta lentamente.

—Gracias, Rick —pero la alegría cambió abruptamente a una mirada abstraída, a tristeza. Ella se levantó de su cama y fue hacia la ventana para mirar a Macross, los tabiques y las cosas que colgaban en la distancia como fin del mundo.

—Pero esto no es la Tierra y la gente se olvidó de este certamen, así que todo esto es un poco inútil, ¿no es cierto? ¿A quién le importa si soy una estrella aquí?

Era la primera vez que él veía la gran sed que ella tenía por ser famosa y exitosa; en su encierro eso parecía ser una cosa muy distante y caprichosa. Pero ahora era claro que esto era para lo que ella vivía. Él volvió a mirar la carta.

—Minmei, no estés triste. Puedes hacer una audición otra vez cuando volvamos a la Tierra.

—Si es que volvemos a la Tierra.

Él no tenía preparada una respuesta a eso. Ambos sabían lo desesperada que era la situación y lo terrible que era el enemigo. Mientras se miraban el uno al otro, pasó una grúa móvil que cargaba un módulo de casa prefabricada hacia su lugar de destino. La ilusión de hogar construida alrededor de ellos sólo los ponía mucho más nostálgicos.

—¿Rick? ¿Alguna vez sueñas?

—Yo solía tener un sueño —ella lo sorprendió y por eso contestó dudando—. Ahora es una pila de chatarra en un hangar allá arriba en el nivel de las cubiertas de vuelo.

—El *Mockingbird*.

—Sí.

¡Y no defraudaré a mi padre! ¡No voy a ser parte de esta guerra o de cualquier guerra! Así que... creo que bien podría ir acostumbrándome a ser un pasajero.

—Nunca más voy a tener otro sueño, Minmei. Duelen demasiado cuando mueren.

—Oh, Rick —ella dejó caer la cabeza.

Él se preguntó si a ella se le había ocurrido que él no estaba hablando sólo del *Mockingbird*, se preguntó si ella alguna vez se acordaba de aquel beso...

Capítulo 21

Ellos todavía pensaban en la mecamorfosis, en la transformación, y de hecho en la transfiguración como en un último recurso inesperado y como una clase de aberración desesperada. No tenía sentido decirles que todo eso estaba en la naturaleza de la robotechnología; ellos habrían llegado a entenderlo por sus propios medios.

Dr. Emil Lang, Notas y grabaciones técnicas.

—Registramos una reacción de destransposición en las siguientes coordenadas —informó una voz desde la caverna iluminada por el monitor del centro de operaciones del sensor.

Arriba en el puente, Vanessa se forzó a reducir su consternación cuando le retransmitió la información al capitán Gloval.

—El radar informa de un objeto no identificado, orientación seis-dos-siete-siete, posiblemente de origen extraterrestre.

La información entraba rápidamente; Lisa la compaginó en su estación de trabajo.

—Naves estelares enemigas —confirmó.

Gloval se levantó suavemente y cruzó para observar por sobre el hombro de ella.

—De modo que por fin vinieron —él se quedó parado mirando a la gran «pinta», la amplia mancha que marcaba al enemigo en la pantalla del radar.

Claudia y el resto de las tripulantes del puente también se tomaron un momento para mirar.

—Está bien, entonces —dijo Gloval—. Prepárense para repeler el ataque y lanzar un contraataque de inmediato.

—A la orden, capitán —Lisa se movió con precisión, hizo sonar las alarmas que eran su obligación y habló por un radiorreceptor.

—Ataque enemigo. Repito, ataque enemigo. Esto no es un simulacro. Desplieguen todos los Veritech.

Desplieguen todos los Veritech.

Mientras sonaba el acuartelamiento general, la *SDF-1* y sus portaviones adosados se convirtieron en la escena de una actividad frenética. Los hombres se precipitaron hacia sus aviones, algunos para entrar en combate por primera vez, mientras que el personal de aviones y de lanzamiento, los controladores de vuelo y el personal de las catapultas se reforzaron para la actividad maniática.

Las cubiertas de los hangares y las de vuelo eran un alboroto bien ordenado. Los elevadores levantaban una formación tras otra de cazas hacia las catapultas de las pistas de amura y de proa, e incluso más Veritech salían dando llamaradas desde los atracaderos de la *SDF-1*.

Roy Fokker se puso el casco, revisando el estatus de su propia nave y también el del resto del Escuadrón Skull. Dio la casualidad de que despegaban desde el *Daedalus* después de una misión de familiarización; el lugar habitual de detención de los Skull era un atracadero de la fortaleza dimensional.

Pero todos ellos eran aviadores navales experimentados. El hombre de enganche hizo las conexiones a la catapulta de proa, y el desviador de ráfagas se levantó desde la cubierta por detrás del Veritech de Roy. La oficial de catapulta tenía su mano derecha en alto con dos dedos extendidos, y la meneaba con un movimiento rápido.

Esta oficial de catapulta en particular era una buena oficial, según supo Roy: a Moira Flynn la habían reasignado a la *SDF-1* desde el *Daedalus*, y por eso se salvó del horrible destino que tantos de sus compañeros de barco sufrieron a causa de la transposición mal calculada. Moira y los otros veteranos trabajaron como esclavos en la reorganización, entrenando a las nuevas dotaciones para el terriblemente peligroso trajín de trabajar en una cubierta de vuelo.

Los verificadores hicieron una última inspección ocular durante una rápida caminata a ambos lados del caza y no encontraron ninguna razón para abortar el lanzamiento. La oficial de catapulta

registró sus informes de pulgares en alto; algunas cosas no habían cambiado mucho desde los primeros vuelos desde portaviones y las señales visuales eran la elección para comunicarse, a pesar de los cascos de los trajes y de las radios. La comunicación verbal entre tanta gente habría convertido a cualquier red de comunicaciones en un caos.

El hombre de enganche había despejado y Moira Flynn apuntó hacia Roy. Fokker contestó con una venia brusca para señalar que estaba listo, sacando rápidamente la mano de la frente de su casco.

La oficial de catapulta giró para apuntar a su tirador y así alertar al hombre sobre el lanzamiento, y después giró como en un baile puntilloso para realizar una última revisión y ver si la cubierta estaba despejada para el despegue. Roy sintió que su estómago se ponía tenso, como siempre. La oficial de catapulta giró de vuelta hacia el caza y se arrodilló en lo que parecía una genuflexión para poder despejarse del lanzamiento en caso de que la catapulta o el Veritech funcionaran mal. La teniente Flynn hizo el último ritual de lanzamiento apuntando con su linterna a lo largo del curso de la catapulta hacia el vacío, tomando la postura de un lanzador de jabalina que acaba de lanzar. Su tirador apretó el botón, juntó las manos como señal y se agachó de acuerdo al procedimiento.

Roy sintió que lo arrojaban por la cubierta del *Daedalus* a 200 nudos. Tuvieron que recalibrar todas las catapultas porque aunque ahora había gravedad sobre las cubiertas de vuelo gracias al equipamiento de la *SDF-1*, no existía la resistencia del aire.

El caza del Líder de Skull se lanzó hacia delante sobre el casco Huracán de la nave y salió derecho como una flecha para evitar chocar con las naves que despegaban desde las catapultas de amura. Otro Veritech estaba listo para despegar desde la catapulta del casco central y tendría que ladearse hacia estribor. Un tercero estaba listo para que lo guiaran hacia la ranura que Roy acababa de abandonar.

Los Veritech despegaban uno tras otro por toda la reconfigurada *SDF-1*. Las novas azules de sus toberas iluminaron la oscuridad del filo del sistema solar cuando se formaron y fueron a encontrarse con sus enemigos una vez más.

Prometía ser un parque apropiado algún día, pero ahora no era mucho más que un parche de suelo desolado sobre una pila de equipamiento con forma de castillo que tenía vistas hacia Ciudad Macross. Pero alguien había plantado árboles y arbustos que de alguna forma se mantenían con vida. Rick sospechó que era el trabajo de algunos refugiados nostálgicos de Macross, más que algún proyecto oficial. Aquí arriba, las luces del techo del compartimiento que contenía a la ciudad estaban cerca.

—¡Qué vista! —Minmei se adelantó hacia la baranda baja.

Rick refunfuñó y caminó arrastrando los pies detrás de ella con las manos en los bolsillos. Él supuso que ella tenía razón; la ciudad se extendía a sus pies y probablemente no había una mejor vista de un paisaje humano en miles de millones de kilómetros. Se hundió sobre la amplia barandilla, mirando más al suelo que a la ciudad.

Minmei no se dio cuenta de su depresión por estar demasiado prendada de la vista.

—Es tan... —comenzó a decir justo cuando las alarmas del acuartelamiento general empezaron a sonar y Lisa Hayes hizo sus anuncios. Rick reconoció la voz y decidió que le desagradaba más de lo que creía posible.

—¿Estaremos bien? —le preguntó Minmei mientras que otra voz empezaba a parlotear sobre advertencias de incursiones aéreas.

—No te preocupes —pateó un pedazo de tierra—. Roy se encargará de eso. Como siempre.

—¿Cómo puede ser que siempre estés hablando de cómo vuela Roy? —ella puso sus brazos en jarras—. ¡Tú eres tan buen piloto como él, siempre!

Él apartó la vista de allí y la llevó hacia las luces del techo. Las alarmas aullaban y él se preguntó qué estaría haciendo Hermano Mayor.

Justo en ese momento Roy estaba liderando al Escuadrón Skull en

la pelea aérea más furiosa que hubiera visto, mientras que oleadas de pods venían hacia la *SDF-1*. Las detonaciones de energía y los misiles zentraedi resplandecieron en todas las direcciones, mientras que las baterías de defensa de la fortaleza dimensional centellearon. Las municiones especiales del cañón automático Veritech, diseñadas para disparar en el espacio sin aire, eran mucho más poderosas y certeras que en la atmósfera.

Hubo explosiones y más explosiones, todo en el espeluznante silencio del vacío. Salvo que las redes tácticas no estaban en silencio; si las explosiones no emitían ningún sonido, los gritos de los hombres moribundos lo hacían por ellas.

Los ensayos y simulacros de cada escuadrón Veritech se tiraron por la ventana; dentro de la locura total que se concentraba alrededor de la *SDF-1*, los pilotos se encontraron con que sólo podían mantenerse cerca de sus escoltas y luchar con el enemigo cuando se presentaba la oportunidad. Era una nube de pelea aérea como nada que antes hubiera existido en la historia humana: bolas de fuego creadas por las explosiones de las naves espaciales, quizás una media docena de ellas a la vez, y el lanzamiento implacable de las armas de rayos y los trazantes de los cañones automáticos.

—Estos extraterrestres son mucho mejores aquí arriba de lo que eran allá en la Tierra —le dijo Roy al Escuadrón Skull, aunque dolorosamente ellos ya estaban al tanto de eso—. Esta vez parece una verdadera lucha.

Él llevó a su escolta hacia un nuevo cuadrante y se dirigió hacia un grupo de pods que amenazaban con atravesar las defensas de la *SDF-1* a través de un bache que dejaron dos torretas de armas que habían sido destruidas.

Los pods comenzaron a escupir llamas cuando les llovieron los tiros de los VTs; la incursión se revirtió, pero en el ínterin llegaron tres pedidos de ayuda más. Roy se dijo de ignorar la situación mayor y atender sólo su formación.

—Nuestra embarcación especial de señuelo ya está dentro de su

alcance de fuego —le informaron a Breetai.

Exedore estaba parado al lado de él, observando las mismas pantallas de exhibición tácticas.

—Encuentro extraño que ellos todavía no hayan disparado su arma principal.

Breetai, con los brazos cruzados sobre su inmenso pecho, contempló las pantallas. Después de toda una vida de milicia, después de innumerables contiendas de batalla había llegado a apreciar a un enemigo astuto, y comenzó a concluir que este comandante enemigo era bastante astuto... o un demente.

Aun así, un guerrero peleaba para ganar. Encontrar un enemigo que fuera digno de respeto era algo que se deseaba, pero también algo para instigar la cautela en cualquier comandante sabio.

El metal y el cristal de su pieza craneal atraparon la luz.

—¿Qué estás planeando, mi querido amigo Microniano? —murmuró Breetai.

—Quizás deberíamos ofrecerles otra carnada y ver lo que hacen —sugirió Exedore.

—Mmm —la cabeza enchapada en metal de Breetai se inclinó—. Muy buena idea. Dile a la nave de reconocimiento que abra fuego, pero que no haga daños serios a la fortaleza de batalla. ¿Está claro?

Exedore hizo una reverencia y se apresuró a obedecer.

Afuera en la delantera del cuerpo principal de la armada, la nave de reconocimiento abrió fuego con todas las baterías. A esa distancia era imposible estar seguro de que un rayo de energía no iba a golpear a algún pod que se encontrara en la batalla; las máquinas Robotech en combate estaban en constante movimiento.

Pero a los lores supremos zentraedi eso les importaba poco; su código de guerra sostenía que las vidas eran prescindibles. Sin ninguna advertencia, una salva terrible golpeó a amigos y enemigos del mismo modo y se dirigió hacia la fortaleza de batalla.

Un pod voló en pedazos justo antes de que los dos VT que se acercaban a él pudieran hacer ellos mismos la matanza; a otro

Veritech se le chamuscó la superficie del ala con la descarga. Al intentar cambiar a modo Guardián para poder lidiar mejor con el daño, lo alcanzó otra ráfaga y estalló en pedazos dentro de un globo brillante. Las explosiones secundarias formaron ampollas en el casco de la *SDF-1*. Los pedazos volaron y la preciosa atmósfera salió arrojada hacia el espacio.

Lisa cayó sobre su consola por un golpe directo a una unidad del subcontrol del reactor varios niveles por debajo del puente. Gloval se levantó a medias de su silla.

—¿Estás bien?

—Yo estoy bien —ella se enderezó asintiendo con la cabeza—, ¿pero y el casco?

Él se puso de pie estudiando los informes de daños que se amontonaban a su alrededor y clavó la mirada hacia fuera del gran mirador, hacia las explosiones de los pods y de los VT destruidos, y hacia el granizo azul de los rayos de cañón que se acercaban.

—Sólo reza —dijo Gloval gravemente.

Entró una llamada del oficial de ingeniería, y los gritos de sus hombres y el crepitar del fuego se mezclaron de fondo con el siseo de la espuma de los extinguidores.

—Hubo algo de daño en el subcontrol del reactor, capitán, pero nos las arreglaremos.

—Cuento con ustedes —le dijo Gloval y se preguntó por cuánto tiempo podría resistir la nave ese bombardeo.

Afuera en el salvaje campo de matanza de la pelea aérea, los pods cazaban a los Veritech y los Veritech a los pods. Todo era combate entremezclado, armamento que fulguraba, impulsores al máximo y maniobras desesperadas. Los pods, como los VT, a veces se movían de tal manera que insinuaban que había fuerzas atmosféricas, a

pesar del hecho de que se encontraban en el espacio profundo.

La nave de reconocimiento zentraedi continuó esparciendo fuego pesado en las cercanías de la *SDF-1*, aunque la fortaleza dimensional soportaba menos daño del que debiera. Los artilleros zentraedi no lo hacían obvio, pero las órdenes de Breetai en lo referido a la supervivencia de la fortaleza de batalla se cumplían al pie de la letra.

Aun así, unos disparos cuidadosamente colocados ardieron a través de los escudos y la armadura de la nave, seccionando una torreta aquí, un domo de radar por allá. Un golpe sacudió a la dotación del puente como a dados dentro de un vaso, y tiró de cabeza a Gloval fuera de su silla, haciendo que su gorra saliera disparada a través de la cubierta.

—¡Asteroides tronadores!

Vanessa volvió a su estación antes de que él se pusiera de pie.

—Capitán, el control de daños informa que la primera y quinta torretas de láser tuvieron serios daños. Estarán fuera de acción por siete horas como mínimo.

—El propulsor número cuatro está casi completamente destruido —declaró Claudia sombríamente.

—Los sistemas de subcontrol informan de serios daños y varias bajas —agregó Lisa.

Otro golpe cercano hizo vibrar la nave, le arrancó un tubo lanzamisiles y esparció escombros y partes de cuerpos humanos.

—¡Ya es suficiente! —Gloval se levantó con furia—. ¡Vamos a disparar el arma principal!

Lisa se escuchó gritar sofocadamente junto con el resto de las tripulantes del puente. Gloval tenía el rostro de piedra.

—En espera; ¡a mi orden ejecutaremos la llamada transformación modular del doctor Lang!

—Pero si lo hacemos, significa que el pueblo completo podría... —Kim no pudo evitar protestar.

—Sí, es correcto, el daño... —agregó Sammie sin aliento.

Gloval les echó una mirada.

—O tomo este riesgo o veo a la *SDF-1* completamente destruida. ¡No tengo opción! Tengo que hacerlo. Afuera, el siniestro festival de luces se hacía más intenso. Otro golpe volvió a sacudir al puente.

Lisa giró otra vez hacia su estación de mando.

—¡Atención todos los sistemas, atención todos los sistemas!
¡Comiencen las preparaciones para disparar el arma principal!

Su voz sonó a través del resto de la nave, a través de los compartimientos de ingeniería, los centros de control de fuego y de los cuarteles de acantonamiento por igual.

—La transformación modular se iniciará en tres minutos,
¡marca!

Un técnico de la sala de máquinas miró a su compañero de equipo.

—No pueden hacer esa loca transformación ahora.

—Están completamente locos —coincidió el otro.

—Dos minutos, cincuenta segundos y contando —reverberó la voz firme de Lisa.

Ambos se miraron en uno al otro por un momento y después corrieron por sus trajes de emergencia.

Abajo en las calles de la ciudad el tráfico había hecho un alto, pero Macross parecía la misma. Rick y Minmei le echaron un vistazo a los altoparlantes que tenían cerca cuando la voz que a él le desagradaba tanto dijo:

—¡Atención a todos los ciudadanos! Esta nave sufrirá una transformación modular en dos minutos. Esta operación es peligrosa; por favor, tomen todas las precauciones de seguridad. Muévanse al aire libre de inmediato. Estén atentos por posibles daños por temblores. Si es posible, evacuen hacia un área de seguridad designada —hubo una leve pausa antes de que la voz retumbante agregara en un tono más suave—. Y... buena suerte.

—¿Transformación? ¿Qué es eso? —se preguntó Minmei. Ella y Rick permanecieron donde estaban una vez que comenzó la batalla porque parecía un lugar tan seguro como cualquiera.

—No lo sé; tal vez sea algo que inventaron mientras nosotros estábamos... mientras estábamos extraviados.

—Supongo que Roy debe estar ahí afuera en medio de la batalla

—dijo ella con tristeza, mirando hacia la ciudad.

—Quieres decir... ¿piensas que yo debería unirme a la fuerza de defensa?

—No, no quise decir eso en absoluto. Es sólo que los aviones son tu sueño, ¿no es cierto?

Él pudo ver que la guerra no significaba mucho para ella; esa no era la forma en que trabajaba su mente. Pero ella había visto que él estaba triste y vio lo que ella creía que era el remedio para esa tristeza.

—Eso creo. Pero si voy y me uno a las fuerzas de defensa, Minmei, ya no podré verte mucho —por más doloroso que fuera verla en las circunstancias actuales, él no deseaba darse por vencido.

—¡Rick, estamos en la misma nave! —de repente ella sonrió—. Podremos encontrarnos cuando quieras en tus días libres, tus licencias o como se llamen.

—Si sobrevivo.

—¿Oh, cómo puedes hablar de esa manera? ¡Todos los soldados que vienen al restaurante están exactamente en la misma posición!

—¿La misma posición? —él sonrió amargamente—. Tú deberías ser la única en saberlo, ¿no es cierto?

—¿Qué? —ella se sobresaltó como si la hubieran cacheteado.

Arriba en el puente, Claudia observó sus monitores.

—Diez segundos para la transformación.

Capítulo 22

Y por eso mis conclusiones me llevan a creer que estas criaturas albergan ciertos impulsos imprevisibles de una naturaleza hasta ahora desconocida para nosotros. Parece obvio que este lado irracional de su naturaleza dificultará su habilidad guerrera y trabajará a nuestro favor, asegurándonos la victoria final.

*Resumen preliminar de descubrimientos transmitidos a
Dolza por Breetai.*

—¿Todas las secciones en espera de ejecución? —preguntó Gloval.

—Los bloques D y G se están moviendo un poco atrasados pero se las arreglarán —habló Kim.

—Bien; continúa —dijo el capitán.

—Cuatro segundos y contando —reanudó Claudia—. Tres... dos...

—Comiencen la transformación total de la nave —ordenó Gloval.

Las tripulantes del puente se dedicaron a los silenciosos y críticos cambios de la transformación, escuchando por los audífonos de sus auriculares y hablando a sus micrófonos. Lo que para un extraño hubiera sido un barullo de susurros, para Gloval se hizo instantáneamente comprensible.

Sammie: «Comienza la transformación completa de la nave. Bloques J, K y L, prepárense.»

Kim: «Caldera refleja número siete, enciendan. Sección siete-ocho prendan los motores. ¡No hay suficiente potencia, bloque J!»

Vanessa: «Activen las unidades principales de transmisión de torsión.»

Y volvieron las voces fantasmales, quejándose de problemas con los arqueamientos de los sustratos de plasma, de heridos en cientos de lugares diferentes, de maquinaria a la que se le pedía demasiado, de componentes saturados que simplemente no podían hacer su trabajo, y de civiles que, confundidos y desorientados, no estaban listos para el cataclismo que estaba a punto de ocurrir. La cuadrilla del puente trabajó con abnegación a través de todo eso, concentrándose en sus trabajos y responsabilidades.

Gloval supo que sin importar lo que pasara, él estaba orgulloso de ellas, orgulloso de servir junto a ellas.

—En marcha la transformación total de la nave, señor —retransmitió Claudia.

Gloval hizo uso de sus reservas de calma interior apretando las manos detrás de su espalda mientras que la nave temblaba y vibraba a su alrededor. *Ahora que suceda lo que tenga que suceder*; él había hecho todo lo que pudo, y que la desigualdad de los números, los avatares de la ingeniería, la postura de los acontecimientos o algún poder superior —o todos los del cielo— dieran el veredicto final.

—Muy bien —le dijo a Claudia.

Rick bajó la vista hacia la ciudad. La gente había salido corriendo de los edificios, desplazándose de aquí para allá sin ningún lugar o destino claro. Algunos parecieron dirigirse hacia las áreas designadas para refugiarse, pero otros se movían sin rumbo, incapaces de soportar otra catástrofe tan pronto después de la última.

A Rick eso en particular no le importó porque no sentía ninguna urgencia de encontrar refugio.

—Sabes, Minmei, a veces deseo que nunca nos hubieran encontrado.

—¡No puedo creer que estoy escuchando esto de ti! ¿Cómo puedes ser tan rencoroso? ¡Oh, te odio!

—Lo mismo digo —volvió a mirarla—. Si no significa nada para

ti que tú y yo estuviéramos...

Cuando unas torres enormes, cada una del tamaño de una cuadra, comenzaron a bajar desde el techo del enorme compartimiento, la vibración llegó a un nivel que casi lo tiró al suelo. El rechinar de los monstruosos servomotores que las movían se hizo ensordecedor.

Rick y Minmei apenas tuvieron tiempo de sospechar lo que estaba sucediendo, apenas tuvieron tiempo de comenzar a gritar, cuando el suelo se separó bajo sus pies y los dejó a él de un lado y a ella del otro.

La torre sobre la cual los humanos habían comenzado a intentar un jardín tenía funciones que ninguno de ellos había previsto. Las mitades de la torre se apartaron una de la otra en respuesta a la orden de reconfiguración.

Minmei perdió el equilibrio, cayó y apenas si atrapó el borde de un saledizo metálico que sobresalía a unos cuantos centímetros más abajo del nivel del suelo. La parte de la torre en que ella colgaba pivoteó en su soporte por sobre los techos de la ciudad; mientras gritaba pataleó y rasguñó para aferrarse contra la cara escarpada del acantilado de componentes técnicos, sistemas y módulos de equipamiento.

—¡Minmei! —Rick peleó para mantener su equilibrio cuando el segmento de torre en el que estaba se sacudió para moverse hacia su lugar, haciendo chirriar sus enormes engranajes. La franja entre las dos mitades se estaba haciendo más amplia. Tomó carrera y se lanzó sobre el vacío, y apenas si alcanzó el otro lado.

Rick se arrodilló donde colgaba Minmei con las piernas pataleando a una treintena de metros sobre el nivel de los techos de Macross. Ella había perdido el asidero de una mano y sus dedos se estaban resbalando del otro.

Él se arrojó de panza en la orilla del abismo y atrapó la muñeca de ella con ambas manos justo cuando se soltaba. Él apretó los dientes y tiró, pero el levantamiento era difícil y no tenía tiempo de conseguir un asimiento firme.

La muñeca de Minmei se deslizó un centímetro entre las manos de él. Ella clavó la vista en los ojos de él, consumida por el terror.

—¡Rick, ayúdame!

Los monstruosos árboles de leva rotaron y separaron otra vez a los botalones delanteros de la *SDF-1* como preparación para disparar el arma principal. Pero también estaban ocurriendo otras alteraciones; y la nave, en particular la estupenda bodega donde los refugiados reconstruyeron su ciudad, estaba llena de devastación, lesiones y muerte.

Una estructura de almacén del tamaño de una cartelera se movió hacia un costado como una puerta deslizante para reforzar a la nueva configuración; a través de la brecha en el costado de la nave fluyó una marejada de aire que destrozó todo en su camino y lanzó autos, gente y árboles hacia el espacio. Una cortina interna de armadura descendió en un santiamén para cerrar la abertura, pero no antes de que a una parte de la ciudad la succionaran hacia la completa destrucción.

En otro lugar, más torres estaban en movimiento, esta vez elevándose desde el suelo, trepando cada vez más y aplastando los edificios que se encontraban sobre ellas contra el techo de la bodega. Por todos lados llovían escombros; los cientos que no habían buscado refugio o que no fueron capaces de encontrarlo quedaron aplastados o heridos. Los carteles que cayeron, los postes de luz derribados, los autos que se deslizaban fuera de control, los cables eléctricos cortados y las toneladas de concreto y acero que caían a plomo cobraron tantas vidas como los zentraedi.

Roy se metió en la bolsa a otra presa, un pod que casi lo había embolsado a él, y dio vuelta su caza para localizar al capitán Kramer, su escolta, y conseguir sus orientadores. Después vio a la *SDF-1*.

—¿Pero qué...?

El *Daedalus* y el *Prometheus* estaban en movimiento, girando sobre los gigantescos empalmes del codo que los unían a la fortaleza dimensional. Dentro de la tormenta de explosiones, artillería y

vuelos de cazas, los súper portaviones se movieron desde sus posiciones más o menos hacia la popa, a babor y estribor de la *SDF-1*, para un despliegue que los colocó en ángulo con el casco.

Roy tuvo una confusa impresión de movimiento a lo largo del casco, de realineamiento, de fisonomías estructurales enormes que se desarticulaban y después se reformaban a sí mismas. Toda la zona media de la nave estaba cambiando. Los enormes botalones frontales que constituyeron el arma principal se estaban moviendo y el propio puente estaba cambiando de posición. Y el efecto general era —Roy miraba fijamente tratando de creerlo—, el efecto general era el de una figura humana, un guerrero gigante fortificado, algo como un Battloid estilizado.

Las cubiertas parecían brazos equipados con pinzas, los tremendos propulsores de popa eran como piernas y pies, y el puente y las estructuras de sus inmediaciones eran el casco de visor blanco. Y ubicados por encima de cada hombro como alas levantadas, estaban los botalones; ahora estaban en posición de recibir energía gracias al cambio de toda la sección media de la nave.

De alguna forma Roy notó que aceptaba a la extraña aparición como algo lógico; la robotechnología parecía tener una cualidad que involucraba el cambio de forma y las estructuras antropomórficas como un componente primordial.

—Conque esa es la transformación —exhaló—. ¡Vaya, si sólo funcionara!

—Sección de ala derecha, porcentaje de modificación en setenta y cinco —le retransmitió Kim a Gloval.

—Sección de ala izquierda, porcentaje de modificación en ochenta y tres. Arma principal finalizada —agregó Sammie. Hubo más estruendos y temblores cuando se acoplaron los últimos componentes y se realizaron las últimas conexiones.

—Transformación modular completa, señor —anunció Lisa—. La *SDF-1* se encuentra ahora en modo Ataque.

—Capitán, otra ola de asalto enemiga se está acercando desde uno-cero-nueve-tres.

—No le hagan caso —ordenó Gloval—. Disparen el arma principal a los blancos designados.

—Sí, señor —Claudia tincó la tapa de seguridad del botón rojo del gatillo y lo presionó con su dedo índice. Hizo un pequeño clic fatídico de conformidad.

Entre y alrededor de los botalones otra vez comenzó a formarse la corriente roja de energía, tal como lo hizo ese día en isla Macross. Una estela de fuerza de cuatrocientos metros de diámetro saltó a través del espacio pasando el radio del kilómetro y medio, destruyendo instantáneamente a todos los pods extraterrestres que había en su camino, así como también a los que se encontraban en la periferia del rayo. Estos se encendieron, calcinados por las corrientes arremolinadas. Antes de que sus ocupantes pudieran hacer cualquier acción evasiva o pudieran replegarse, sus escudos fueron superados en segundos y sus armaduras se calentaron hasta tomar un color rojo cereza primero y blanco incandescente después.

Ellos simplemente ardieron un instante dentro de la corriente de la descarga del arma principal, dejaron colas como si fueran meteoritos y después desaparecieron.

El rayo golpeó a la embarcación de reconocimiento señuelo y a sus naves escolta, las hizo reventar como castañas en una soldadora por arco, después las fundió como mercurio y las vaporizó.

El resplandor que esto produjo iluminó el puesto de mando de Breetai.

—¿Qué está sucediendo?

Exedore clavó la mirada en la carnicería pensando en las prohibiciones de los antiguos zentraedi. Por más que intentara, no pudo sondear el funcionamiento o las estrategias de estos Micronianos.

Estaba intrigado, como siempre cuando encontraba algo nuevo para estudiar, pero también lo acosaban las dudas y los celos.

En algún lugar, de alguna forma, los Micronianos sin duda le habían dado a los zentraedi una buena razón para evitarlos. ¿Pero por qué?

—Me pregunto... —dijo en voz alta, sólo en parte en respuesta a

la pregunta de Breetai.

—¡Naves enemigas desintegradas! —gritó Vanessa. El puente era una alegre algarabía.

Lo que aquella gente en la NASA solía llamar un «yupi» reflexionó Gloval mientras recuperaba su gorra de donde yacía sobre la cubierta. Él se aclaró la garganta y el «yupi» terminó.

—Denme un informe completo de los daños en todas las secciones de inmediato —dijo.

Mientras los informes post acción comenzaban a llegar, el pensamiento de las pérdidas que sufrió la gente en la bodega de Macross desalentó seriamente el humor festivo.

La gente se estaba movilizando otra vez en las ruinas destruidas de Macross. Los grupos de rescate, ambulancias y camillas se amontonaron entre las secuelas del último desastre.

Una voz estaba hablando por los altoparlantes.

—Hemos sufrido graves pérdidas tanto en los escuadrones de combate militares como dentro de la *SDF-1*. De cualquier modo, disparamos nuestra arma principal y destruimos por completo a la fuerza de ataque enemiga que estaba tratando de exterminarnos. Agradecemos y saludamos a los residentes de Ciudad Macross por su valentía y coraje.

Por supuesto que había más, sobre dónde llevar a los heridos y cómo se procedería con la limpieza y la restauración. Rick Hunter supo al bajar la vista desde la torre que la reconstrucción se había convertido en una parte de la gente de Macross. Cualquier cosa que no los matara los hacía más fuertes y más determinados a sobreponerse a cualquier adversidad.

Minmei estaba parada junto a él. Su roce con la muerte la había dejado en un estado extraño, rebosante de vida pero distante. Rick

conocía esa sensación, sabía que todo lo que podía hacer era esperar a que ella saliera de eso antes de empezar el largo descenso hacia Macross.

—Bueno, Rick —dijo suavemente—. Una vez dijiste que no te importaría si todo el pueblo se borraba de la existencia, ¿te acuerdas? ¿Qué opinas?

Él bajó la vista hacia el océano de sufrimiento humano que estaba ante él.

—¡En realidad no quise que nada sucediera! Nunca quise esto.

Ella trató de identificar las cuadras de la ciudad a partir de los restos de los edificios caídos.

—Me pregunto si el Dragón Blanco todavía está allí.

Él giró hacia ella.

—Minmei, voy a hacerlo —tomó un respiro profundo—. Voy a unirme a las fuerzas de defensa.

—¿Qué?

—Tienes razón. No está bien mi andar penando, especialmente cuando estamos en el medio de algo como esto. Yo no sé si mi padre lo entendería; aunque creo que sí. Me voy a enlistar.

Ellos giraron para echarle un último vistazo a la ciudad destrozada antes de descender y servir de ayuda en lo que pudieran. Minmei tomó la mano de Rick.

Roy hizo que el Escuadrón Skull volviera en cierto orden, y los otros escuadrones VT también se estaban formando. Los instrumentos indicaban que los extraterrestres se estaban retirando. Roy no los culpaba ni un poquito después de ese disparo del arma principal.

A pesar de eso las pérdidas humanas habían sido considerables, y eso a partir de un ataque que había involucrado a no más que una pequeña fracción de un porcentaje de fuerzas enemigas. Era un pensamiento serio, y trató de no pensar demasiado sobre cómo sería la próxima contienda.

A pesar de todo, este no era el momento para sonar inseguro.

—Está bien, muchachos —dijo pausadamente por la red táctica

—, vayamos a casa.

Sí señor, vayamos. Pero mientras los otros Veritech se formaban sobre su nave y sus toberas iluminaban la eterna noche del confín del sistema solar —mientras volvían triunfantes hacia una nave que ahora era un caballero tecnológico con armadura que dominaba su parte del espacio—, Roy no pudo evitar preguntarse cuántos milagros más quedaban dentro de la galera mágica.

La suerte no dura para siempre; nunca lo hace.

Ahora había demasiadas brechas en las filas de elite de los Veritech. Demasiadas; llenarlas sería la prioridad máxima a partir de hoy. En esos asientos tenía que estar lo mejor de lo mejor.

Roy sabía quién era al que tenían que persuadir de unirse a los guerreros Robotech.

¡Incluso si tengo que estrellarle la cabeza contra una pared!

Los VT supervivientes se apresuraron a volver a casa; los zentraedi hicieron una pausa para calcular fríamente. Se tomaron las decisiones y todos los ojos miraron hacia la abrumadora distancia que tendría que cruzar la *SDF-1* en su camino de regreso hacia la Tierra.

Incógnitas... la situación estaba llena de incógnitas. Y la única cosa buena sobre las incógnitas era que permitían un pequeño margen para la esperanza.